

**LIBERTAD NEGATIVA Y LIBRE DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD
EN JOHN STUART MILL**

TESIS DE MAESTRÍA EN FILOSOFÍA

CARLOS ALBERTO JARAMILLO ROJAS

**DIRECTOR
JAVIER ZÚÑIGA BUITRAGO, Ph. D.**

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
SANTIAGO DE CALI
JUNIO 30 DE 2009**

TABLA DE CONTENIDO

O. Introducción	1
1. La libertad negativa.....	9
1.1. La libertad negativa como antecedente del libre desarrollo de la personalidad	9
1.2. Libertad negativa y naturaleza humana en Thomas Hobbes.....	12
2. El ideal de vida buena en John Stuart Mill.....	25
2.1. Libertad negativa y naturaleza humana en John Stuart Mill.....	25
2.2. Virtud y libre desarrollo de la personalidad en John Stuart Mill.....	32
3. John Stuart Mill y el concepto de autonomía Kantiana.....	42
3.1. El concepto de libertad negativa en Kant.....	50
4. Libertad positiva y libertad negativa en John Stuart Mill.....	56
5. Consideraciones de la Corte Constitucional sobre el libre desarrollo de la personalidad en la Constitución Política de 1991.....	75
6. John Stuart Mill a la luz de la jurisprudencia constitucional colombiana.....	80
7. CONCLUSIONES.....	106
8. BIBLIOGRAFÍA	116

O. INTRODUCCIÓN

La filosofía moral y la filosofía política constituyen terrenos privilegiados para pensar los fundamentos teóricos de los derechos individuales. En esta perspectiva, aportar razones en pro o en contra de la plausibilidad, naturaleza y límites de los derechos constituye el escenario intelectual en el que pretende moverse la presente investigación, que tiene por objetivo rastrear el papel de la libertad negativa como fundamento filosófico de lo que se ha entendido, en el pensamiento jurídico colombiano, como libre desarrollo de la personalidad, que halla en el artículo 16 de nuestra Constitución Política el soporte de su legalidad.

Esta categoría constituye uno de los temas más controvertidos en la historia Constitucional Colombiana porque muchos de los problemas jurídicos actuales, en torno de los cuales los jueces y magistrados tienen la obligación de pronunciarse, se apoyan en categorías filosóficas como: dignidad, autonomía, libertad; frente a las que existe más de una interpretación dependiendo de los autores a los que éstos se remitan¹, y en cuyas obras es posible encontrar parte de la solución a muchos de los problemas jurídicos que hoy ocupan los despachos judiciales. Es habitual en Colombia que las altas Cortes tomen como fundamento de sus fallos los grandes aportes de pensadores como Aristóteles, Kant, Mill. Pero al examinar detenidamente el contenido de estos fallos, en contraste con las principales obras de los pensadores aludidos, aparecen serias inconsistencias que revelan que son citados más como “argumento de autoridad” que por su pertinencia real en la sentencias, como sucede con el caso del ilustre pensador inglés J. S. Mill.

¹ La Corte recurre, no con poca frecuencia, a citas de los más insignes pensadores para darle mayor peso argumentativo a sus jurisprudencias. Así, por ejemplo: Kant y Xavier Zubiri son invocados en una tutela que protege el derecho de una madre soltera a estudiar (T-211-95). Aristóteles es citado para proteger a un niño a quien los padres niegan tratamiento médico por razones religiosas (T-411-94). Kant, en otra sentencia, es citado para reconocer la vigencia de las tradiciones morales (C-224-94) y Rawls para impedir la remoción de un puesto de policía de cierto vecindario (T-139-93). Platón, Fromm, Locke, Rousseau y otros pensadores son también citados en los más diversos fallos.

Sin desconocer la profunda formación jurídica de nuestros magistrados y su buena fe, me atrevo a preguntar ¿Tiene la Corte Constitucional Colombiana, con relación a algunos dilemas filosóficos en los que muchas veces se halla inmersa, cuando se trata de tomar una decisión frente a los derechos de los colombianos, una adecuada interpretación? ¿Es rigurosa la hermenéutica que hace la Corte del planteamiento de los filósofos a los que apela como soporte intelectual de sus sentencias? La tesis central de este trabajo intenta responder estas preguntas frente a un autor en particular y, en ella planteo que la interpretación que hace la Corte Constitucional Colombiana del concepto de “libre desarrollo de la personalidad”, en algunas de sus más importantes sentencias, con base en el pensador inglés John Stuart Mill, es insostenible; 1) porque se funda en una concepción de la naturaleza humana (atomista) y en un concepto de libertad negativa que desconoce los lazos sociales que hacen que los individuos puedan ser auténticos seres humanos y, 2) porque pretende establecer una separación tajante entre ética y derecho frente al desarrollo personal de los individuos.

Mi hipótesis consiste en sostener que el libre desarrollo de la personalidad debe ser interpretado en John Stuart Mill no con base en el concepto de libertad negativa, del cual se ha dicho que él (Mill) es un típico representante, sino con base en una visión de la vida buena² que en él subsiste dentro de su concepción de la libertad negativa. En otras palabras, el presente trabajo está construido en confrontación con la interpretación que del pensador inglés, John Stuart Mill, hace la Corte Constitucional Colombiana en algunas de sus más importantes sentencias; específicamente en aquellas en las que el individuo, en el ejercicio de su libertad, termina por su propia acción siendo el único perjudicado y, en las que la Corte, apelando a Mill, dice que el hombre es libre de optar por el camino que se le antoje en el desarrollo de su personalidad, porque frente a sí mismo el individuo es soberano; lo cual choca con los hallazgos obtenidos en la presente investigación que mostrarán que Mill, a pesar de defender un concepto de libertad negativa, fundamenta el desarrollo individual en una forma de concebir la vida buena. No se puede, por lo tanto,

² Entiendo por ideal de vida buena aquella opción moral que con relación al desarrollo de la vida un hombre quiera realizar y que en el caso de Mill tiene que ver con el desarrollo de sus facultades más altas, que según él se hayan potencialmente inscritas en la naturaleza humana, tal como lo ha manifestado Aristóteles en los

confundir, como lo hace la Corte Constitucional, el concepto de “libre desarrollo de la personalidad” con lo que en el pensamiento de Mill corresponde con la noción de libertad negativa, lo cual puede parecer paradójico dado que la tradición liberal lo ha sancionado como uno de los representantes más eximios de la libertad negativa.

Sobre esta base argumentaré que la neutralidad valorativa del liberalismo es una pretensión insostenible en la obra de Mill y que es precisamente su concepción de la vida buena lo que permite que su concepción del Utilitarismo se comprometa con la dignidad humana, en la que el Estado social de derecho adquiere su forma más alta de expresión.

En este sentido, mi trabajo constituye una crítica a la concepción liberal atomista³ desde la que se ha concebido el libre desarrollo de la personalidad. Mi idea de fondo es que el libre desarrollo de la personalidad es un concepto dinámico que necesita una

primeros capítulos de su *Ética Nicomaquea*.

³ Me refiero a la crítica que, con relación a la teoría liberal, se hace en el famoso artículo sobre “El atomismo” donde Charles Taylor manifiesta que la libertad sólo puede darse a plenitud cuando asumimos que el individuo se establece en situaciones sociales y en donde sólo es posible que el individuo sea autosuficiente en tanto se encuentre en relación con otros y no sea pensado al margen de la sociedad de la cual él forma parte. El atomismo promueve un giro con relación a la filosofía Aristotélica. Este giro es, por decirlo así, una apuesta por lo que es la “autosuficiencia” cargada en el individuo escindido de la sociedad. La postura Aristotélica promueve que la auto-suficiencia es algo en el contexto social y en la relación entre hombres; para Aristóteles la auto-suficiencia no es posible para el hombre solo. El término atomismo aparece con la tradición contractual en donde la razón por la cual los sujetos se juntan en grupos políticos es para dar preponderancia a sus objetivos individuales. El punto central de la propuesta contractual es la defensa de los derechos civiles a partir de la creencia de que existen derechos de índole natural (como la vida y la propiedad) que deben ser objeto de protección. En conformidad con esto, Taylor manifiesta que el atomismo al que él se refiere hace alusión a Hobbes (derecho a la vida) y a Locke (derecho a la propiedad) puesto que sus teorías fueron, en gran medida, las que defienden la primacía de los derechos por encima de la pertenencia a una sociedad. Con relación a Hobbes, Taylor plantea la crítica de que pensar al hombre como agente de deseo es reducir al individuo y desconocer que ese individuo que desea hace parte de la sociedad. Afirmar un derecho con base en el hombre que desea es reducir la existencia al derecho a la vida, a la realización de los deseos, a la libertad y al dolor, desconociendo que existen otros derechos que van más allá del derecho a la vida. Con respecto a Locke, Taylor dirá que el derecho a la propiedad, como punto de apoyo esencial para la vida, es insuficiente puesto que existen sociedades en donde no existe dicha concepción de propiedad y de todas maneras funciona. No obstante, cuando se levantan los regímenes totalitaristas la propiedad no es una garantía frente a la defensa de los derechos. Para Taylor el punto consiste en que el sesgo atomista pasa por alto la cuestión de que el ser humano sólo desarrolla sus capacidades en sociedad. Esto significa que la idea de que un ser humano sea auto-suficiente no se fundamenta en el hecho de que sea capaz de sobrevivir solo, sino que la realización de la capacidad humana se basa en otros tipos de sustratos distintos al de la supervivencia y estos sustratos se refieren a la posibilidad de interacción con otros seres humanos. Para el autor el punto de quiebre con el contractualismo clásico y las posturas que de ahí se derivan (como la de Robert Nozick) tiene que ver con la concepción de aislamiento y de auto-suficiencia que no toma como punto de partida la participación de los individuos en sociedad. cfr. Charles Taylor, “El atomismo” en *Derecho y moral*, Buenos aires: Amorrortu, 2005.

participación más activa del individuo frente a la construcción de su propio destino y frente al cual el individuo no puede ser un espectador pasivo cuya visión del mundo flota al vaivén de las fuerzas del mercado. El libre desarrollo de la personalidad es un proyecto ético en el cual se dan razones cuya plausibilidad está determinada por unos mínimos éticos y racionales que en la concepción antropológica de Mill está perfectamente delimitada por las siguientes exigencias: no a la intolerancia, no a la barbarie, no a la sin razón.

Como podrá constatarlo el lector, mi argumentación me llevará a intentar superar la clásica oposición que se ha establecido entre libertad negativa y libertad positiva⁴ y demostrar que, en Mill, ambas concepciones son complementarias, después de probar que no son acertadas aquellas interpretaciones que apelan al concepto de libertad negativa, presente en la obra de Mill, como fundamento posible de la defensa del “libre desarrollo de la personalidad” o como un fundamento, entre otros, de índole filosófica. Soy consciente del hecho de que este intento abre un debate de gran magnitud que apenas queda planteado con mi trabajo, sin embargo, confío en que, a pesar de sus no pocas limitaciones, permitirá arrojar nuevos elementos de interpretación con relación a una categoría que no está explícitamente desarrollada en la norma escrita y que será de gran utilidad para la jurisprudencia nacional que encontrará en el rigor de las investigaciones de la universidad colombiana un interlocutor crítico con el cual poder discutir, confrontar o reforzar la fuerza de sus fallos.

Pienso, en este sentido, que la filosofía moral constituye una herramienta de trabajo eficaz para establecer los límites y los alcances de lo que en el pensamiento jurídico colombiano se ha entendido por libre desarrollo de la personalidad. Y que, dada la diversidad de interpretaciones con relación a los pensadores clásicos y a las categorías filosóficas a las que recurrentemente acuden los jueces y magistrados en apoyo de sus decisiones, es indispensable que los departamentos de filosofía y las facultades de derecho apoyen la iniciativa de realizar estudios académicos encaminados a examinar

⁴ Con relación a esta oposición consúltase el texto de Isaiah Berlin, “Dos conceptos de libertad” en *La*

con espíritu de apertura la justificación filosófica de las sentencias proferidas por los jueces y los magistrados.

Este tipo de investigación será útil porque: A) Posibilitará encontrar nuevas fuentes y nuevos elementos que nos permitan discutir, desarrollar o descartar el papel de ciertas categorías filosóficas y de ciertos pensadores clásicos utilizados por los jueces y magistrados como fundamento filosófico de sus sentencias. B) Se abrirá aún más el debate en torno a los límites morales de la interferencia estatal que es el contexto específico de los problemas que giran en torno al “libre desarrollo de la personalidad”, en un régimen que, como el colombiano, pretende ser liberal.

De esta manera, planteado el problema del que me ocuparé y el alcance posible de mi investigación sólo me queda mostrar el itinerario al que me obliga lo que pretendo sustentar. Demostraré en primer lugar, que el libre desarrollo de la personalidad no debe ser pensado en Mill exclusivamente desde el concepto de libertad negativa porque “el libre desarrollo de la personalidad” en este autor es inseparable de una concepción de la vida buena. Para este efecto intentaré poner en evidencia que de la afirmación sostenida en su libro “Sobre la libertad”⁵, donde plantea que el individuo es responsable ante la sociedad por la conducta que afecte a los demás, pero no de aquella parte de su libertad que se refiere exclusivamente a sí mismo porque frente a ella es plenamente soberano, no se puede derivar “el libre desarrollo de la personalidad” entendido como aquél que un individuo puede libremente adoptar y, frente al cual no está obligado a darle un carácter racional y moral a sus acciones.

Argumentaré que el desarrollo personal, que en Mill está precedido por una forma particular de concebir la vida buena, guarda una estrecha relación con un concepto de naturaleza humana que se remonta a una visión aristotélica del hombre y no con relación a la interpretación que con respecto a la naturaleza humana y a la libertad negativa tiene Hobbes, en cuyo análisis me detendré para demostrar que este concepto

filosofía política (A. Quinton ed.), F. C. E., México, Madrid, 1980.

de libertad negativa, desde el que la Corte Constitucional Colombiana pretende fundamentar el libre desarrollo de la personalidad, es propio del pensamiento hobbessiano y no de la visión que de ella tiene Mill.

En esta perspectiva, examinaré las categorías libertad negativa y “libre desarrollo de la personalidad” en confrontación con los conceptos que John Stuart Mill tiene de individuo, de originalidad y de progreso; conceptos que apuntan a privilegiar una visión particular del hombre en la que ancla el “libre desarrollo de la personalidad”. Trataré de sustentar, en este sentido, la idea de que sus conceptos de individuo, de autonomía y de libertad no son vacíos, (como sí lo serían si fundara el desarrollo de la personalidad en un concepto de libertad negativa), sino que apuntan hacia una forma privilegiada de concebir al hombre (en el sentido de que éste debe desarrollar las potencialidades inscritas en su naturaleza).

Argumentaré, en segundo lugar, que del concepto de libertad negativa no se deriva lógicamente el desarrollo de la personalidad tal como es concebida por Mill, él cree que el hombre debe desarrollar su carácter, sus potencialidades intelectuales, su autenticidad, etc., lo que en otras palabras significa que Mill no es partidario de cualquier idea acerca de lo que es el “libre desarrollo de la personalidad”. Detrás de esta afirmación subyace una idea muy polémica, a saber, que el Estado puede interferir en la dimensión subjetiva de las personas y que no es posible fundamentar el respeto al “libre desarrollo de la personalidad” en una supuesta inviolabilidad de la libertad, porque ésta es una consideración atomista imputable al liberalismo de la que Mill no puede ser acusado.

Argumentaré, en tercer lugar, con relación a la clásica diferencia entre libertad positiva y libertad negativa, que esta última funciona en Mill como medio que hace posible la expresión de la naturaleza particular de cada ser humano, expresión que Mill mide desde un rasero de una concepción de vida humana de altas exigencias. Igualmente

⁵ John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, 1979, p. 65.

argumentaré que con la proclamación de su “principio supremo⁶”, por cuya defensa ha sido generalmente conocido, Mill quiere defender, en últimas, no la libertad negativa, sino un concepto de autonomía que sólo resulta posible con la adscripción a una forma particular de concebir al hombre. Esta categoría “autonomía”, de estirpe estrictamente kantiana, será puesta de relieve en esta investigación porque es el concepto que mejor se ajusta a lo que en John Stuart Mill se debe entender por “libre desarrollo de la personalidad”.

Dos inquietudes me han llevado a realizar esta investigación: la primera, es mi convencimiento de que la relación “moral-derecho” no puede ser fácilmente despachada cuando se pregunta por el fundamento de los derechos, pues ciertos principios centrales de nuestra tradición constitucional dan fe de que es en pos de la defensa de ciertos valores que las Constituciones políticas contemporáneas tienen razón de ser. En esta medida, el Estado no puede ser estrictamente neutral frente a los ideales de vida buena, máxime cuando éste está comprometido, como el nuestro, con la dignidad, la vida y la libertad.

La segunda, es que es necesario que el ciudadano colombiano involucre en la esfera de su dimensión interna una profunda vocación con su autoformación moral, sin que para tal efecto se interfiera en el ejercicio de su autonomía con la imposición de ideales que no hagan parte del cúmulo subjetivo de sus preferencias. Estas últimas deberán surgir de lo más profundo de su dimensión subjetiva, de un deseo sublime de superación y de dignificación que rebase las fronteras del beneficio personal y se extienda al mundo de los otros. Pienso, inspirado por Mill, que es posible que el ser humano involucre, en su

⁶ Este principio consiste en afirmar que “el único fin por el cual es justificable que la humanidad, individual o colectivamente, se entremeta en la libertad de acción de uno cualquiera de sus miembros es la propia protección. Que la única finalidad por la cual el poder puede, con pleno derecho, ser ejercido sobre un miembro de una comunidad civilizada contra su voluntad, es evitar que perjudique a los demás. Su propio bien físico o moral, no es razón suficiente. Nadie puede ser obligado justificadamente a realizar o no realizar determinados actos, porque eso fuera mejor para él, porque le haría feliz, porque, en opinión de los demás, hacerlo sería más acertado o más justo. Estas son buenas razones para discutir, razonar y persuadirle, pero no para obligarle o causarle algún perjuicio si obra de manera diferente. Para justificar esto sería preciso pensar que la conducta de la que se trata de disuadirle produciría un perjuicio a algún otro. La única parte de la conducta de cada uno por la que él es responsable ante la sociedad es la que se refiere a los demás. En la parte que le concierne meramente a él, su independencia es, de derecho, absoluta. Sobre sí mismo, sobre su propio

afán de progreso, el desarrollo de la sociedad como elemento fundamental del propio desarrollo y en esta medida supere el individualismo, que no es otra cosa que el desconocimiento de la sociedad como elemento fundamental de sus reivindicaciones más sentidas.

1. LA LIBERTAD NEGATIVA.

1.1. LA LIBERTAD NEGATIVA COMO ANTECEDENTE DEL LIBRE DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

El concepto de “libre desarrollo de la personalidad” es una categoría jurídica que hunde sus raíces en los pensadores más insignes del pensamiento político liberal entre los que podemos mencionar a John Locke, Thomas Hobbes, Alexis Tocqueville, Benjamin Constant y John Stuart Mill ⁷, entre otros, quienes abogaron por la consolidación de una esfera de libertad individual que no se encontrara expuesta a la manipulación creciente del Estado y en la que el individuo pudiera reconocerse como amo y señor de sí mismo. Su reglamentación se remonta a la Revolución Francesa, escenario en el que empieza a tener existencia fundamentalmente cuando ella es redactada como uno de los derechos del hombre en 1789 y, cuyo objetivo primordial era construir una barrera de contención frente a los derechos del ser humano que sirviera como defensa frente a los derechos

⁷ Thomas Hobbes, John Locke, Alexis Tocqueville, Benjamín Constant y John Stuart Mill, entre otros, constituyen en la historia los máximos representantes del concepto de libertad negativa en el pensamiento liberal. De ello dan cuenta sus obras más representativas, y es precisamente esta concepción de libertad negativa la piedra angular del concepto de “libre desarrollo de la personalidad”, pues es en ese ámbito de la privacidad humana en la que el hombre puede desplegar todo lo que se ha entendido por libre desarrollo de la personalidad. Esta expresión “libre desarrollo de la personalidad” es un desarrollo del concepto de intimidad. Eduardo Novoa Montreal en su libro *Derecho a la vida privada y libertad de información, un conflicto de derechos*, México, Edit, Siglo XXI editores, 1981, pp. 26 y ss. dice que el llamado “derecho a la vida privada” surge como institución jurídica de manera específica en Estados Unidos, en 1890, al parecer en el estudio de Warren y Brandeis intitulado *The right of privacy*. Poco antes, un juez norteamericano había proclamado el “derecho de ser dejado tranquilo y de no ser arrastrado a la publicidad”, como lo propio al derecho a la intimidad. Sin embargo, la jurisprudencia norteamericana rechaza el concepto inicialmente. Después empieza a reconocerlo en forma gradual, pero con formas y fundamentos divergentes de la que hoy son más generalmente aceptadas. Hasta la vigencia de la ley del 17 de julio de 1970, que tiene una parte destinada a la “protección de la vida privada”, la doctrina y la jurisprudencia de Francia se adelantaron bastante en la creación jurídica del concepto. Juristas franceses elaboraron primero la noción de los “derechos de la personalidad” para que luego los tribunales impusieran su respeto por la vía de la aplicación del artículo 1382 del Código Civil francés, sobre responsabilidad extracontractual. La jurisprudencia, al comienzo muy variable, se fue uniformando dentro de un apreciable número de sentencias correspondientes, principalmente, a reclamos de artistas y gentes de mundo para asegurar un amplio respeto a la vida privada. En Alemania se había rechazado por la jurisprudencia, durante mucho tiempo, la existencia de un derecho a la personalidad. Sin embargo, los términos de su ley fundamental de 1949, en especial del artículo primero llevaron a los tribunales a conocer los derechos de la personalidad y posteriormente a reconocer indemnización por daño moral en caso de desconocimiento de ellos. Dentro de estos derechos se incluye el de la vida privada. La norma constitucional alemana establece que la dignidad de la persona humana es sagrada. Todos los agentes del poder público tienen la obligación absoluta de respetarla y de protegerla. El pueblo alemán reconoce, pues, la existencia de derechos humanos inviolables e inalienables, como base de toda comunidad humana, de la

señoriales del régimen feudal.

La reivindicación de un espacio “sagrado” de libertad propio de la “esencia natural del hombre” constituye el soporte teórico desde el cual se ha desarrollado, en el pensamiento jurídico moderno, el concepto de “libre desarrollo de la personalidad”, que halla en el principio de autonomía su forma más acabada de expresión ⁸ y que establece que, siendo valiosa la libre elección individual de planes de vida y la adopción de ideales de excelencia humana, ni el estado ni los particulares pueden interferir en esa dimensión particular del hombre que debe estar cubierta de cualquier posible interferencia so pena de vulnerar lo más profundo de su condición humana.

Este espacio “sagrado” de libertad es el que ha pasado a ser reconocido como libertad negativa o libertad de los modernos⁹. En esta perspectiva, reivindicar la libertad significa exigir un campo dentro del cual el sujeto está o debería estar libre de hacer o ser ¹⁰ sin intervención de otras personas. Nadie puede interferir en la dimensión subjetiva del individuo con relación a su ideal de vida buena, no importa si su ideal no exalta la condición racional del hombre o no desea hacer de su vida lo mejor. La convicción común establece que el Estado debe permanecer neutral frente a los diversos motivos de realización humana; no puede desestimar ningún posible curso de acción porque su labor consiste en ser un espectador pasivo frente a las diversas manifestaciones del desarrollo personal, porque ésta es la esfera que la modernidad, en materia de derechos, reivindica como su más alta conquista intelectual.

Es, pues, el concepto de libertad negativa el que ha dado lugar al nacimiento de lo que posteriormente se ha entendido jurídicamente como libre desarrollo de la personalidad. La compatibilidad se ve de inmediato cuando se examina la concepción jurídica del libre desarrollo de la personalidad en Colombia, que ésta involucra un desarrollo por parte de

paz y de la justicia en el mundo.

⁸ Carlos Santiago Nino, *Ética y derechos humanos*, Paidós, Buenos aires, 1984

⁹ B. Constant, *Principios de Política*, Aguilar, Madrid, 1970. “ Discorso Sulla Libertà Delhi antichi paragonada A quella dei moderni”, tr. It.P.Fea, en *Il pensiero Político*, Antología de textos a cargo de U. Cerroni, Editori Riuniti, Roma, 1975.

los juristas del concepto de libertad negativa al que hace alusión Mill en la introducción de su texto “Sobre la libertad”, pero esta interpretación es equivocada como lo demostraré en el transcurso de las siguientes páginas.

En lo que sigue voy a tratar de mostrar más en detalle que existe también otro camino que permite sustentar el libre desarrollo de la personalidad con base en la interpretación de este pensador inglés pero que no parte de la defensa de la libertad negativa o, por lo menos, no de manera exclusiva. Pero antes de hacerlo y para marcar el contraste recrearé de manera sucinta el camino desde el cual es posible fundamentar el concepto de “libre desarrollo de la personalidad” partiendo sí de la clásica concepción de libertad negativa: es el caso de Thomas Hobbes, quien al derivar de ella el concepto de libre desarrollo de la personalidad en el marco de una concepción mecanicista, el hombre es gobernado por una serie de apetitos y aversiones y, no existe en él una jerarquía del placer que lo lleve a privilegiar una forma particular del desarrollo personal por encima de otro. Lo que significa, que el concepto de libertad negativa promulgado por Hobbes permite sí fundar el libre desarrollo de la personalidad, pero de una forma contraria a la forma como lo concibe Mill.

¹⁰ Isaiah Berlin, “Dos conceptos de libertad” en *Revista de Occidente*, Madrid, 1974. pp. 133-182.

1.2. LIBERTAD NEGATIVA Y NATURALEZA HUMANA EN THOMAS HOBBS

Hobbes al igual que Galileo¹¹, consideraba el movimiento como el estado natural de los cuerpos, contrario a lo sostenido por Aristóteles, quien concebía el reposo como el fin natural hacia el cual los cuerpos tienden. Para Hobbes, la naturaleza era un gran mecanismo de seres que se mueven pero sin un fin especial, postura también contraria a Aristóteles quien sostenía que los cuerpos tienen naturalmente un fin en sí mismos y una tendencia a la perfección. Planteaba simplemente que todo en la naturaleza, incluso el hombre, puede ser explicado a partir de las leyes del movimiento. El hombre es, en su concepción, un autómatas determinado a actuar por pasiones, sin existir en él un fin predeterminado de perfección que oriente su conducta.

Consecuentemente con este mecanicismo, la naturaleza humana en Hobbes no está impregnada de prescripciones que en la filosofía medieval hacían parte de la esencia natural del hombre; éste no es un ser con una finalidad prescrita en busca de cuya realización propenda su existencia, ni un ser cuya construcción ética advenga antes de la consolidación de algún contrato. Dicho en otros términos, no se opera en ella el influjo de aquella concepción de ley natural que en el pensamiento medieval era factor determinante en la finalidad de la conducta humana.

¹¹ Al igual que Galileo supone condiciones ideales para observar cómo serían las características de un cuerpo en movimiento en ausencia de las complicaciones de tipo empírico que se presentan en la trayectoria de todo cuerpo en movimiento (resistencia del aire, rozamiento, curvatura de la tierra, etc.), Hobbes supone otra situación similar consistente en ver cómo sería la conducta del hombre en ausencia de un poder civil que no controle la fuerza de sus pasiones. Para tal efecto aplica a la realidad del hombre el método compositivo-descompositivo utilizado por Galileo en sus investigaciones científicas. Tal método consistía en la descomposición de un fenómeno realizado, real o imaginariamente, para averiguar la naturaleza de las partes que lo componen, y posteriormente volverlo a componer reconstruyendo deductivamente la forma como se ha producido, y de esta forma, conocer el principio que en esencia se presenta en el fenómeno. En esta medida, Hobbes analiza los fenómenos políticos existentes en sus partes constitutivas; descompone el Estado, objeto de su estudio, en los elementos que lo componen, el hombre y sus pasiones, en ausencia de un poder que lo controle, para de este modo desentrañar los principios últimos que lo rigen. Intenta, a partir de este método, hacer una deducción racional del Estado y encontrar en los elementos que lo componen (el hombre y sus pasiones) los principios constitutivos de su existencia. A pesar de que Hobbes utiliza este método de demostración geométrica para sus investigaciones filosóficas, tal método no lo proveía de un principio lo suficientemente amplio y universal que sirviera de base para indagar sobre la naturaleza y el comportamiento de las cosas; es entonces cuando Hobbes entra en contacto con el supuesto fundamental de la ciencia Galileana: el movimiento, y lo adopta como principio último y constitutivo de todo lo existente, y a través del cual, intenta interpretar los diversos fenómenos que ocurren en el mundo. Gillermina Garmendia del Camusso y Nelly Schmait, *Thomas Hobbes y los orígenes del estado burgués*, Argentina, Editorial Siglo

Hobbes crea un nuevo concepto de hombre a partir de la negación de los principios metafísicos trascendentes que en el pasado lo constituyeron; su esencia está desprovista del ropaje teleológico con que una vez lo supo ver la escuela aristotélico-tomista. Al ser el hombre una tabla desprovista de contenido alguno, pudo libremente el pensador inglés escribir sobre ella las bases para la construcción de un nuevo Estado: El Leviatán¹².

El hombre, en su concepción, no puede ser pensado sino como una realidad material determinada, un objeto más de la diversidad de la totalidad existente y, como tal, expuesto a la regulación mecánica que sobre todo cuerpo en general se ejerce. El hombre es reducido en este marco determinista a un mero objeto regulado en su ser y en su hacer según el modelo de las cosas naturales y, como ellas, determinado por un juego mecánico de acciones y reacciones; es decir, que no puede escapar de las leyes causales que rigen el movimiento de las cosas que conforman el universo físico¹³.

En consecuencia, el hombre no es más que un cuerpo en movimiento, y es este movimiento lo que configura su vida, entendida ésta como la satisfacción constante de sus deseos: el hombre es un autómatas, según expresión del mismo Hobbes, cuyo pensar sentir y anhelo están determinados por el influjo de la realidad exterior, que sólo es posible conocer a través de las distintas sensaciones que le ofrecen los sentidos; de esta manera “la sensación es el cuerpo externo y objeto que actúa sobre el órgano propio de cada sensación, ya sea de modo inmediato, como en el gusto o en el tacto, o mediatamente como en la vista, el oído y el olfato”¹⁴. Las sensaciones son pues, las huellas de los distintos cuerpos que afectan los sentidos.

XXI, 1973, p. 81.

¹² Esta situación, en la perspectiva de ciertos autores como Guillermina Garmendía de Camusso y Nelly Schnaith. *op.cit.*, p.32., significa que Hobbes intenta fundar en principios puramente racionales los preceptos del derecho natural tradicional, fundándolo no en los postulados de la teología, sino en el nuevo concepto de ciencia físico natural inaugurado por Galileo, con lo que al despojarlo de todo valor moral trascendente da nacimiento a una de las elaboraciones metodológicas más osadas de su época, ya que al separar el derecho de naturaleza de la Ética, el poder político no podrá fundarse en las verdades de la teología, sino en aquellos principios científicos previamente derivados de la razón.

¹³ *Ibid.*, p.83.

Esta confrontación del hombre con la realidad produce dos movimientos, uno de apetito y otro de aversión, según que produzca el objeto en relación. Al impulso del apetito o del deseo Hobbes lo llama bien y al objeto de aversión o del odio, mal. Según su criterio, bien y mal no son conceptos absolutos y poseen diversos significados según los objetos que persiga el hombre, porque las palabras bueno, malo o indiferente son empleadas siempre con relación a la persona, no existiendo nada que sea simple y absolutamente tal¹⁵. Lo que, en otros términos, significa que el bien y el mal hacen alusión al placer y al dolor, entendiéndose por el primero toda actividad que propenda por la corroboración del movimiento vital (la vida), y por el segundo toda actividad que lo perturbe.

Hobbes, a su vez, hace una distinción entre movimientos voluntarios e involuntarios; mientras los primeros requieren de la imaginación para expresarse, los otros constituyen los elementos fundamentales de la vida y su existencia no necesita de conexión alguna con la imaginación, “tales son: la circulación de la sangre, el pulso, la respiración, la digestión, la nutrición, la excreción¹⁶, etc.”.

Para él, la imaginación es “el primer comienzo de toda moción voluntaria¹⁷”; en esta perspectiva, la memoria es la permanencia de la imagen de un cuerpo en el cerebro, a pesar de no estar ya presente. Esta imagen es el resultado del movimiento de los cuerpos externos a través de los órganos de los sentidos.

El hombre, como cuerpo, carece de la posibilidad de gobernarse a sí mismo al no poseer libertad de voluntad o libre albedrío; en consecuencia, no puede obrar al margen del influjo determinante de la realidad exterior, lo que significa que: “ No hay nada que tenga su origen en sí mismo, sino en la acción de algún otro agente inmediato fuera de él... Por consiguiente, cuando un hombre comienza a sentir apetencias o deseos de algo, de los que inmediatamente antes no sentía ningún deseo ni apetencia, la causa de su deseo no

¹⁴ Thomas Hobbes, *El Leviatán*, México, Fondo de Cultura Económico, 1982, cap. I, p. 6.

¹⁵ Ibid., cap. VI., p. 42.

¹⁶ Ibid., p. 40

¹⁷ Loc. Cit.

es el deseo mismo, sino algo distinto, situado fuera de su alcance”¹⁸.

De esta manera, la voluntad no es más que un deseo que tiene prioridad sobre los otros, o como lo sostiene Hobbes: “el último apetito en la deliberación”¹⁹, por consiguiente, la razón individual no puede constituirse en principio de acción que gobierne los conflictos pasionales porque no puede apartarse de los imperativos que rigen la constitución mecánica del hombre.

La conducta humana está sometida a las leyes de la mecánica, es decir, está sujeta al mismo determinismo que gobierna al mundo material. En consecuencia, todo lo que según Hobbes se puede entender por libertad sólo es una libertad exterior mecánica, es decir, que sólo la podemos entender como aquella libertad de obstáculos que pueden impedir a un hombre hacer lo que desee²⁰. En este sentido, las dificultades que interiormente se le presentan a un individuo para la realización de ciertos actos, no constituyen impedimentos a su libertad pues es la esfera de la exterioridad la que circunscribe el ámbito de la libertad en Hobbes.

Es después de que el hombre decide actuar que se puede hablar de libertad. Ésta sólo tiene que ver con el espacio exterior en el que la acción resulta posible, en consecuencia cualquier obstrucción que la perturbe es un impedimento a la libertad, pero el impedimento que se origina en el móvil mismo de la conducta no puede ser entendido como tal; así, de un hombre que no puede por defecto de su naturaleza caminar (inválido) no puede decirse que no es un hombre libre, pues no existe ningún obstáculo exterior que se lo impida, y en este sentido se dice que es un hombre libre aunque no pueda caminar; es decir, su invalidez disminuye su poder, mas no su libertad²¹.

Consecuentemente, con esta concepción mecánica en la que la teleología ya no hace parte de los elementos mediante los cuales Hobbes concibe el mundo, éste define la

¹⁸ J.W.N. Watkins, *¿Qué ha dicho verdaderamente Hobbes?*, Madrid, Edit. Doncel, 1972 p.145.

¹⁹ Thomas Hobbes, op. cit., p. 48.

²⁰ Ibid., cap. XIV, p. 106

felicidad como un continuo progreso de los deseos, es decir, que es “en la potencia concupiscible del alma donde reside lo esencial del hombre”²²; más allá de la satisfacción constante de los deseos no existe otra cosa, en su concepción, que pueda entenderse como tal; no existe en él un ideal de perfección ni un fin trascendental para entenderla²³.

Hobbes establece que lo que subyace en la naturaleza humana es su extremado egocentrismo. En esta medida, el bienestar es el criterio fundamental que, en el pensamiento de Hobbes, el hombre utiliza para medir la magnitud del valor de las cosas. Para él, el hombre no es sino un ser egoísta que mide las cosas a través de sí mismo, razón por la cual Hobbes establece que la compasión producida por una desgracia ajena proviene de la idea de que una calamidad semejante pueda ocurrirle a cualquiera, ya que si inmerecidamente otros la sufren, en determinado momento podremos sufrirla nosotros; lo que significa que la compasión no es por los otros, sino por nosotros, pues al igual que ellos podremos estar en determinado momento bajo el mismo peligro.

En consecuencia, las cosas se tornan buenas o malas dependiendo de la utilidad que para los objetivos del hombre ellas representen. Así “lo útil personal” y todos los seres, incluso

²¹ J.W.N. Watkins, *¿Qué ha dicho verdaderamente Hobbes?*, op. cit., p. 161.

²² Bertand de Jouvenel, *La Soberanía*, Madrid, Ediciones Rialp, 1957, p. 412.

²³ En consecuencia, el hombre busca por sobre todas las cosas la preservación de su existencia de la mejor forma posible, siendo la felicidad, como ya lo decía Hobbes, la realización constante de los deseos. Situación que no se presenta como realizable sino mediante la obtención de un gran poder que logre refrenar el apetito de los otros sobre las distintas cosas que sólo para sí mismo el hombre quiere, “el poder de un hombre (universalmente considerado) consiste en sus medios presentes para obtener algún bien manifiesto futuro”. *El Leviatán*, op. cit., cap. X. p. 69. Sin embargo, esta forma de poder no le permite al hombre protegerse del peligro que en relación al poder de los demás se encuentra permanentemente expuesto. El único poder que frente a los demás puede protegerlo es el exceso de poder, en relación con el poder que todos tienen. El poder, concebido en estos términos, será en el criterio de Hobbes, el único elemento que en ausencia de un poder civil (estado natural) garantizará la paz y la salvaguardará de los peligros que para el hombre los hombres representan. Hobbes no dice tajantemente que el hombre siente placer en dominar a los demás, no es una perversión de su naturaleza, sino el resultado indirecto de la búsqueda de la satisfacción de sus pasiones. Algunos autores establecen que “de una máquina compleja que se mueve a sí misma (autómata) no se puede deducir lógicamente la guerra de todos contra todos a partir de la competencia”. Rodrigo Romero, “Dos teorías contractuales, Hobbes y Rousseau”, en *Estudios de historia de la filosofía* Cali, Editorial. Fundación para la promoción de la filosofía en Colombia, 1982, p. 114. Por tal razón concluyen que Hobbes introduce presupuestos derivados de la experiencia para poder ligar lógicamente la naturaleza humana con la agresividad y poder establecer en el hombre la búsqueda incesante de poder como una de sus características naturales. Así pues, en su *Leviatán* afirma: “De este modo señalo, en primer lugar, como inclinación general de la humanidad entera, un perpetuo e incesante afán de poder, que cesa solamente con la muerte. Y la causa de esto no siempre es que un hombre espere un placer más intenso del que ha alcanzado; o que no llegue a satisfacerse con un moderado poder, sino que pueda asegurar su poderío y los fundamentos de su bienestar

los hombres, adquieren el carácter de cosas y medios en la consecución de sus fines egoístas. Por consiguiente, el concepto de “valor” en Hobbes no es un término que se pueda entender axiológicamente ni insertar en la escala de lo denominado “valoración moral”: esto es, como aquella instancia ajena a la tendencia egoísta del hombre en la que el aspecto moral se perfila al margen de todo interés. La axiología hobbesiana carece de fundamentos metafísicos, distintos al interés humano; en Hobbes el valor es un criterio funcional que establece las cosas buenas o malas en relación con lo que a los demás les resulta apreciable, o sea que:

En cuanto a los hombres, no es el vendedor sino el comprador quien determina el precio. Porque aunque un hombre (cosa frecuente) se estime a sí mismo con el mayor valor que le es posible, su valor verdadero no es otro que el estimado por los demás.

A pesar de que para Hobbes el hombre es un ser insociable, sin embargo reconoce la necesidad de relacionarse con los otros para poder vivir. Las apetencias que en su insociabilidad reclama el hombre sólo las puede obtener a merced de otros. Para tal efecto tiene necesariamente que concederle privilegios a aquellos de cuyos favores depende su existencia. No podrá obrar conforme a normas que sólo le beneficien y que vayan en contra de los intereses de los otros, pues no tendrían valor alguno como instrumento de subsistencia.

Es bajo esta circunstancia que la razón funciona como un cálculo mediante el cual es posible prever las distintas consecuencias de los diferentes actos que el hombre, para la preservación de su existencia, pretenda realizar; lo cual no significa que la razón se proponga objetivos diferentes a los de la pasión, pues se encuentra, al igual que ella, sometida a la ley de conservación del movimiento de la vida.

actual, sino adquiriendo otros nuevos.” Thomas Hobbes, op. cit., cap. XI, p.79.

La razón sólo es vigía de las pasiones, que coopera a la consecución de los propósitos que ellas establecen. No propende por la dignificación del hombre en el sentido medieval ni por la reafirmación de la parte superior que en él existe, porque el hombre es un deseo incesante de poder y es ésta la fuerza que lo determina a obrar. En el criterio de Hobbes, el hombre es una máquina que expresa sus determinaciones naturales a través de deseos perceptibles racionalmente pero, que lejos de ser libres, son sólo determinaciones orgánicas que dejan al margen cualquier posible libertad de la voluntad en el hombre (libre albedrío).

La razón, en la concepción Hobbesiana, no puede ser entendida en términos de una ética del bien, como el camino que lleva a la virtud o al Summum Bonum, pues es simplemente aquella instancia operativa que permite, mediante la previsión de las consecuencias, entrever el camino más adecuado para la obtención de los propósitos que la inmediatez de la pasión por sí misma no podría garantizar; es decir, que “en cualquier materia en que exista lugar para la adición y la sustracción existe también lugar para la razón y donde quiera que aquella no tenga lugar, la razón no tiene nada que hacer.”

Estas perspectivas desde las que Hobbes concibe la naturaleza humana, y en las que la libertad negativa y la razón sólo son pensadas para la satisfacción de las pasiones, me permiten establecer una oposición tajante entre Hobbes y Mill, para quien su concepto de hombre y su concepto de libertad negativa apuntan a un fin contrario, al que para la preservación del movimiento de la vida y la satisfacción de las pasiones ha pensado Hobbes. El concepto de libertad negativa no es en el pensamiento de Mill desde ningún punto de vista hobbesiano. Su concepto de hombre y de libertad negativa apuntan en otra dirección: al desarrollo humano.²⁴

²⁴ La Corte Constitucional Colombiana en algunas de sus más importantes sentencias, como por ejemplo la sentencia 221/94 y la sentencia 040/96 hace una interpretación del concepto del “libre desarrollo de la personalidad”, con base en un concepto vacío de libertad negativa tal como es concebido por el pensador inglés Thomas Hobbes. Interpretación que se opone a lo sostenido por Stuart Mill cuyo concepto de libertad negativa está comprometido con la exaltación de una forma particular de concebir al hombre. La Corte

La libertad negativa fundamenta en Hobbes el concepto de libre desarrollo de la personalidad, el cual no está amarrado como en Mill a un ideal de vida buena; son los imperativos de la pasión los derroteros por donde libremente puede transitar el hombre sin que juicio moral alguno logre poner freno a su conducta, porque ésta no está determinada por una construcción ética del hombre, que sólo es pensable en Hobbes, después de la consolidación del contrato. Sólo los impedimentos establecidos por el soberano sobre el derecho natural originario, constituyen los diques que enmarcan el curso del libre desarrollo de la personalidad en Hobbes (en el estado de sociedad); lo que significa, en otras palabras, que el hombre, dado el carácter pasional de su naturaleza, tiende a satisfacer su impulso natural, que como sabemos no respeta el derecho de los otros a no ser que una fuerza externa lo obligue a hacerlo y, es en esta medida, que surge el pacto como un remedio a la tendencia desmedida por el hombre a la satisfacción irracional de sus pasiones.

El libre desarrollo de la personalidad es el desarrollo de aquella característica propia del hombre, que en la visión de Hobbes está enmarcada por el egoísmo, esto es, por el deseo desmedido que tiene de hacer de su vida todo lo que se le antoje y se representa por su afán incesante de poder, que sólo cesa con la muerte, la cual queda restringida a la libertad negativa que se presenta como consecuencia de la restricción del derecho natural originario, que antes de la consolidación del contrato el hombre disfrutaba irrestrictamente por encontrarse en condiciones de absoluta libertad; esa libertad irrestricta para hacer de mí mismo lo que se me antoje sólo la tiene el soberano y no tiene ninguna connotación ética, pues el soberano es la fuente que establece las condiciones de la acción moral y se encuentra por fuera del pacto establecido por los hombres.

La libertad negativa, (fundamento del libre desarrollo de la personalidad en Hobbes) es ese espacio que le queda al individuo después de que el soberano ha logrado imponer sus restricciones sobre los individuos para posibilitar la convivencia social, pero de allí no se

interpreta a Mill desde Hobbes y es ésta una de sus más grandes imprecisiones.

derivan obligaciones morales específicas, como por ejemplo ser bueno, ser virtuoso, desarrollar las capacidades, ser original, etc. El hombre es libre de hacer con su vida lo que quiera y, no existe ninguna obligación moral del hombre para consigo mismo ni obligación moral para con los demás. Estas obligaciones no existían antes de la consolidación del contrato ni después; lo que significa, que ese espacio que le queda al hombre después de las restricciones establecidas por el soberano frente a su libertad, constituye un terreno expedito para el ejercicio del libre desarrollo de la personalidad (o desarrollo de la libertad) sin ningún tipo de cortapisas morales .

El Estado no ha establecido restricciones para el libre desarrollo de la personalidad que se podría entender en Hobbes en términos más precisos, conforme a su concepción del hombre, como desarrollo de su “pasionalidad”, el cual sólo puede tener obstáculos externos, como la partícula que puede encontrar un obstáculo para su desplazamiento, pero en tanto éste no exista por interferencia de un tercero el hombre es libre como el río que no encuentra impedimento para el libre curso de sus aguas .

El libre desarrollo de la personalidad en Hobbes hace referencia, para su cabal comprensión, a la pregunta si en Hobbes es posible hablar de obligación moral alguna con relación a sí mismo y a los demás. Mi respuesta es negativa: Hobbes es un pensador mecanicista en el que la libertad de la voluntad no es tenida en cuenta como factor fundamental en la dimensión moral del hombre. En él no es posible hablar de responsabilidad moral porque la voluntad, como él lo ha expresado, es el “último apetito en la deliberación” y porque ella no se puede sustraer al influjo causal que la gobierna. El principio fundamental en Hobbes, como ya lo referí, es el movimiento de aquello que es propio de su naturaleza: sus pasiones. Pero el movimiento, (a diferencia de Aristóteles, para quien siempre es intencionado hacia un fin apropiado y predeterminado, porque tiene lugar en un mundo de seres que buscan realizar su movimiento potencial, creciendo y desarrollándose para completar sus naturalezas intrínsecas,) en Hobbes no está inmerso en una teleología. El materialismo mecanicista de Hobbes subvierte la idea de una causa “final” o “teleológica”, ya fuere en la naturaleza inanimada o en los seres humanos. Si la

materia es indiferenciada, entonces el movimiento no puede ser teleológico, puesto que no puede haber ningún fin característico o particular disponible para una creación indeterminada. Hobbes con su Leviatán rechaza el mundo aristotélico al tiempo que invoca un mundo drenado de toda significación evaluativa intrínseca, donde lo que es natural es moralmente indiferente o incluso hostil, donde una cosa no tiene un valor intrínsecamente superior a otra; y en el que un desarrollo personal no tiene un mayor valor que otro; y en el que todos los juicios morales parecen haber sido creados e impuestos desde fuera²⁵. Hobbes ha extraído del mundo cualquier valor inherente o significado de corrección o equivocación²⁶, “nada es simple y absolutamente así; tampoco existe una regla común del bien y del mal a adoptar a partir de la naturaleza de los objetos mismos”. El placer, afirmaba Hobbes, se deriva de aquellas sensaciones que nos ayudan a continuar en nuestro movimiento vital y es esta tendencia natural del hombre lo único que lo impele a conservar la vida (sin importar lo que se quiera hacer con ella) lo que debe ser entendido como una obligación no moral sino prudencial, fundada en un imperativo hipotético asertórico. La obligación o, en términos más acertados, el imperativo que se ofrece a la conciencia del hombre como “moral” es perseverar en su movimiento natural (la vida); el hombre, como toda partícula que cae, busca el camino más fácil para su descenso, lo que significa que el camino más corto para conservar su movimiento consiste en obedecer al soberano. Es importante observar que el carácter racional de la vida en el sentido pensado por Aristóteles, como un telos al que está amarrado el hombre, no hace parte en Hobbes de su visión del hombre; la razón en él es un cálculo subordinado al diverso cúmulo de los apetitos “nada hay de intrínsecamente razonable y para Hobbes la razón no nos proporciona ninguna intuición superior o sublime o verdades morales. Simplemente nos permite calcular mejores resultados”²⁷. De estas consideraciones puedo llegar a las siguientes conclusiones:

Es improcedente pensar en un desarrollo de la personalidad en Hobbes como virtud, dada la naturaleza pasional del hombre que sólo atiende a su propio beneficio y que no tiene

²⁵ Ferran Meller, Historia del pensamiento político moderno, Editorial Ariel, pp.28 y 29

²⁶ Vid., Thomas Hobbes, Leviatán cap. IV op. cit.

²⁷ Ibid., cap. 1

para nada en cuenta el interés general, pues es el interés particular el que el individuo privilegia por sobre todo tipo de interés.

Hobbes inaugura un pesimismo ético al describir un vacío moral en la naturaleza del hombre. El hombre por sí mismo es incapaz de obrar conforme a los preceptos de la razón entendida como aquella facultad superior que enruta la existencia por los senderos del desarrollo humano tal como es concebida por Aristóteles; no hay nada en él que desde sí lo impulse a tener un control sobre sus propios apetitos, no existe, en conformidad con su visión del hombre, una vida mejor que otra (en términos axiológicos) y la preocupación por el sentido de la vida es una preocupación ajena a sus intereses particulares ; permanecer en movimiento, es decir vivir, es lo único que en su criterio se tiene como importante; (ser egocentrista significa intentar permanecer en movimiento de una manera cada vez más progresiva).

Es a partir de la consolidación del pacto cuando se puede hablar propiamente de una vida ética y social del hombre. El elemento primario de organización se opera a partir del “pactum Subjectiones”. Desde allí, la dimensión moral del hombre adquiere cuerpo, se salvaguarda la libertad negativa, y la vida ya no es “pobre, embrutecida y breve” porque las condiciones que a partir del establecimiento del pacto se generan, permiten que el hombre desarrolle su personalidad sin ver su movimiento natural interrumpido. En consecuencia, es sólo a partir de la realización de tal evento que se puede hablar de justicia y de injusticia, pero no un concepto de justicia según la acepción cristiana o kantiana del término. Para Hobbes no es un criterio moral natural el que me obliga a concederle a otro igual derecho sobre lo que para mí reclamo, sino que es el único camino que me queda para disfrutar de aquello que de otra forma no sería posible conseguir; lo que, dicho en otras palabras, significa que en el Estado de sociedad no existe una fuerza interior (moral) que obliga al hombre a respetar a los otros ; es sólo la fuerza coactiva que sobre él se ejerce y a la que por necesidad se adhiere, la que lo impulsa a poner límites a su libertad natural (libre desarrollo de la personalidad); es la conservación de su existencia la única fuerza que como moral en él se opera, y la única que se torna audible

a su conciencia ; sólo por ella acepta prescripciones racionales frente al carácter pasional en el que se encuentra inmerso el “ desarrollo de la personalidad”.

La negación de la teleología en la existencia particular del hombre que sólo es concebido como un cuerpo en movimiento inaugura en Hobbes un pesimismo ético al describir un vacío moral en la naturaleza del hombre que le permite desarrollar su personalidad sin ningún tipo de escrúpulo moral y donde la afirmación del apetito individual es la única fuente “moral” posible de conducta, por encima del cual no existe un valor que se pueda entender como supremo. A pesar de esta concepción mecanicista bajo la cual Hobbes concibe al hombre, en la que hay ciertos factores que determinan su conducta (pasiones), el hombre puede contrarrestar la fuerza de una determinación que en él se opera por otra cuya magnitud opaque en fuerza al anterior. En este sentido, el temor es el único elemento apaciguador de la pasión, encargado de desvanecer la fuerza de los imperativos que la sensibilidad establece con miras a permitir el desarrollo de la personalidad, que en mi criterio, coincide con todo lo que el hombre pueda hacer dentro de su libertad negativa: La única exigencia para que tal cosa resulte posible es que no existan obstáculos externos. El libre desarrollo de la personalidad encuentra en Hobbes, a diferencia de Mill, a la libertad negativa como la condición fundamental para su realización. Hobbes no considera relevante la presencia de los obstáculos internos para el ejercicio de la libertad, lo que le generaría la necesidad de cambiar su concepción del sujeto tal como éste había sido concebido.

No existen, por lo tanto, en Hobbes, por su visión mecánica del mundo, unos rangos y unas jerarquías de valores que se ajusten a lo que se ha entendido en la modernidad como dignidad humana, porque esta categoría tal como es pensada en Kant y en Mill es ajena a la forma como él concibe al hombre. Los hombres somos seres de deseos primarios y secundarios, es decir, de deseos y de deseos acerca de deseos y solamente unos cuantos permiten el desarrollo integral de nuestra personalidad, pero para ello debe existir una teleología o una idea de autorrealización que es ajena a la visión de la naturaleza humana en Hobbes y a su idea de libertad negativa.

Queda claro que es posible llegar desde Hobbes al “Libre desarrollo de la personalidad” pero de una manera totalmente opuesta a la forma como la concibe Mill para quien el desarrollo personal del hombre no gira en la órbita de las pasiones, sino en torno al desarrollo de aquellas potencialidades, por intermedio de las cuales el hombre puede llegar a las cimas más altas del desarrollo.

2. EL IDEAL DE VIDA BUENA EN JOHN STUART MILL

2.1. LIBERTAD NEGATIVA Y NATURALEZA HUMANA EN JOHN STUART MILL

En el pensamiento filosófico occidental se ha tenido a Stuart Mill como defensor a ultranza de la libertad individual, contra el acecho de las mayorías y los poderes totalitarios²⁸, sin embargo, la interpretación que de él se ha hecho como un representante de la concepción negativa de la libertad no es coherente con los planteamientos que él tiene con relación al hombre²⁹, el cual es concebido como un “ser progresivo”; subyace,

²⁸ Sostiene Stuart Mill, en la introducción de su texto “Sobre la libertad”, que mucho tiempo durante la antigüedad se entendió por libertad la protección contra la tiranía de los gobernantes políticos, y, en consecuencia, el remedio consistía en asignar límites al poder. Para conseguirlo había dos caminos: uno era obtener el reconocimiento de ciertas inmunidades, y otro, de fecha más reciente, consistía en el esclarecimiento de frenos constitucionales. La segunda fase estaba vinculada a la instauración del principio democrático representativo. Pero un momento hubo en que los hombres cesaron de considerar como una necesidad natural el que sus gobernantes fuesen un poder independiente y tuviesen un interés opuesto al suyo. Les pareció mucho mejor que los diversos magistrados fuesen sus lugartenientes o delegados revocables a voluntad. Y entonces, no tuvo ya sentido la limitación del poder, lo que era preciso en ese nuevo momento del problema era que los gobernantes estuviesen identificados con el pueblo, que su interés y su voluntad fuesen el interés y la voluntad de la nación. En esta manera de pensar, o quizás más bien de sentir -agrega Stuart Mill- consistía el espíritu de la última generación del liberalismo europeo y predominaba según parece entre los liberales del continente. Pero, convertido ya en realidad el anhelado estado democrático, nuevamente se hace visible la necesidad de limitar el poder del gobierno sobre los individuos, aún cuando los gobernantes respondan de un modo regular ante la comunidad, o sea ante el partido más fuerte de la comunidad porque frases como “el gobierno de sí mismo” y “el poder de los pueblos sobre ellos mismos” no significan lo mismo. Es equívoco -sostiene Mill- pensar que unir el interés de la nación con el de los gobernantes sea algo inofensivo porque es suponer que la nación no tiene necesidad alguna de ser protegida contra su propia voluntad, cuando la realidad es que el pueblo que ejerce el poder no es siempre el pueblo sobre quien se ejerce y el gobierno de sí mismo de quien tanto se habla, no es el gobierno de cada uno por sí mismo, sino el de cada uno por todos los demás. La voluntad del pueblo significa, según Mill, la voluntad de la porción más numerosa y más activa del pueblo, la mayoría, o de los que han conseguido hacerse pasar como tal mayoría. Por lo tanto, existe el peligro de que el pueblo desee oprimir una parte de sí mismo, lo que en otros términos significa, que la mayoría puede convertirse en el tirano de la minoría y apagar la fuerza de la individualidad humana. Además, ejerce una tiranía social más formidable que cualquier opresión legal: en efecto, si esta tiranía no tiene a su servicio frenos tan fuertes como otras, ofrece en cambio menos medios de poder escapar a su acción, pues penetra mucho más a fondo en los detalles de la vida llegando incluso hasta encadenar el alma. En este sentido, el pensamiento de Mill es una voz de alerta frente a la absorción del individuo por la sociedad que se alza para aplastar la grandeza individual del hombre y que hace que no sea él la fuente causal que lo gobierna sino una fuerza extraña que, sustituyendo su individualidad, pretende alzarse por encima de sí mismo y hacer que éste haga lo que no quiere hacer. John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, Alianza Editorial 1979 pp. 56 y ss.

²⁹ Mill suscribe, a lo largo del “Utilitarismo”, de su “Autobiografía”, de su texto “Sobre la libertad” y de “Un sistema de lógica”, un ideal de vida bueno que riñe con la filiación que de su pensamiento con respecto a la libertad negativa en general de él se ha hecho. En particular la Corte Constitucional Colombiana lo toma como un defensor de la libertad negativa; de esta posición es paradigmática la sentencia 221 de 1994 (despenalización de la dosis personal de estupefacientes) que será motivo de análisis al final del presente trabajo.

en su argumentación, una forma de concebirlo para la que se requiere otro concepto de libertad (distinta a la libertad negativa o libertad de...) que de lugar al desarrollo de la personalidad o fundamente la razón por la cual el hombre que él defiende sea un ser virtuoso, esto es original, crítico, con un carácter excepcional, etc. Ese concepto tiene que ver con su concepción de la naturaleza humana, con su ideal del hombre³⁰. Al que se refiere en su texto “El Utilitarismo” donde explícitamente afirma: “Considero la utilidad como la suprema apelación en las cuestiones éticas, pero la utilidad, en su más amplio sentido, fundada en los intereses permanentes del hombre como un ser progresivo” (El subrayado es mío)³¹ afirmación que choca con la libertad irrestricta que la opinión corriente le adscribe al espacio en el que Mill dice que el hombre es soberano y, del cual se infiere que el individuo puede hacer de su vida lo que quiera (no necesariamente desarrollar su personalidad); por corresponder a una dimensión de su libertad que sólo atañe al individuo y que se piensa al margen de los otros como si esa esfera de la libertad pudiese separarse de su contacto con el mundo. Mill defiende al individuo de la sociedad, y se preocupa en igual medida por una humanidad que no es cualquier humanidad sino, un conjunto de hombres excelentes.

Los seres humanos poseen facultades más elevadas que los apetitos animales, y una vez que son concientes de su existencia no consideran como felicidad nada que no incluya la gratificación de aquellas facultades. (...) ahora bien, es un hecho incuestionable que quienes tienen un conocimiento igual y una capacidad igual de apreciar y gozar, dan una marcada preferencia al modo de existencia que emplea sus facultades superiores. Pocas criaturas humanas consentirían que se las convirtiera en alguno de los animales inferiores, a cambio de un goce total de todos los placeres bestiales; ningún ser humano inteligente consentiría en ser un loco, ninguna persona instruida en ser ignorante, ninguna persona con sentimiento y

³⁰ John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., p.67.

Sostiene Mill que los hombres no pueden desarrollarse y llegar a ser completamente humanos a menos de hallarse libres de interferencias por parte de otros hombres en un área mínima de su vida que él considera inviolable. Proclama la libertad de pensamiento y de expresión por considerarlas fundamentales para el beneficio de la sociedad, reducirlas al silencio sería retardar el progreso individual y social del hombre. Sólo desde la libre discusión puede el hombre trascender sus propios límites internos y ser el hombre original y crítico que por el carácter particular de su naturaleza está llamado a ser. Detrás de esta idea subyace en Stuart Mill la idea de progreso, que se expresa en la naturaleza humana cuando el individuo se encuentra en condiciones de plena libertad, es decir, cuando no se encuentra entre cadenas, pero esta idea se expresa, aún más, cuando el hombre puede por sí mismo decidir el rumbo de su propia vida. Por esta razón aboga por la libertad de conciencia y de expresión porque a través de ellas se puede desarrollar la fuerza del carácter, frente a la cual se oponen la costumbre y la mayoría, enemigos furibundos, según Mill, de la condición humana. Cfr. John Stuart Mill, *Ibid.*, cap. 2.

³¹ John Stuart Mill, *ibid*, p. 67

conciencia en ser egoísta e infame; ni siquiera se les podría persuadir de que el loco, el estúpido o el bellaco están más satisfechos con su suerte que ellos con la suya.³²

En este sentido, Mill pretende que el hombre con el ejercicio de su libertad no solamente no perjudique a los demás sino que el hombre en el ejercicio de la misma desarrolle sus más altas potencialidades (recordemos que Mill aboga por el desarrollo de la individualidad y en desarrollo de la misma hace de sí un sujeto de su propia creación).

No sólo es importante lo que los hombres hacen, sino también la clase de hombres que lo hacen. Entre las obras del hombre, en cuyo perfeccionamiento y embellecimiento se emplea legítimamente la vida humana, la primera en importancia es, seguramente, el hombre mismo. Suponiendo que fuera posible construir casas, hacer crecer el trigo, ganar batallas, defender causas y hasta erigir templos y decir oraciones mecánicamente -por autómatas en forma humana- sería una pérdida considerable cambiar por estos autómatas los mismos hombres y mujeres que habitan las partes más civilizadas del mundo y que seguramente son tipos depauperados de lo que la naturaleza puede producir y producirá algún día. La naturaleza humana no es una máquina que se construye según un modelo y dispuesta a hacer exactamente el trabajo que se le ha prescrito, sino un árbol que necesita crecer y desarrollarse por todos lados, según las tendencias de sus fuerzas interiores, que hacen de él una cosa viva.³³

En Mill coexiste, además de la libertad negativa, un ideal de vida buena que trasciende la esfera de esta libertad y que marca, por no decir condiciona, el desarrollo de la persona humana. Este ideal de vida buena no gira, como en Hobbes, en torno al hombre entendido como pasión y a la vida como un cuerpo en constante movimiento sin un telos específico en su naturaleza. En Mill su concepto de naturaleza sólo posee una dimensión: la de su despliegue en el que es posible alcanzar el grado más alto de humanización, por eso, en Mill no hace parte de su concepto de felicidad ni de desarrollo personal cualquier tipo goce.

Es del todo compatible con el principio de utilidad el reconocer el hecho de que algunos tipos de placer son más deseables y más valiosos que otros. Sería absurdo que mientras que al examinar todas las demás cosas se tiene en cuenta la calidad además de la cantidad, la estimación de los placeres se supusiese que dependía tan

³² John Stuart Mill, *El utilitarismo, un sistema de lógica*, Alianza Editorial, pp. 47 y 49.

³³ John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., pp. 129 y 130.

sólo de la cantidad.³⁴

Para él, el desarrollo de la personalidad y por consiguiente la felicidad están ligados a una concepción moral del hombre, a un telos que enruta su libertad y, sobre todo, sus deberes para con la sociedad y para consigo mismo. La teleología milliana apunta a una dirección específica cual es el desarrollo de una personalidad integralmente formada (intelectual y sensitivamente) y, cumplir así con el sentido que potencialmente está inscrito en su naturaleza, esto es como un ser llamado al desarrollo más alto de su personalidad y, en este sentido, a realizar el sentido último de la vida: ser un ser virtuoso.

Una vida con “sentido” sería aquella en la que autonomía, virtud y razón estuvieran estrechamente entrelazadas y trazaran el camino por donde el hombre “libremente” quiera desplazarse. “Sentido” en el lenguaje aristotélico significa que el hombre debe ocupar el lugar que en la orquestación universal se ha pensado para el hombre. Lo importante para Mill no son los logros que sobre el mundo externo pudiera el hombre alcanzar, sino sobre los que su propia personalidad haya podido obtener; es un trabajo sobre sí la tarea de mayor prestigio que pueda realizar el hombre, lo importante no está en las cosas que se construyen sino en la peculiaridad del hombre que las hace; es la realidad interior del sujeto, el escenario en el que Mill intenta hacer prevalecer sus más altas reflexiones éticas. “Después del egoísmo, la principal causa de una vida insatisfactoria es la carencia de cultura intelectual.”³⁵

En su Autobiografía habla de la importancia de los sentimientos a propósito de la poesía de Wordsworth³⁶ y su influencia en la formación de la personalidad; en su conferencia pronunciada en la Universidad de Saint Andrews, Escocia, el 1 de febrero de 1867³⁷, hace relación a la importancia de la formación del carácter por encima de la información libresco en el desarrollo de la juventud y, en “Consideraciones sobre el gobierno

³⁴ John Stuart Mill, *El utilitarismo, Un sistema de lógica* op. cit., p.48.

³⁵ Ibid., p.57.

³⁶ John Stuart Mill, *Autobiografía*, Alianza editorial, 1986, pp. 153 y ss.

³⁷ John Stuart Mill “Contenido y alcance de la educación liberal” en *Revista de economía institucional* vol.6 número 11, segundo semestre del 2004. Universidad Externado de Colombia.

representativo”, al evaluar la pertinencia de un dictador benévolo, Mill enfatiza en los efectos perjudiciales que se producirán en el carácter de los hombres pese a que se presentan logros estimables en otras direcciones. Lo importante de un buen gobierno según Mill es el mejoramiento intelectual y moral del individuo:

“Por ejemplo, siendo el primer elemento de buen gobierno la virtud y la inteligencia de las personas que componen la comunidad, el mayor mérito que puede poseer un gobierno es el desenvolver esas cualidades en el pueblo (...) debe juzgarse al gobierno por su acción sobre las cosas, por lo que hacen los ciudadanos y por lo que hace con ellos, por su tendencia a mejorar o no a los hombres y por el mérito o defecto de las obras que ejecuta para ellos o con ellos “³⁸. (El subrayado es mío).

Este objetivo de la naturaleza humana contrasta, como ya lo referíamos, con el pensamiento de Hobbes, quien por su concepción mecánica del hombre se encuentra determinado por un deseo sin teleología constituye frente al “desarrollo de la personalidad” con relación a Mill, su más importante diferencia, pues el deseo en él es un deseo que no se agota en sí mismo, sino que por el contrario, trasciende al encaminarse por los senderos del más alto desarrollo personal para el que se requiere el concurso de lo más representativo de nuestras capacidades intelectuales y, por cuyo intermedio, es que el hombre puede llegar a ser plenamente humano.

Es el desarrollo personal la exigencia más alta que el hombre tiene para consigo mismo. Tal como lo revela la correspondencia de Mill con su amigo David Barclay en una carta reproducida por Caroline Fox³⁹ donde dice:

No hay más que una regla simple de la vida que será obligatoria por toda la eternidad, e independiente de cualquier variedad de credos e interpretaciones de credos, que abarca por igual las moralidades más grandes y las más

³⁸ John Stuart Mill, *Del gobierno Representativo*, Ed. Tecnos, 1965, pp. 167 y 169.

³⁹ Carolina Fox *Memories of old friends*, ed por Horace N. Pym, 2da ed., Londres, 1882; citada en Charles Larrabee Street, in *Individualism and individuality, in the philosophy of John Stuart Mill*, Milwaukee, Morehouse Publishing, 1926, p. 41. John Stuart Mill hace énfasis en el carácter racional de la naturaleza humana y se adhiere explícitamente en esta dirección a Guillermo de Humboldt en su texto “Sobre la libertad” cuando dice: “Pocas personas, fuera de Alemania, comprenden todavía el sentido de la doctrina sobre la cual Guillermo de Humboldt, tan eminente savant como político, compuso un tratado, a saber: que: “el fin del hombre, es el prescrito por los eternos e inmutables dictados de la razón, y no el sugerido por deseos vagos y transitorios, es el desenvolvimiento más elevado y más armonioso de sus facultades en un conjunto completo y consistente” ” John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., p. 127

pequeñas. Es ésta: esfuérzate infatigablemente hasta encontrar la cosa más sublime que seas capaz de hacer, llevando habida cuenta de las facultades y las circunstancias externas y luego hazla.

No es, por lo tanto, cualquier preferencia la que en Mill marca el rumbo de la singularidad humana⁴⁰, en él existe una jerarquía de valores en los cuales es posible ubicar la pregunta por el libre desarrollo de la personalidad que se traslada al campo de la realización ética; preguntas que absorbieron la atención de los antiguos, preguntas a cerca de qué vida deberíamos llevar, que definen una vida bien vivida como algo más que una vida satisface nuestras preferencias⁴¹, en este sentido, la pregunta por el sentido de la vida⁴² es una pregunta que aunque no hace parte de este trabajo, subyace en lo más profundo de su concepción en torno al libre desarrollo de la personalidad.

La libertad individual en Mill no puede coincidir, por lo tanto, con cualquier clase de “desarrollo de la personalidad”⁴³ porque, como a continuación lo mostraré, al “desarrollo

⁴⁰Es tanta la preocupación de Mill por el desarrollo personal del hombre que el gobernante la debe asumir como la preocupación de un buen padre de familia que permite que sus hijos se realicen como quieran, pero se preocupa porque en lo más profundo de sus vidas los hombres busquen lo mejor porque fue en función de lo mejor que fueron educados. Mill no acepta la promoción de las formas pervertidas de la existencia. “Pocas criaturas humanas consentirán en transformarse en algunos de los animales inferiores ante la promesa del más completo disfrute de los placeres de una bestia. Ningún ser humano inteligente admitiría convertirse en un necio, ninguna persona culta querría ser un ignorante, ninguna persona con sentimientos y conciencia querría ser egoísta y depravada, aún cuando se le persuadiera de que el necio, el ignorante o el sinvergüenza pudieran estar más satisfechos con su suerte que ellos con la suya.” John Stuart Mill, *El utilitarismo un sistema de lógica*, op. cit., p.49 eso no desarrolla el carácter del hombre que él concibe.

⁴¹ Kwame Anthony Appiah, *La ética de la identidad*, Buenos Aires, Edit. Katz, 2007 p. 191

⁴² Con relación al sentido de la vida tanto en Mill como en Charles Taylor cualquier marco referencial no sirve para posibilitar en el primero “el libre desarrollo de la personalidad” y en el segundo “la autenticidad del yo”, cualquier idea de bien no sirve para darle pleno sentido a la existencia humana; en ambos, el concepto de dignidad está cargado de una serie de elementos éticos y espirituales que hacen que la vida valga la pena ser vivida. Considero que en Taylor, pero también en Mill, el hombre desarrolla su personalidad en la medida en que su conocimiento no está limitado a la inmediatez de lo dado, ni es prisionero de su propia situación fáctica en el mundo, sino que puede trascenderlo con las razones ontológicas de su mundo moral y abrirse a otros horizontes de comprensión mucho más humanos. Esta capacidad de trascendencia ontológica del hombre, la infinitud intencional de la razón es lo que le otorga al espíritu esa superioridad que lo deja siempre insatisfecho frente a la facticidad de lo dado. Tanto en Mill como en Taylor, el hombre sólo es hombre en tanto su referente ontológico sea lo suficientemente digno, es decir cargado de un telos en el que el hombre pueda sentirse a gusto ante sus propios ojos y pueda erigirse ante el mundo como un ser digno de respeto. Hablar de libre desarrollo de la personalidad en ambos pensadores es hablar de una ontología particular que le aporta una articulación racional al sentido de la vida. Cfr. Charles Taylor, *Las fuentes del yo*, pp. 29 y ss. Paidós, Barcelona, 1996.

⁴³ La felicidad determinada por el desarrollo de la personalidad en Mill es una felicidad que podríamos entender más allá del placer como un profundo sentimiento de júbilo y frenesí no por tener sino por ser, y no son la capacidad “sintiente”, ni el ímpetu de la pasión, ni un deseo desbordante de placer los factores determinantes de la conducta, sino la razón “Nuestra facultad moral, de acuerdo con todos aquellos de sus

de la personalidad” en Mill sólo se llega por cierto manejo de una individualidad “virtuosa” que, como veremos, trasciende al concepto de libertad negativa.

interpretes que merecen el título de filósofos, nos proporciona únicamente los principios de nuestros juicios morales ; es una derivación de nuestra razón, no de nuestra facultad sensitiva y debe ser tomada en cuenta con relación a las doctrinas abstractas de la moralidad.” John Stuart Mill. *El utilitarismo*, op. cit., p. 39

2.2. VIRTUD Y LIBRE DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD EN JOHN STUART MILL

El concepto de libre desarrollo de la personalidad en John Stuart Mill se relaciona con una forma de concebir la vida buena⁴⁴, no hace referencia exclusivamente a la ausencia de obstáculos externos, como el río de Hobbes⁴⁵ que corre libremente por su cauce sin que nada se interponga en su camino⁴⁶, tampoco se relaciona con la consideración que tiene Bentham de la felicidad⁴⁷. El concepto de hombre que logra superar gracias a la famosa crisis espiritual de 1826 en la que puso en tela de juicio el concepto de felicidad heredado por Bentham y frente al cual Mill se le ocurrió preguntarse a sí mismo ¿Si, suponiendo que todas las metas en la vida se hubiesen realizado y que todas las transformaciones que se persiguen en las instituciones y en las opiniones pudieran efectuarse en un sólo instante ¿sería éste motivo para ser plenamente feliz? y su conciencia, sin poder reprimirse, le contestó categóricamente que ¡no!⁴⁸. O como dice Isaiah Berlin:

⁴⁴ “Es central el énfasis que realiza Mill en todas sus obras, de su concepción del progreso individual y social del ser humano. El resto de los animales no tienen lo que llama Mill en varias oportunidades, facultades intelectuales, por eso su concepción de placer implica un conjunto complejo de elementos. Su concepción de placeres superiores está conectada con el desarrollo de las capacidades humanas que él llama “facultades superiores”. Éstas son explicadas por la capacidad potencialmente de cultivación y progreso, el hombre se diferencia de los otros animales por su singular habilidad de expresión, de tomar decisiones, de actuar y de cambiar cosas. Sólo los humanos somos capaces de desarrollarnos intelectualmente, artística, moral, espiritual y creativamente. Para Mill el desarrollo y ejercicio de las facultades superiores son el prerequisite para experimentar los placeres superiores”, Palas Carolina, “La relación entre felicidad y virtud en John Stuart Mill” en *Revista actio* No. 9, noviembre del 2007. En una dirección similar se pronuncia el comentarista inglés Habibi, D. Cuando dice “finds it valuable because it leads to the refinement of our higher faculties and to higher forms of happiness. It is this process of growth that moves us towards the ultimate kind of satisfaction and fulfillment. The type of growth that results in higher happiness, then, on Mill’s view, ought to be an object of desire, as well as a goal” Habibi, D. “J.S.Mill’s revisionist utilitarianism” *British Journal For The History Of Philosophy* (BJHP), 6 (1), 1998. pp. 97-98.

⁴⁵ Thomas Hobbes, *Leviatán*, op. cit., cap. XXI, pp. 171-172, Fondo de Cultura Económico, 1982.

⁴⁶ Lo importante para Hobbes con relación a la metáfora del río es que nada obstaculiza el libre curso de sus aguas, o en otros términos, la libertad negativa excluye cualquier posible interferencia con relación a esa esfera de libertad en la que el hombre es totalmente absoluto en tanto no ponga en peligro el derecho de los demás.

⁴⁷ “Pero al interrogarnos sobre aquello que Mill entendía por placer o felicidad, la respuesta se halla lejos de ser clara. Sea lo que sea la felicidad para Mill no es lo mismo que para Bentham. El concepto de naturaleza humana de Bentham es a su juicio, demasiado estrecho y por tanto inadecuado; Bentham no tiene, considera Mill, comprensión imaginativa de la historia, la sociedad o la psicología individual; tampoco acaba de captar qué es lo que hace -o debe hacer- permanecer unida a la sociedad: ideales comunes, lealtades, carácter nacional; no entiende de honor, dignidad, culto de sí mismo, de amor a la belleza, orden, poder, acción; solamente comprende el aspecto “negocio de la vida”, Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza editorial, Madrid, 1988. p. 290.

⁴⁸ John Stuart Mill, *Autobiografía*, op. cit., Madrid, 1986. p.141.

Con horror tuvo que reconocer que no. ¿Cuál era, pues, el verdadero fin de la vida? Siguió a Bentham en su lucha contra el dogmatismo, el trascendentalismo y el oscurantismo contra todo lo que se opusiera a la marcha de la razón, del análisis y de la ciencia empírica. Toda su vida se mantuvo fiel a estas creencias. Sin embargo, su concepción de hombre, y por lo tanto, de otras muchas cosas sufrió un gran cambio.⁴⁹

Este cambio le generó a Mill la idea de que lo que contribuía a la felicidad no era sólo la racionalidad, sino también la excepcionalidad del carácter, la diversidad, la plenitud de la vida, la chispa indescriptible del genio individual, la espontaneidad y singularidad de un hombre, un grupo o una civilización⁵⁰ (es decir, el desarrollo de la personalidad).

Para él, el hombre se diferencia de los animales no tanto por ser poseedor de entendimiento o inventor de instrumentos métodos como por tener capacidad de elección; por elegir y no ser elegido; por ser jinete y no cabalgadura; por ser buscador de fines, fines que cada uno persigue a su manera, y no únicamente medios. Con el corolario de que cuanto más variadas sean estas formas, más ricas serán las vidas de estos hombres; cuanto más amplio sea el campo de intersección entre los individuos tanto mayores serán las oportunidades de cosas nuevas e inesperadas; cuanto más numerosas sean las posibilidades de alterar su propio carácter hacia una dirección nueva o inexplorada tanto mayor será el número de caminos que se abrirán ante cada individuo y tanto más amplia será su libertad de acción y de pensamiento⁵¹.

Como se puede fácilmente apreciar John Stuart Mill no parte de un vacío moral en su consideración de la naturaleza humana, el hombre que concibe apunta a la consolidación de un fin específico: el desarrollo personal, entendido como autorrealización de lo que yace en el hombre como potencialidad y, frente a lo cual la virtud⁵² guarda su más elevada importancia hasta el punto que lo útil y lo virtuoso serán los dos ejes en torno de los cuales Mill concibe su idea de felicidad y su idea de “libre desarrollo de la personalidad”.

⁴⁹ Isaiah Berlin, *op.cit.*, p. 285.

⁵⁰ Ibid, p. 287.

⁵¹ Loc. cit., p. 287.

⁵² “¿Pero el utilitarismo niega se desee la virtud? O ¿Sostiene que la virtud no es una cosa deseable? Todo lo contrario. No sólo sostiene que la virtud ha de ser deseada, sino que ha de ser deseada desinteresadamente, por sí misma. Sea cual sea la opinión de los moralistas utilitaristas con relación a las condiciones originales que hacen que la virtud sea virtud; y por más que puedan considerar (como de hecho ocurre) que las acciones y disposiciones son solamente virtuosas debido a que promocionan algún otro fin que la virtud,...no sólo colocan la virtud a la cabeza misma de las cosas que son buenas como medios para el fin último, sino que también reconocen como hecho psicológico la posibilidad de que constituya, para el individuo, un bien en sí mismo, sin buscar ningún fin más allá de él.” John Stuart Mill, *El Utilitarismo*, Ediciones Orbis, Barcelona,

La felicidad no es una idea abstracta, sino un todo concreto y éstas son algunas de sus partes. El criterio utilitarista sanciona y aprueba que así sea. La vida sería algo muy pobre, muy mal provista de fuentes de felicidad, a falta de esta disposición de la naturaleza mediante la cual cosas que en principio eran indiferentes, pero que conducían a, o estaban asociadas en algún otro sentido con la satisfacción de nuestros deseos primitivos, se convierten ellas mismas en fuentes de placer más valiosas que los placeres primitivos, tanto por lo que a su permanencia se refiere en el espacio de la existencia humana que son capaces de abarcar, como a su intensidad. La virtud, de acuerdo con la concepción utilitarista, es un bien de este tipo. No existe un deseo originario de ella o motivo para ella, salvo su producción de placer y, especialmente, su protección de dolor. Pero mediante la asociación que se forma puede ser considerada como buena en sí misma y deseada en este sentido con tanta intensidad como cualquier otro bien.⁵³ (El subrayado es mío).

Detrás de esta consideración existe en Mill la idea de que la felicidad está asociada al logro de una vida buena en la que el placer y el desarrollo de la personalidad tendrán una estrecha relación con la virtud,⁵⁴ el placer no es el placer de los intemperantes sino un placer que se deriva de la acertada conducción de la existencia,⁵⁵ acorde con el telos que del desarrollo individual ha hecho Mill como desarrollo de la libertad.⁵⁶ De donde se

1980, p. 165

⁵³ John Stuart Mill, *El utilitarismo un sistema de lógica*, op. cit., pp. 94 y 95.

⁵⁴ “Los seres humanos poseen facultades más elevadas que los apetitos animales, y una vez que son conscientes de su existencia no consideran como felicidad nada que no incluya la gratificación de aquellas facultades (...) Es del todo compatible con el principio de utilidad el reconocer el hecho de que algunos tipos de placer son más deseables y valiosos que otros”, John Stuart Mill, *El utilitarismo un sistema de lógica* op. cit., p. 47.

⁵⁵ El criterio primordial de medición de los placeres es su calidad, sólo por su calidad es estimable su cantidad. Este criterio se agudiza por la capacidad particular de cada hombre para concebir el placer, entre más refinada sea la capacidad perceptiva del hombre mayor será la magnitud desde la cual las cosas son percibidas, un hombre culto tiene acceso mayor acceso a una calidad de placer que un hombre no formado, de tal suerte que los hábitos de auto observación y de reflexión cuentan en el momento de apreciar la felicidad así como la cantidad de capacidades superiores desarrolladas, de este modo las acciones meditadas y medidas son las que mejor contribuyen al fin último del hombre. John Stuart Mil, *El utilitarismo, un sistema de lógica* op. cit., p.54. Igualmente en esta misma dirección, argumentan otros autores entre ellos la profesora Marcia Gabriela Spadaro quienes sostienen que lo impulsivo, lo irreflexivo, no conducen por el camino de la virtud utilitarista y que la felicidad como fin y modo de vida requiere de su atento estudio para ser posible.

⁵⁶ Mill tiene un concepto de dignidad humana que se alcanza con la autenticidad, con la fuerza del carácter, con el desarrollo de las potencias intelectuales. Su concepción de la naturaleza humana no le permite el uso irrestricto de la libertad, pues su principal preocupación es producir seres virtuosos, excelentes, ilustrados, con capacidad de autodeterminación y con sentido de su propio valor. No sólo está interesado en una sociedad justa, sino en la calidad de hombres que la sociedad puede producir, afirma que no sólo es importante lo que los hombres hacen, sino también la clase de hombres que lo hacen. Plantea que entre las obras del hombre en cuyo perfeccionamiento y embellecimiento se emplea legítimamente la vida humana, la primera en importancia es seguramente el hombre mismo. El hombre es concebido por Stuart Mill como una obra de arte, y su misión sobre la tierra, es hacer de sí mismo lo mejor. John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., pp.

infiere que la mejor vida que puede vivir el hombre es aquella donde el desarrollo de su individualidad creadora puede llegar a su más alto nivel de expresión, por consiguiente, no cualquier camino puede ser utilizado para la realización del ser del hombre.⁵⁷ Sostengo que Mill se opone a identificar felicidad exclusivamente con placer precisamente porque su visión teleológica del hombre no se lo permite. Para Mill como para “Aristóteles el placer es una actividad concomitante de la acción y los placeres serán aquellos que acompañan a la actividad más perfecta”⁵⁸. La actividad más perfecta será aquella en la que el individuo desarrolle de la forma más versátil el conjunto de sus capacidades intelectuales y, por consiguiente, encuentre en su desarrollo el nivel más alto de felicidad. El fin último de la acción humana en Mill es el placer, pero un placer cuyo refinamiento intelectual eleva al hombre ante sus propios ojos hasta el punto de hacerlo digno de ser llamado humano.

Mill considera errónea la teoría psicológica de Bentham, en la medida que éste niega un área amplia de la existencia humana: el hombre posee un potencial de cultivación que Bentham no reconoce. Mill agrega la individualidad, la tolerancia, la elección, la originalidad, la espontaneidad y la libertad como valores sociales esenciales. Mill, como Bentham, reconoce que el egoísmo y el propio placer son factores de la conducta humana, no los niega como necesarios, pero a través del proceso educativo se puede esperar que se aprecien otros valores y que se aprenda la conexión entre el propio placer y el de los demás⁵⁹. El concepto de naturaleza humana de que parte Mill modifica el sentido en el que equivocadamente se ha entendido el concepto de utilitarismo,⁶⁰ la concepción de naturaleza humana en él recoge algunos postulados de Epicuro quien considera que los placeres del intelecto, de los sentimientos y de la imaginación tienen un valor mucho más alto en cuanto placeres, que los de la mera sensación⁶¹. Esta consideración lo llevó a

129 y 130.

⁵⁷ “Por lo demás, habría que matizar que el utilitarismo no es un hedonismo, si se entiende “hedonismo” en su acepción más vulgar. Hacer lo que a cada uno le apetece cuando le apetece.” John Stuart Mill, *El Utilitarismo un sistema de lógica*, op. cit., p. 23.

⁵⁸ Guariglia, O. *Moralidad. Ética Universalista y sujeto moral*. Buenos Aires. F.C.E, pp. 7-34.

⁵⁹ Habidi, D “J.S.Mill’s revisionist utilitarianism” *British Journal For The History of Philosophy* (BJHP), 6 (1) 1998, pp.110-111.

⁶⁰ John Stuart Mill, *El Utilitarismo*. Editorial Orbis, p. 138.

⁶¹ Ibid., p.140

distanciarse de su maestro Bentham quien parte de un egoísmo psicológico en el que predomina más la cantidad de placer que la calidad. Mill, seguidor de Epicuro, privilegiará la calidad por encima de la cantidad y manifestará que los únicos bienes deseables por sí mismos son la felicidad y la virtud y que la mayor prueba de que algo sea deseable es que realmente se desee; este pasaje de lo deseado a lo deseable ha sido motivo de muchas críticas, pero Mill no anduvo del todo desencaminado al buscar algún tipo de puente entre lo deseado y lo deseable. La felicidad deseable no es sino la felicidad deseada por los individuos autónomos, libres y desarrollados, que Mill toma como modelo de tal naturaleza humana educada y madura⁶². La felicidad deseable, la que cualquier hombre desea, es lo que moralmente los hombres más desarrollados desean⁶³, esos hombres desarrollados representan lo que el hombre debe querer de acuerdo al desarrollo moral de su naturaleza interna.⁶⁴ “El debe, en Mill, está contenido en el es. No existen hiatos, fronteras, muros infranqueables para transitar del mundo de los hechos al mundo de los valores, ya que los propios valores son valiosos precisamente en atención a que cumplen desideratas humanos”⁶⁵.

Es claro que Mill parte de una concepción de naturaleza humana vinculada a un ideal de vida bueno que fundamenta el desarrollo de la personalidad y el desarrollo de la sociedad

⁶² E. Guisán. El utilitarismo en “*Historia de la Ética*”, vol.2. Camps, V. Ed. Barcelona, Crítica, 1992, p. 492.

⁶³ Carolina Palas. “La relación entre felicidad y virtud en John Stuart Mill” en. *Revista Actio*, Instituto de profesores Artigas. Nov. 2009, p. 39.

⁶⁴ Según la profesora Carolina Palas la exposición de la virtud en Mill la podemos centrar en dos puntos: “Cómo se adquiere y qué función social y personal tiene. Ambos aspectos están entrelazados, pues la adquisición de la virtud requiere una búsqueda desinteresada de ella y, al mismo tiempo, exige que se la asocie al placer, lo cual hace que se convierta en fin último de la acción personal y social y, simultáneamente, que sea el medio más eficaz para lograr la felicidad propia y la social. De este modo, la virtud se constituye en Mill como el instrumento útil para aunar los intereses particulares y generales. Este tratamiento paradójico de la virtud, se puede deber a que Mill no se preocupó por clarificar los conceptos de interés y utilidad. En la tradición clásica, se distinguió entre el interés por el bien material y, en general, mundano y el interés por el bien moral, entendido como el perfeccionamiento del individuo en cuanto hombre. En el primer caso, cabe hablar de utilidad o de bien útil: ordenar un medio a un fin material, en el segundo no hay un bien útil, no hay un bien para, sino bien en cuanto tal un bien en sí. Según esta distinción, es claro que la virtud no es un bien útil: no se ordena con el fin de enriquecerse o conseguir el poder. Y, por eso, la virtud no le interesa (interés en el primero de los sentidos) a quien su única preocupación sea enriquecerse o conseguir el máximo de placer físico. La virtud, por el contrario, es un bien en sí que interesa máximamente en él (segundo sentido de interés) a quien quiera perfeccionarse como persona racional, a quien quiera ser auténticamente bueno”. Carolina Palas. “*La relación entre felicidad y virtud en John Stuart Mill*”, en *Revista Actio*, Buenos Aires, No 9, noviembre de 2007, p. 54.

⁶⁵ E. Guisán. *Introducción a “El utilitarismo de J. S. Mill”*. Barcelona, Altaya, 1984, pp. 14-15, 2007.

en general, que él entiende como “mayoría”⁶⁶ y que guarda estrecha relación con el concepto de humanidad kantiano y me podría aventurar a decir que se aproxima al concepto de humanidad marxista (el hombre como ser genérico).

En síntesis, Mill agrega a la consideración benthamiana de la felicidad la idea de una naturaleza virtuosa, desestima la consideración que éste tiene del hombre, el cual no lo concibe como un ser original; no tiene, como dice Isaiah Berlin, comprensión imaginativa de la historia, la sociedad o la psicología individual; tampoco capta qué es lo que hace -o debe hacer-permanecer unida a la sociedad: ideales comunes, lealtades, carácter racional; no entiende de honor, dignidad, culto de sí mismo, etc.⁶⁷ Estos valores hacen parte del concepto de hombre que Mill aspira que sea interiorizado por los hombres con el auspicio de los más capacitados, lo que permitirá que en cierto momento esa mayoría de los más haga oír su voz con relación a lo que el hombre debe querer en su vida personal como en su vida colectiva:

Considero inapelable ese veredicto emitido por los únicos jueces competentes. En relación con la cuestión de cuál de los dos placeres es el más valioso, o cuál de dos modos de existencia es el más grande para nuestros sentimientos, al margen de sus cualidades morales o sus consecuencias, el juicio de los que están cualificados por el conocimiento de ambos o, en caso de que difieran, el de la mayoría de ellos, debe ser admitido como definitivo. Es preciso que no haya dudas en aceptar ese juicio respecto a la calidad de los placeres, ya que no contamos con otro tribunal, ni siquiera en relación con la cuestión de la cantidad. ¿Qué medio hay para determinar cuál es el más agudo de dos dolores, la más intensa de dos sensaciones placenteras, excepto el sufragio universal de aquellos que están familiarizados con ambos? ¿Con qué contamos para decidir si vale la pena perseguir un determinado placer a costa de un dolor particular a no ser los sentimientos y juicio de quien los experimenta?⁶⁸

⁶⁶ El perfeccionamiento del ser humano en general es una de las miras más altas en el pensamiento ético de John Stuart Mill, el hombre no es un ser que sólo busca su beneficio personal como en el caso de Thomas Hobbes. El hombre al desarrollar su singularidad y sus talentos posibilita el progreso intelectual y moral de la mayoría. “Debo repetir nuevamente que los detractores del utilitarismo raras veces le hacen justicia y reconocen que la felicidad que constituye el criterio utilitarista de lo que es correcto en una conducta no es la propia felicidad del agente, sino la de los afectados. Entre la felicidad personal del agente y la de los demás, el utilitarista obliga a aquél a ser tan estrictamente imparcial como un espectador desinteresado y benevolente (...) Como medio para alcanzar más aproximadamente este ideal, la utilidad recomendará, en primer término, que las leyes y organizaciones sociales armonicen en lo posible la felicidad o (como en términos prácticos podría denominarse) los intereses de cada individuo con los intereses del conjunto”, John Stuart Mill, *El utilitarismo, un sistema de lógica* op. cit., p.62.

⁶⁷ Isaiah Berlin. *Cuatro ensayos sobre la libertad*, op. cit., p. 290.

Mill exigirá para la felicidad del hombre y para su acertado desarrollo individual un placer altamente cualificado que le permita reafirmar su condición racional y establecer que los placeres inferiores no pueden generar en el hombre una vida plenamente satisfecha. A este respecto son ilustrativas sus palabras cuando dice:

Un ser de facultades más elevadas necesita más para ser feliz; probablemente es capaz de sufrir más agudamente; y, con toda seguridad, ofrece más puntos de acceso al sufrimiento que uno de tipo inferior; pero, a pesar de estas desventajas, nunca puede desear verdaderamente hundirse en lo que él considera un grado inferior de la existencia. Podremos dar la explicación que queramos de esta repugnancia; podremos atribuirla al orgullo, nombre que se aplica sin discernimiento alguno a los sentimientos más estimables, a algunos de los menos estimables de que es capaz la humanidad; podremos reducirla al amor de la libertad e independencia personal... pero su denominación más apropiada es el sentido de la dignidad, el cual es poseído, en una u otra forma, por todos los seres humanos, aunque no en exacta proporción con sus facultades más elevadas, y constituye una parte tan esencial de la felicidad de aquellos en quienes es fuerte, que nada que choque con él puede ser deseado por ellos, excepto momentáneamente. Todo el que supone que esta preferencia lleva consigo un sacrificio de la felicidad -que el ser superior, en circunstancias proporcionalmente iguales, no es más feliz que el inferior- confunde las ideas de felicidad y satisfacción. Es indiscutible que los seres, cuya capacidad de gozar es baja, tienen mayores probabilidades de satisfacerla totalmente; y un ser dotado superiormente siempre sentirá que, tal como está constituido el mundo, toda la felicidad será imperfecta. Pero puede aprender a soportar sus imperfecciones, si son de algún modo soportables. Y éstas no le harán envidiar al que es inconsciente de ellas, a no ser que tampoco perciba el bien al cual afean dichas imperfecciones. Es mejor ser un hombre insatisfecho que un cerdo satisfecho, es mejor ser Sócrates insatisfecho que un loco satisfecho⁶⁹.

Las anteriores consideraciones que en torno a la virtud hace Mill, además de distanciarlo de Hobbes y de Bentham, nos permiten fundamentar que el desarrollo individual no puede excluir bajo ningún punto de vista a la virtud, la doctrina utilitaria mantiene que no solamente es menester desear la virtud sino también que es necesario desearla con desinterés, como una cosa deseable en sí misma.⁷⁰ Esta consideración, según la cual la virtud es deseable por sí misma, es decir, como un fin último, expande las fronteras del utilitarismo al colocarlo más allá de una visión pragmática de la existencia en el sentido de que lo útil es aquella cualidad de las cosas que nos permite acentuar en nosotros el

⁶⁸ John Stuart Mill, *El utilitarismo, un sistema de lógica*, op. cit., pp 52 y 53

⁶⁹ John Stuart Mill, *El Utilitarismo*, Editorial Orbis, p.141.

⁷⁰ John Stuart Mill, *ibid*, p. 165

máximo goce posible, pero la asociación de la virtud desplaza el simple goce como la razón de ser de la existencia y lo ubica en el plano de la felicidad, ya no entendido como goce sino como satisfacción virtuosa (plenitud). Lo que significa una modificación en el sentido del placer. Este placer está asociado más a la satisfacción de buscar una respuesta a la existencia que al mero bienestar corporal y, a entender que el placer es una palabra que adquiere diversos sentidos cuando se trata de intentar desentrañar el sentido último de la vida pues no en vano se busca la virtud (ésta tiene como objetivo la realización de nuestra personalidad)⁷¹.

En conformidad con lo dicho, dar un sentido virtuoso a la vida, tener un propósito loable son los parámetros en los que Mill cifra el desarrollo de la personalidad; ser “soberano” tal como él lo entiende constituye una categoría que se enmarca en una esfera de la individualidad que está orientada a una labor específica por la búsqueda racional, que con relación a sí mismo el hombre espera: su autodesarrollo.

Mill no habla de la satisfacción del deseo y, no es el deseo o el capricho la piedra angular en la que cifra la posibilidad del progreso. El hombre no es pulsión, ambición o capricho; es expectativa, posibilidad proyecto, se fundamenta más en el hombre como potencia que en el hombre como deseo. El sentido de la existencia es pues lo que justifica que Mill quiera que el hombre desarrolle sus facultades más altas.

Puedo concluir que la presencia del concepto de virtud en Mill pone en duda la visión

⁷¹. “Vivir una vida significa llenar el tiempo que se extiende entre el nacimiento (o, en todo caso, entre la edad adulta) y la muerte con una red de intentos y logros susceptible de ser evaluada retrospectivamente de manera total o parcial, en términos de éxito o fracaso. Y la dimensión de la vida incluye tanto el grado en que una persona ha creado y experimentado cosas -como relaciones, obras de arte e instituciones- significativas desde un punto de vista objetivo, como el grado en que ha cumplido con los proyectos que se propuso (proyectos que, en parte, se definen a partir de sus identificaciones). Una vida ha transcurrido bien si la persona ha hecho por los otros la mayor parte de lo que debía hacer por ellos (y, por ende, ha alcanzado el éxito desde el punto de vista moral) y ha logrado crear cosas significativas y que satisfagan sus ambiciones (y, por ende, ha alcanzado el éxito desde un punto de vista ético)”, Appiah Kwame Anthony, *La ética de la identidad, op. cit.*, p. 245. Cada hombre tiene, desde esta perspectiva, una vida por hacer que será evaluada en cierto momento con base en aquello que representa un valor supremo para existir, en otras palabras, desde la perspectiva en que Mill concibe el desarrollo de la individualidad, la felicidad sólo será medible en relación con el cumplimiento de la labor que con relación al desarrollo de las facultades haya el individuo frente a sí mismo alcanzado, y sus metas deben haber sido cumplidas en relación con el desafío que frente a sí mismo el mismo individuo representa y entre ellas la más representativa es el desarrollo del carácter.

ortodoxa del utilitarismo porque ella se centra en un utilitarismo “sin alma”, descarnado y frío que Mill nunca concibió, y es precisamente este componente moral del utilitarismo en su concepción del hombre una de las más importantes razones por las cuales Mill puede ser tenido, a diferencia de Hobbes, como uno de los autores en los que es posible fundar el libre desarrollo de la personalidad, pero como personalidad virtuosa, reflexiva, crítica, original. Para esclarecer esto, podríamos recordar que:

La vida sería una cosa pobre muy desprovista de manantiales de dicha, si no existiese esa ley de la naturaleza, gracias a la cual, cosas originariamente indiferentes, pero que tienden a la satisfacción de nuestros deseos primitivos o que están allí asociadas de otra manera, llegan a ser en sí mismas manantiales de placer, más preciosas que los placeres primitivos por su estabilidad, por el espacio de la existencia humana, que son capaces de envolver, y hasta por su intensidad. La virtud es un bien de este género. Originariamente no habría otra razón para desearla o practicarla, más que su tendencia a producir el placer y sobre todo, a ponerla abrigo del dolor. Pero gracias a esta asociación, la virtud puede ser mirada como un bien en sí misma y puede ser tan vivamente deseada como cualquier otro bien.⁷²

Quiero hacer énfasis en que para Mill su concepto naturaleza humana está relacionado con la auto dirección racional de la que debe ser objeto el hombre frente a la construcción de su destino, una especie de libertad del querer en la que la fuente de la determinación procede de lo más profundo de su visión de la vida buena y no de sus pasiones y, apunta al desarrollo más alto de sus capacidades intelectuales⁷³ a través de una categoría que no hace parte de la concepción antropológica de Hobbes, pero si juega un papel crucial en el desarrollo de la personalidad en Mill; para quien la libertad negativa, entendida como el espacio mínimo que se le debe garantizar a todo hombre para que haga y sea, lo que quiera ser y hacer, sólo es una condición para la realización de un concepto de libertad más alto en el que Mill cifra la posibilidad del progreso, ese concepto como lo veremos a continuación, es el concepto de libertad entendido como

⁷² John Stuart Mill, *El Utilitarismo* IV, p. 56, citado por J. M. Guyau, en *El positivismo Inglés* p. 129.

⁷³ Mill proclama el despliegue de la naturaleza humana en sus diversos matices porque el hombre tiende como ciertos árboles a expandir sus ramas hacia la parte más elevada de los cielos y los intentos por amoldarlo en una forma particular de vida reducen el esplendor y, sobre todo, la grandeza que en condiciones de libertad les es dado a los seres humanos alcanzar. Acepta la contradicción porque fortalece las convicciones de los hombres así como el viento fortalece las raíces de los árboles que crecen en la parte más elevada de las montañas. Las teorías -dice- se hacen más grandes cuando se requiere afinar los argumentos para defenderlas de sus opositores. Los obstáculos son, pues, los catalizadores del progreso y el combustible que le permite al hombre alzarse como ser humano ante la historia. John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., cap. 2,

autonomía.⁷⁴

⁷⁴ “La libertad -el rasgo peculiar de lo humano, y la prerrogativa de la que se siente más orgulloso- encuentra en la autonomía su expresión más elevada (...) El acceso a la autonomía supone así la capacidad de sortear con éxito dos peligros, que amenazan por igual el ejercicio de la autodeterminación: el poder externo de fuerzas extrañas, empecinadas en limitar, coartar o aniquilar la voluntad de independencia y decisión autónoma, y el poder interno de pulsiones y pasiones, cuya fuerza desbordante amenaza con transformar la voluntad del individuo en un juguete fácilmente manipulable. Concebida de esta forma, una existencia conducida bajo el signo de la autonomía se opone a una vida vivida de manera pasiva y sumisa a los dictados de otros, o reducida a la condición precaria e impredecible de un barco sin timonel, empujado en direcciones contrarias, de acuerdo con el poder variable y voluble de las diferentes pulsiones(...) Como sinónimo de responsabilidad moral, la autonomía corresponde a una etapa más desarrollada de la formación de la persona, en la que el deseo unilateral de la realización queda condicionado y supeditado a la posibilidad de que resulte compatible con los deseos de libertad de los demás, y con el respeto que todos ellos merecen como agentes morales. Lo contrario de la autonomía sería una existencia guiada sin más por el principio del placer y del egoísmo. Esta nueva y esencial dimensión de la autonomía pone de manifiesto que ésta no tiene nada que ver con la espontaneidad sin ley: la potestad legisladora atribuida a cada individuo en sus decisiones morales no es albedrío ciego, sino una voluntad responsable y desinteresada, en el sentido rousseauniano del término, que legisla de acuerdo con criterios de imparcialidad y universalidad.” Angello Papacchini. *Derecho a la vida*, Universidad del Valle, 2001, pp. 83-85.

3. JOHN STUART MILL Y EL CONCEPTO DE AUTONOMÍA KANTIANA

El ideal de sujeto autónomo y responsable es una premisa no explícita presente en la elaboración intelectual que, con relación al desarrollo individual, Mill hace en su texto “Sobre la libertad”. Su concepto de hombre, como lo veíamos, no se sustenta en una visión hobbesiana de la libertad negativa en la que es entendido como una partícula en movimiento, sino en una visión hombre que apunta a una dirección específica, y en el que el desarrollo de sus capacidades intelectuales constituye la razón de ser de la existencia.

Si bien esta categoría (la autonomía) es de estirpe estrictamente kantiana y, aunque Mill sólo menciona en un momento de su obra a este pensador alemán, el ideal de vida bueno que suscribe (original, reflexivo, excepcional) sólo es posible construirlo por un ser de razón que ostente la mayoría de edad y que se atreva a pensar por sí mismo en búsqueda de la verdad, entendida como aquella manifestación intelectual que prevalece como imbatible frente a las más refinadas argumentaciones que en su contra las mentalidades más capacitadas pudieran hacer prevalecer.⁷⁵

Sólo un hombre capaz de superar el influjo irracional de sus pasiones puede encaminar sus búsquedas por las esferas más altas del pensamiento en aquello que tiene de más particular y, frente al cual puede considerarse dueño y señor de sí mismo; este hombre de estirpe superior y que Mill tiene como el eje fundamental en torno al cual hace girar todas sus búsquedas, no es el hombre frío y calculador que privilegia sus fines particulares por encima de los intereses de la sociedad. Este hombre es la pieza fundamental de una sociedad de seres excepcionales que, si bien no existen en el mundo, deberían existir como paradigma de la sociedad del futuro. Este hombre que, según Mill, debe hacer de sí mismo lo mejor y que tiene un compromiso moral con su realización interior, es el

⁷⁵ “Si el cultivo de nuestro entendimiento consiste, con preferencia en algo, es seguramente en averiguar los fundamentos de nuestras propias opiniones. Cualquier creencia que se tenga respecto de asuntos en los cuales es de primera importancia creer con acierto, debería, al menos, poder ser defendido contra las objeciones ordinarias. Tan esencial es esta disciplina a una comprensión real de los asuntos morales y humanos, que si no existieran impugnadores de las verdades fundamentales sería indispensable imaginarlos y proveerlos con los argumentos más fuertes que pudiera inventar el más hábil abogado del diablo”. John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., pp. 99-101.

hombre que la sociedad del futuro necesita, un hombre comprometido con su propio desarrollo. Este hombre que es hijo de sí mismo, en el sentido que no le toma prestado al mundo la razón de ser de su existencia, debe ser construido para beneficio de la sociedad y, por lo tanto, debe permanecer al margen de los efectos perturbadores de su influjo.

El hombre concebido por Mill debe reafirmar su autonomía frente al efecto despersonalizante de la mayoría, y es frente a ella que debe reafirmar toda la fuerza de su individualidad y su carácter; por eso Mill, consciente de la peligrosidad que para la humanidad la tiranía de la mayoría representa, debe, para beneficio de sí misma, auspiciar la formación de un hombre autónomo, original y reflexivo que de alguna forma pueda contrarrestar el efecto perjudicial de sus influjos⁷⁶. Si bien es posible que el individuo que concibe Mill no tenga las virtudes con las que él lo piensa, su concepto de desarrollo de la personalidad funciona como una exigencia fundamental, pues sólo a través de ella el hombre puede llegar a ser auténticamente humano.

El hombre que concibe Mill es un individuo que debe desarrollar su autonomía en esa esfera de la libertad negativa que sólo a él le pertenece y que está al abrigo de las interferencias de la sociedad y del Estado, pero, como ya lo anotábamos, del concepto de libertad negativa no se deriva el concepto de autonomía (así como del espacio no se deriva el contenido, la libertad negativa es una coraza protectora como lo es el cráneo del cerebro; la libertad negativa funciona como un dique que impide el paso hacia la interioridad del sujeto, su razón de ser es proteger lo que en el fondo de su ser se encuentra oculto, esto es, aquello que permite que el hombre pueda ser verdaderamente humano: su autonomía).

La autonomía es un valor intrínseco del ser humano, que subyace como requisito para el

⁷⁶ Mill en su obra “Sobre la libertad” denuncia la tiranía de las mayorías y se anticipará en su denuncia a pensadores como Ortega y Gasset, Horkheimer, Theodor Adorno y a otros que al igual que Marx denunciaron los peligros producidos por la enajenación social sobre el individuo. Mill a este respecto fue un visionario y creyó hallar en el fortalecimiento de la individualidad humana el antídoto para contrarrestar el efecto despersonalizante de las mayorías. Desde esta perspectiva, su propuesta no es desechable y debe ser acogida por el Estado Colombiano en el sentido de que no debe ponerse de espaldas a la formación del carácter de los ciudadanos.

ejercicio pleno de la libertad y que en Mill es la base fundamental del desarrollo de la personalidad. La autonomía es un estado al que se llega por intermedio de la educación. Dicho en otros términos, la libertad negativa en Mill es la condición para el libre desarrollo de la personalidad a la que se llega después de ser autónomo. El libre desarrollo de la personalidad en Mill es una forma particular de asumir la autonomía encaminada hacia el máximo desarrollo de las facultades intelectuales,⁷⁷ su meta es el desarrollo mismo del hombre; otra cosa es una libertad de los sentidos en la que el objetivo no es el hombre como fin en sí mismo, sino el hombre como sujeto de placer que, como sabemos, no constituye para Mill el objetivo fundamental de la existencia.⁷⁸ La autonomía es un estado al que se llega por intermedio de la educación⁷⁹. Este concepto de autonomía implica en Mill una obligación del hombre para consigo mismo en la medida en que el hombre está llamado a hacer de sí mismo lo mejor (reflexivo, original, creativo), lo que no ocurriría si no se esperara de la libertad (entendida como autonomía) que el hombre la utilizara para el desarrollo de sus facultades superiores.⁸⁰

Mill habla de desarrollo⁸¹ de la individualidad, que no significa desarrollo del libre

⁷⁷ Según el profesor Angello Papacchini la libertad positiva, que está estrechamente ligada en Mill al ejercicio de la autonomía, consiste en “la libertad para hacer algo: su objetivo es la realización de un proyecto vital, individual o colectivo, el logro del autoperfeccionamiento y el desarrollo de la autonomía plena en el terreno ético político. Se concentra sobre las capacidades del agente, a diferencia de la negativa, que dirige su atención a las condiciones externas que pueden interferir con esta capacidad de actuar”. Angello Papacchini, *Los derechos humanos, un desafío a la violencia*. Ed. Altamir, 1997 p.58

⁷⁸ John Stuart Mill. Editorial Orbis, p.141

⁷⁹ John Stuart Mill. “Contenido y alcance de la educación Liberal”, en *Revista de Economía Institucional*, vol. 6. No. 11, segundo semestre del 2004, Universidad Externado de Colombia.

⁸⁰ “El imperativo del respeto se impone en las relaciones interpersonales. Sin embargo, obligaciones igualmente estrictas se derivan de la obligación del sujeto consigo mismo, con su propia dignidad. Como bien lo anota Mill, un filósofo aparentemente lejano de este enfoque ético centrado en la dignidad intrínseca juega a menudo un papel significativo para frenar y orientar la búsqueda del placer y limitar el ejercicio de la libertad: no es infrecuente que determinadas conductas sean desechadas no por el hecho de que violen normas morales o legales que rigen el comportamiento con los demás, sino simplemente porque nos resultan incompatibles con el sentido de nuestra dignidad y con nuestro autorrespeto. Lo que implica que la obligación de no instrumentalización de lo humano empieza por la autoestima y por la valoración de nuestra propia persona, que no podemos rebajar a la condición de simple medio o instrumento al servicio de fines ajenos, no importa cuán importantes o sublimes puedan aparecer. Esta obligación negativa con el valor intrínseco de nuestra propia persona se complementa con el desarrollo personal, la realización de las potencialidades intelectuales y morales, el cultivo del sentido de responsabilidad y de la autonomía, etc.” Angello Papacchini, *Derecho a la vida*, Editorial Universidad del Valle, Cali 2001, pp. 81- 82.

⁸¹ La palabra desarrollo significa desenvolvimiento, paso de un estado inferior a otro superior con relación a su naturaleza o sea con relación al mismo objeto. O sea que el desarrollo de la individualidad debe ser entendido como desarrollo de la autonomía, no como desarrollo de la libertad negativa o del libre albedrío.

albedrío⁸². Desde esta perspectiva, el concepto de Utilitarismo⁸³ en Mill nos permite responder que en él, el cálculo utilitario, la búsqueda del placer por el placer, carece de sentido.⁸⁴ Su concepto del individuo como ser humano y su concepto de la dignidad nos permite llegar a esta afirmación.⁸⁵

El imperativo moral en Mill consiste en que el hombre debe desarrollarse, porque él encuentra en la naturaleza humana una esencia que debe resplandecer multidimensionalmente; porque, sin decirlo, el hombre -original, reflexivo, excepcional y crítico- que Mill concibe, es el hombre de Kant. No estoy sosteniendo que Mill sea totalmente kantiano, estoy afirmando que su concepto de autonomía se aproxima al concepto que, con relación a la autonomía, ha construido Kant. Sostengo que para pasar de un concepto de libertad negativa al concepto de desarrollo de la personalidad hay que pasar por la autonomía kantiana sin llegar a decir que ambos pensadores coinciden totalmente. Lo que quiero decir es que hay matices kantianos en el concepto de autonomía que plantea John Stuart Mill.

Kant plantea que el hombre es un fin en sí mismo porque en él se expresa el escalón más alto de la humanidad en el que se compendian las innumerables virtudes del hombre como ser de pensamiento y de creación; considerar a un hombre como fin es permitir que se desarrolle, que se desenvuelva, que progrese, de lo contrario no sería tratado como

⁸² “Kant subraya ante todo la diferencia entre voluntad o arbitrio (Gutdünken) y voluntad legisladora (Wille) en sentido universal. Ambas instancias suponen una liberación frente al determinismo causal de los instintos y de la simple apetencia. Sin embargo, su alcance es bien distinto. El arbitrio supone en el ser humano la capacidad de actuar no por meros resortes naturales o “sensibles”, sino en función de metas libremente elegidas. La voluntad en sentido pleno (Wille) supone en cambio un querer que se determina en función de fines racionales universales. En ambos casos es posible hablar de libertad. Sin embargo, la libertad moral más elevada, es decir la autonomía moral, está relacionada con el “Wille”, más que con el arbitrio. El arbitrio también supone un uso de la racionalidad pragmática o instrumental, que pone al sujeto en un plano distinto del meramente fenoménico o causal. Pero, es en el uso moral donde se realiza la libertad en su uso más elevado, por lo menos como un telos por el que hay que luchar. Más allá de la determinación del querer según principios instrumentales, se impone una determinación de la voluntad según principios que poseen por sí mismos validez absoluta e incondicionada. Sólo en el último caso se puede hablar de una voluntad moral, capaz de autolegislar en sentido imparcial y universal, más allá de intereses egoístas o limitados. Enith Castaño Bermúdez, *La autonomía como eje de la propuesta pedagógica de Immanuel Kant*, Tesis de Maestría en filosofía. Universidad del Valle 2005, p. 16.

⁸³ John Stuart Mill, *El Utilitarismo*, Edit Orbis. Op. Cit., pp.140-141.

⁸⁴ Loc. Cit., pp. 140-141

⁸⁵ Loc. Cit., pp. 140-141

fin. La libertad está en Mill, precisamente, en desarrollar todo lo que en el hombre como ser progresivo está inmerso en su naturaleza (recordemos que el hombre de Mill comparte con el de Kant su concepto de dignidad y en conformidad con ella se ve obligado a progresar).

Un ser de facultades más elevadas necesita más para ser feliz; probablemente es capaz de sufrir más agudamente; y, con toda seguridad, ofrece más puntos de acceso al sufrimiento que uno de un tipo inferior; pero, a pesar de estas desventajas, nunca puede desear verdaderamente hundirse en lo que él considera un grado inferior de la existencia. Podremos dar la explicación que queramos de esta repugnancia; podremos atribuirla al orgullo, nombre que se aplica sin discernimiento alguno a los sentimientos más estimables y a alguno de los menos estimables de que es capaz la humanidad; (...) pero su denominación más apropiada es el sentido de la dignidad, el cual es poseído en una u otra forma por todos los seres humanos, aunque no en exacta proporción con sus facultades más elevadas, y constituye una parte tan esencial de la felicidad de aquellos en quienes es fuerte, que nada que choque con él puede ser deseado por ellos, excepto momentáneamente.⁸⁶

Lo importante del pensamiento stuartmilliano es que él también piensa en el hombre en general (concebido como humanidad). Las críticas que se le hacen al utilitarismo no llegan hasta él cuya concepción del hombre no es instrumental, Mill cree que la dignidad es un atributo fundamental del hombre cuya felicidad y desarrollo es tan importante en cada hombre como en el conjunto general de la humanidad. En Mill no es debido instrumentalizar a un hombre en beneficio de la mayoría. La mayoría es enajenante y su dictadura no puede apagar las mentes más esclarecidas que apelan al peso de las razones para el conocimiento de la verdad. La autonomía en Mill está íntimamente relacionada con el ejercicio de la razón en su más alto desarrollo. Mill no cree que el hombre deba obrar de espaldas a su condición racional, esa es sólo una puerta abierta por la que el hombre puede pero no debe transitar, en este sentido es heredero de la tradición aristotélica.

El hombre al que se refiere Mill es un ser que ha consolidado su mayoría de edad y que ha logrado trascender los imperativos más primarios de su sensibilidad que son propios de

⁸⁶ Loc. Cit., pp. 140-141.

la condición animal, son otras las búsquedas de superior jerarquía las que lo gobiernan como ser racional. El yo en Mill tiene los elementos que le permiten guiarse al margen de los otros, no es un ser heterónomo, su concepto de felicidad supone que nadie debe decidir por mí lo concerniente a mi felicidad, el individuo debe definir sus fines y objetivos y determinar por sí mismo su desarrollo como persona moral.⁸⁷

Tomar en serio la dignidad de otro supone también colaborar con el logro de sus fines propiamente humanos. La esfera de la autonomía es tan importante en Mill, que tratar a otro como si fuera una persona incapaz de elecciones morales autónomas resulta inmoral. Esto sucede cuando el Estado interfiere en aquellas cosas que tienen que ver con su dimensión subjetiva imponiéndome un ideal que a pesar de que él no lo considere, el Estado lo considera racional. Considerar al hombre como fin supremo es reconocer que él es la fuente de sus propias determinaciones y es en este espacio de la libertad negativa donde el hombre puede ejercer su autonomía, es desde esta categoría kantiana que Mill concibe el desarrollo personal del hombre.

Preguntar por el libre desarrollo de la personalidad en Mill es preguntarse: ¿Cómo es posible el desarrollo del hombre como ser autónomo?, y la respuesta no puede ser otra que asumiendo que es el fin final de la naturaleza, este fin final de la naturaleza es el hombre que Mill concibe como piedra angular de su filosofía, un hombre que está espiritualmente emparentado con la idea de progreso, que quiere desplegar a su más alto nivel el cúmulo de sus capacidades intelectuales, las cuales deben prevalecer sobre el conjunto de sus inclinaciones naturales que en ocasiones se revelan contra los imperativos de la razón. Tanto para Mill como para Kant no puede ser considerado como un hombre libre quien en el ejercicio de su autonomía no exprese el hombre superior que en el fondo de su ser existe. Este hombre superior o instancia superior del hombre es el elemento que debe prevalecer frente al efluvio torrencial de las pasiones que aprisionan al hombre en su realidad interna.

⁸⁷ Esto significa que el hombre debe definir sus fines y objetivos con el auspicio de sus facultades más altas, no es por lo tanto, cualquier objetivo el que el hombre puede asumir en el desarrollo de su personalidad. Los objetivos irracionales, la barbarie, la intolerancia, riñen con la destinación ética que de la libertad y del

En este sentido, la autonomía es el ejercicio de la superioridad racional del hombre que lo guía más allá del mundo inmediato y que lo confina a la prosecución de los ideales más altos de los que es posible como ser de reflexión. La autonomía, en ambos pensadores, es un triunfo de la razón sobre los imperativos de agentes externos que pretenden impedir que el hombre se gobierne a sí mismo como también sobre el mundo de las pasiones que no permiten que el hombre se libere de los imperativos más bajos de su esfera interna. Podemos como conclusión decir que: “ el supuesto ineludible de cualquier proyecto de autonomía lo constituye la existencia de una voluntad libre; es decir, de un querer capaz de autodeterminarse y de producir una secuela de fenómenos por encima del mecanismo causal en el que quedan atrapados los seres irracionales dominados por respuestas instintivas a necesidades o estímulos externos”⁸⁸. Kant como Mill coinciden en sostener que la libertad está concebida como la responsabilidad que tiene el hombre de buscar su propia realización, según sus propios criterios sin perjudicar la libertad de los demás. Pienso que los elementos que son comunes en ambos pensadores son la libertad, la razón y la autonomía ingredientes que tanto en Kant como en Mill permiten el desarrollo del hombre.

Tanto en Mill como en Kant el concepto de autonomía inherente a la racionalidad y la voluntad humana sugiere también un proceso continuo de construcción en la dinámica propia de las relaciones humanas. Cada individuo tiene la opción de ser autónomo, es él quien elige dar un despliegue efectivo a la misma. De ahí, la autonomía como proceso individual de construcción está en concordancia con la capacidad de confrontar las normas auto impuestas a la luz del grupo social en el que se habita⁸⁹. En ambos

desarrollo de la personalidad Mill ha pensado para el hombre.

⁸⁸ “Precisamente en estos términos había definido Kant la libertad en “La Crítica de la Razón Pura”: como “causalidad espontánea”, sin una causa exterior previa que la determine. En esta obra, y más en concreto en la sección dedicada a las antinomias de la razón pura, nuestro autor había analizado los argumentos esgrimidos para defender, de un lado, un mecanismo absoluto, y del otro una libertad como espontaneidad. Y había formulado también la posibilidad de que estas dos clases de causalidad pudieran convivir, pero en esferas distintas de lo real; es decir, en el mundo fenoménico de la causalidad mecánica y en el mundo nouménico de la libertad. Sin embargo, se trata de una mera hipótesis. En cambio, cuando Kant redacta sus grandes obras dedicadas a la moralidad, puede ya mostrar un ejemplo real de aquella causalidad espontánea: la autonomía como sustento, presupuesto y núcleo de la moralidad.” Enith Castaño Bermúdez, *op cit.*, pp. 15-16.

⁸⁹ Kant hace énfasis en la Fundamentación Metafísica de las Costumbres en que la razón es insuficiente para

pensadores la autonomía personal tiene que ver con la capacidad de servirse de la propia razón para los fines particulares y sociales apelando siempre a la ley moral (que a diferencia de Kant, en el caso de Mill es la utilidad) y que obliga a tener como máxima de la acción moral la dignidad humana⁹⁰. Obviamente los conceptos de dignidad en Kant y en Mill obedecen a criterios distintos, sin embargo constituyen los faros que permiten iluminar la acción moral.

hablar de felicidad, pero otra cosa es su realización como ser racional la cual se logra por la vía del imperativo categórico.

⁹⁰ En Kant y en Mill cada cual podrá ser feliz a su manera de acuerdo a los criterios con los que oriente su vida personal, pero otra cosa es el libre desarrollo de la personalidad. En Mill esta realización es sólo atribuible a los seres no alienados y se enmarca por el desarrollo más alto de las potencialidades humanas, y en Kant la realización (que es distinta a la felicidad) se obtiene de acuerdo a la ley racional universal que rige al hombre en su fuero interno. Desde luego las elecciones particulares de cómo ser felices no permiten en el caso de Mill que el hombre se venda como esclavo o atente contra sí mismo. En este sentido, vale la pena recordar que la pretensión de Mill es que la felicidad sea el mayor patrimonio de la humanidad, sin que el hombre atente contra su dignidad porque, como nos lo recuerda su texto sobre el utilitarismo, el hombre se distingue de las bestias por la jerarquía de los placeres que lo caracterizan como humano.

3.1 EL CONCEPTO DE LIBERTAD NEGATIVA EN KANT

Con relación al concepto de libertad negativa es importante señalar que al igual que en Mill en Kant este concepto -entendido como el espacio en el cual no existe restricción alguna frente a las conductas relacionadas consigo mismo porque frente a ellas el individuo es soberano- es del todo ajeno a Kant, porque en él, a diferencia de Hobbes, si existen obligaciones para consigo mismo tal como nos lo muestra en sus “Lecciones de Ética”:

El ser humano puede disponer de todo cuanto forme parte de su persona, mas no de su persona misma, así como tampoco puede volver en contra suya a la libertad. (...) El hombre puede disponer, sin duda, de su situación, pero no de su persona, puesto que él mismo es un fin y no un medio. (...) Los deberes para con uno mismo, en cambio, son independientes de todo provecho y atienden tan sólo a la dignidad del género humano. Estos deberes se basan en el hecho de que carecemos de una libertad ilimitada con respecto a nuestra persona e indican que hemos de respetar a la humanidad en nuestra propia persona, porque sin esa estima el hombre se convierte en objeto de menosprecio, en algo que es sumamente reprochable desde fuera y que carece de valor alguno en sí mismo.⁹¹

y en su texto “Metafísica de las costumbres” plantea:

Ahora bien, el hombre, como ser natural dotado de razón, como causa, a realizar acciones en el mundo sensible, y con esto todavía no entra en consideración el concepto de una obligación. Pero él mismo, pensado desde la perspectiva de su personalidad, es decir, como un ser dotado de libertad interna (homo noumenon), se considera como un ser capaz de obligación y, particularmente, de obligación hacia sí mismo (la humanidad en su persona).⁹²

El concepto de libertad, entendida como la posibilidad de obrar de la forma que se quiera y en el que cada hombre puede ser feliz a su manera de espaldas a la razón sin ningún tipo de interferencia externa no permite en Kant el desarrollo del hombre ni de la humanidad

⁹¹ Immanuel Kant, Lecciones de ética, edit. Crítica, Barcelona, 1988, pp. 160 y 161.

⁹² Immanuel Kant, La metafísica de las costumbres, ediciones Altaya, S.A., Barcelona, 1993, p. 276.

porque la libertad negativa en Kant, en la que el arbitrio de cada uno puede coexistir con la libertad de todos según una ley universal, posibilita la convivencia entre los hombres pero no su desarrollo como persona moral si se despoja de todo contenido axiológico y la ubicamos en la esfera de la estricta legalidad y no en una voluntad pura, porque una libertad negativa donde el hombre puede hacer consigo mismo lo que quiera y en el que la humanidad no resplandece como uno de sus objetivos más preciados no corresponde a los imperativos racionales, y sobre todo éticos, que Kant ha pensado deben regular la vida del hombre, la cual debe estar sujeta a la proclamación de una ley moral universal .

Una libertad así entendida, en la que sólo se busca el interés particular, no puede proporcionar leyes universales y no alberga dentro de su estructura la moralidad a la que están sujetas aquellas leyes que regulan las obligaciones del hombre para consigo mismo y con la humanidad; es decir, no están cobijadas por la proclamación universal del imperativo categórico.

La libertad negativa en Kant, entendida como aquel espacio en el que individuo puede libremente moverse en la dirección que estime conveniente, sin que para tal efecto tenga que subordinarse a la razón, no es aceptable porque el contenido empírico de sus representaciones no coincide con una ley racional universal, y no puede convertirse en regla para la dirección de la existencia. Pensar que desde la libertad negativa, gobernada por el efluvio torrencial de las pasiones del hombre, éste puede desarrollar su autonomía y con ella exaltar el desarrollo de la personalidad, es olvidar que para Kant ese hombre irracional no corresponde con el ideal kantiano de hombre que sólo por su carácter incondicional puede hacer y ennoblecer la humanidad. Esta libertad negativa en la que el hombre existe con todo lo que de natural puede un hombre tener en su esfera más primitiva -sentimientos, pasiones, intereses- es la libertad de la que habla Hobbes a diferencia de Kant y no permite la realización del ser del hombre y mucho menos de la humanidad. Es otro, por lo tanto, el concepto de libertad a través del cual el individuo puede desarrollar su humanidad, esta idea está cargada de racionalidad, determinada por el imperativo categórico y su máxima expresión está constituida por lo que Kant ha

llamado autonomía y con ella coincide John Stuart Mill en lo que él entiende como libre desarrollo de la personalidad, sobre todo cuando concibe que el hombre tiene placeres superiores en cuya satisfacción se encuentra vinculado su concepto de dignidad.⁹³

En Kant al darse a sí mismo el hombre su propia norma, se convierte en obra de sus propias manos y al ser fin final de la naturaleza no le es dado, por las obligaciones que tiene para consigo mismo, pervertir su condición racional que constituye el sendero trazado por su naturaleza para su realización personal. Lo que, dicho en otros términos, significa que los imperativos de la sensibilidad no pueden ponerse al frente del desarrollo personal porque Kant piensa que es por el camino del imperativo categórico que el hombre llega a la parte más elevada de su naturaleza interna.

Pero en lo que respecta al deber del hombre hacia sí mismo, considerado únicamente como moral (sin atender a su animalidad), tal deber consiste en lo formal de la concordancia de las máximas de su voluntad con la dignidad del hombre en su persona; por tanto, en la prohibición de despojarse del privilegio de un ser moral, que consiste en obrar según principios, es decir, despojarse de la libertad interna, convirtiéndose en juego de meras inclinaciones y, por lo tanto, en cosa.⁹⁴

La libertad negativa en Kant no puede ser vaciada de racionalidad, como no lo puede ser la libertad negativa pensada por John Stuart Mill. Si bien frente a esta libertad los albedríos ajenos no pueden invadir desde afuera la esfera de la privacidad por la contención jurídica que para tal efecto la ley ha establecido, el hombre en Kant se encuentra regulado desde adentro por los imperativos de su razón que son los que determinarán su condición moral. En este sentido, la racionalidad moral constituye la culminación más alta de la razón práctica en la que el hombre, por obra y gracia de su propia voluntad, se somete a un conjunto de normas libremente asumidas y en las que se convierte en amo y señor de sí mismo, dejando a un lado las veleidades de un arbitrio desenfrenado que quiere fundamentar en la experiencia la realización final de su destino.

Si de la perfección correspondiente al hombre en cuanto tal (propiamente hablando, a

⁹³ John Stuart Mill, *El utilitarismo* Editorial Orbis, op. cit., p.141

⁹⁴ Immanuel Kant, *La Metafísica de las Costumbres*, Editorial Altaya, p.279.

la humanidad) decimos que es un deber en sí mismo proponérsela como fin, entonces tenemos que ponerla en aquello que puede ser efecto de su *acción*, no en lo que es solamente un regalo que el hombre tiene que agradecerle a la naturaleza; porque, de lo contrario, no sería un deber. Por tanto, no puede ser más que el cultivo de sus *facultades* (o de las disposiciones naturales), entre las cuales el entendimiento, como facultad de los conceptos, por tanto, también de aquellos que conciernen al deber, es la facultad suprema, pero también el cultivo de la voluntad (el modo moral de pensar) de cumplir todos los deberes en general. Es para el hombre un deber progresar cada vez más desde la incultura de su naturaleza, desde la animalidad (*quoad actum*) hacia la humanidad, que es la única por la que es capaz de proponerse fines: suplir su ignorancia por instrucción y corregir sus errores; y esto no sólo se lo *aconseja* la razón práctico-técnica para sus diferentes propósitos (de la habilidad), sino que se lo *ordena* absolutamente la razón práctico-moral y convierte este fin en un deber suyo, para que sea digno de la humanidad que habita en él.⁹⁵

La consideración de Kant por la que el ser humano posee dignidad, aquello que constituye la condición bajo la cual algo sea fin en sí mismo, constituye el soporte de su visión antropológica, que considera que su fin fundamental tiene que ver con el desarrollo de los fines más elevados de su naturaleza y, que se relacionan con el desarrollo de la humanidad, al que se encuentra inescindiblemente unido su concepto de libertad negativa, el cual no se puede escindir de su concepto de autonomía moral. Kant fundamenta este concepto a partir de las famosas fórmulas a través de las cuales en su libro “Fundamentación Metafísica de las Costumbres” da a conocer su imperativo categórico, del que se desprenden una serie de obligaciones y deberes en las que es posible fundamentar tanto el concepto libertad negativa como el concepto de autonomía. Pero, es la segunda fórmula del imperativo categórico la que nos permite fundamentar el concepto de la dignidad, concepto al que desde otra perspectiva, como ya lo he referido, también se refiere Mill en lo que él cree debe constituir el desarrollo de la individualidad. Kant se refiere a él en los siguientes términos: “Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre al mismo tiempo como fin y nunca sólo como medio”.⁹⁶

La fórmula, como nos lo recuerda el profesor Angello Papacchini, precisa que:

“el respeto por la humanidad tiene que darse tanto en la persona de los demás

⁹⁵ Immanuel Kant, *La metafísica de las costumbres*, ediciones Altaya, S.A., 1993, p. 387.

⁹⁶ Immanuel Kant, *Fundamentación metafísica de las costumbres*, Editorial Porrúa, S. A. pp.44 y 45.

como en la nuestra. El imperativo de la dignidad y de la no instrumentalización de lo humano empieza por la autoestima y por la valoración de la propia persona, que no puede ser rebajada a simple medio o instrumento al servicio de fines ajenos (...), el individuo está obligado también a respetar los fines peculiares de su naturaleza: los ejemplos del suicidio y de la pereza y la necesidad de aceptar las exigencias de la cultura como el respeto por nuestra humanidad y por la humanidad de los demás incluye la obligación de desarrollar nuestros “verdaderos fines”, ligados con la realización de la cultura, de la racionalidad y de la moralidad. Lo que significa que no debemos utilizar la vida biológica para un fin subordinado, sacrificando el fin auténtico y verdadero: agotar el sentido de la existencia en fines contingentes como la felicidad y el placer constituiría para Kant otra manera de violar la dignidad, por esta razón, conformarse, por la simple pereza mental, con formas benévolas de paternalismo significaría subvalorar nuestra destinación más elevada hacia la mayoría de edad y hacia el uso libre y autónomo de nuestras capacidades intelectuales y morales.⁹⁷

Igualmente sostiene el profesor Papacchini en otro texto⁹⁸ que: el hombre tiene en el ejercicio de su libertad una deuda moral con el desarrollo de la humanidad en su propia persona y el deber de cultivar las disposiciones incultas de su naturaleza como aquello a través de lo cual el animal se eleva a hombre.

De esta manera Mill se acerca a Kant en el sentido de que ambos pensadores en lo que respecta a las conductas auto referentes, están sujetos a una idea de desarrollo en la que tanto el hombre como la humanidad constituyen las metas más altas en pos de las cuales debe orientarse su destino. Como se verá las interpretaciones de Corte Constitucionales en las sentencias que serán puestas en consideración en el capítulo V con relación al “principio supremo de Mill” no se adecuan a lo que Mill entiende por libertad negativa, porque en ésta existe un ideal de vida buena conforme al cual Mill piensa el desarrollo de la personalidad; y tampoco se adecuan a lo que Kant entiende por libertad negativa porque en Kant este concepto también está amarrado a una idea de desarrollo que tiene que ver con el hombre considerado como un fin en si mismo y con la humanidad. Las interpretaciones de la Corte con relación a este principio milliano, sobre todo, en la sentencia C 221/94 que plantea que el hombre es libre de hacer todo lo que quiera en su esfera privada, como lo veremos en el último capítulo, corresponden a una visión

⁹⁷ Angello Papacchini, *Los Derechos Humanos, un desafío a la violencia*, Editorial Altamir, 1977, p. 141.

⁹⁸ Angello Papacchini, *Filosofía y derechos humanos*, Editorial, Facultad de Humanidades Universidad del Valle, p. 244.

hobbessiana del hombre, cuyo concepto de libertad negativa es vacío y puede hacer de su vida lo que quiera sin ningún escrúpulo moral, porque en su concepción el hombre es un autómatas que no tiene bajo ninguna circunstancia obligaciones morales consigo mismo y mucho menos con la humanidad, pero no puede ser interpretada como lo ha hecho, a la luz del pensamiento de John Stuart Mill, la parte mayoritaria de Corte.

4. LIBERTAD POSITIVA Y LIBERTAD NEGATIVA EN JOHN STUART MILL

La clásica distinción entre libertad negativa y libertad positiva está representada en el pensamiento filosófico contemporáneo por el ensayo: “Los dos conceptos de libertad” publicado por Isaiah Berlin en sus “Cuatro ensayos sobre la libertad”⁹⁹ y en los que este autor pone de relieve que la libertad liberal entendida como libertad negativa se refiere al campo dentro del cual al hombre le es permitido actuar sin que nada se interponga en su camino, al punto que sólo la deliberada interferencia de otro frente a lo que me propongo ser o realizar en mi camino podría entenderse como un atentado a mi libertad. Y si se me fuerza deliberadamente a hacer o ser algo que está por fuera de mis objetivos, tal perturbación debe ser entendida como coacción. Así, mientras la libertad negativa parte del interrogante: “¿Cuál es el espacio o ámbito en que al sujeto -una persona o un grupo de personas- se le deja o se le debe dejar hacer o ser lo que es capaz de hacer o ser, sin que en ello interfieran otras personas?”¹⁰⁰ la libertad positiva está relacionada con el sentido de la pregunta que indaga por la fuente causal que me gobierna y con el “deseo por parte del individuo de ser su propio dueño”.¹⁰¹ Estas son las clásicas aseveraciones por las que el célebre ensayo escrito por Berlin es más conocido y ha suscitado las más ardientes polémicas; quiero sin embargo, además de lo expuesto, para abrir el debate con Isaiah Berlin frente a la importancia de sus dos clásicos conceptos con relación al libre desarrollo de la personalidad en Stuart Mill, poner de relieve otros de sus argumentos que me permitirán sostener que su concepto de libertad negativa y su concepto de libertad positiva no se pueden encuadrar con lo que por tales conceptos se debe entender en la obra de Mill y que, aunque en cierta medida por lo menos el concepto de libertad negativa se acerca a la interpretación que del mismo, con respecto a este pensador inglés, tiene la parte mayoritaria de la Corte Constitucional en las sentencias a las que haré alusión en el capítulo 5 de esta investigación son más las distancias que las cercanías de este trabajo con los clásicos conceptos de libertad positiva y libertad negativa a los que se refiere este ilustre pensador inglés.

⁹⁹ Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza Editorial, 1969.

¹⁰⁰ Ibid., p. 220.

¹⁰¹ Ibid., p. 231.

La primera diferencia que quiero demarcar entre Berlin y Mill con relación al concepto de libertad negativa es que, mientras el concepto de libertad negativa en Berlin se acerca a la formulación de libertad negativa proclamada por Thomas Hobbes en su clásica obra *el Leviatán*¹⁰², el concepto de libertad negativa en Mill suscribe un ideal de vida buena tal como quedó sustentado en el capítulo segundo de este trabajo. No existe, en la consideración berliniana ni en la consideración hobbessiana de la libertad negativa, un telos en pos del cual el hombre en el ejercicio de su libertad negativa oriente su conducta. Como sí ocurre en la concepción de John Stuart Mill, sobre todo articulando a la interpretación de su principio supremo el lugar que con relación a la libertad guarda la virtud y que Mill explícitamente desarrolla en las primeras páginas de su obra “El utilitarismo”. Berlin manifiesta que una cosa es la coacción y otra cosa la incapacidad. Las acciones ejercidas o deliberadas por otros hombres frente a los fines perseguidos por las personas son coacción, pero la incapacidad para conseguir o satisfacer alguna necesidad no se puede confundir como ausencia de libertad. Para Berlin la libertad negativa no se desdibuja si el individuo no logra en presencia de la libertad negativa satisfacer sus necesidades. Si un hombre, a pesar de tener la oportunidad de leer un libro porque en ese momento lo tiene entre sus manos y nadie se interpone en su objetivo, pero no lo puede hacer porque no sabe leer, no se puede confundir esa incapacidad con falta de libertad:

Puede que ponga las cosas más en claro el que a estas alturas yo haga mención de lo que a mi me parece que es también otra concepción errónea; a saber, la identificación de la libertad con la actividad como tal. Cuando, por ejemplo, el doctor Erich Fromm dice en sus conmovedores folletos del Times que la verdadera libertad es la actividad espontánea de la personalidad total e integrada, y cuando en parte le sigue en esto el profesor Bernard Crack, yo estoy en desacuerdo con ambos. La libertad de la que yo hablo es tener oportunidad de acción, más que la acción misma. Si aunque yo disfrute del derecho de pasar por puertas que estén abiertas, prefiero no hacerlo y quedarme sentado y vegetar, por eso no soy menos libre. La libertad es la oportunidad de actuar no el actuar mismo; la posibilidad de acción, y no

¹⁰² Thomas Hobbes escribe en el capítulo XIV de su obra *El leviatán* que “por libertad se entiende, de acuerdo con el significado propio de la palabra, la ausencia de impedimentos externos, impedimentos que con frecuencia reducen parte del poder que un hombre tiene de hacer lo que quiere; pero no pueden impedirle que use el poder que le resta, de acuerdo con lo que su juicio y razón le dicten.” Thomas Hobbes, *El leviatán*, cap. XIV, Fondo de cultura económica, 1980, p. 106.

necesariamente esa realización dinámica de ella con la que la identifican tanto Fromm como Crack. Si el no hacer caso, de una manera apática, de varias posibilidades que llevan a una vida más vigorosa y abundante -por mucho que esto pueda condenarse por otras razones- no se considera incompatible con la idea de ser libre.¹⁰³

Esta concepción es ajena al pensamiento de John Stuart Mill para quien ser libre y desarrollar al máximo las potencialidades de la naturaleza humana están en la misma dirección.¹⁰⁴

En Berlin la noción de sujeto que subyace en su concepción de libertad negativa es la de un individuo separado de sus fines y valores (concepciones de bien) y lo que distingue a una persona es la capacidad de elegir dichos bienes, no el acto mismo de elegir. Es por eso que la libertad en él debe ser la misma independiente del lugar social o económico que se ocupe, pues se hace abstracción de las condiciones reales de los sujetos, pues ellas aluden es a la justicia que Berlin enfatiza en que una cosa es la libertad y otra cosa es la justicia y que estos valores pueden entrar en pugna en condiciones históricas determinadas. Berlin recalca que es ilusoria la “idea de que tienen que haber respuestas últimas y objetivas para las cuestiones normativas; (...) y que es posible en principio descubrir una estructura armónica en la que sean compatibles todos los valores”¹⁰⁵ Si bien es cierto que no es posible armonizar todos los valores tampoco es posible separarlos de la forma tan aséptica como Berlin pretende hacerlo: Una cosa es la libertad, otra cosa es la justicia, otra la igualdad. Tal separación sólo puede ser posible en términos teóricos como separar intelectualmente un cuerpo del espacio que posibilita su existencia, una cosa es la naturaleza teórica de las cosas en el pensamiento y otra las cosas en el mundo real. Si en la mente dos cosas pueden separarse no quiere decir que en el mundo real tal separación pueda ser posible; el sistema óseo se puede separar para efectos analíticos del cuerpo pero por sí sólo no puede caminar sobre la tierra. Decir que una cosa es el derecho a la vida y otra cosa las condiciones para la vida, o una cosa es tener derecho a la educación y otra tener las condiciones para ejercer ese derecho, puede

¹⁰³ Isaiah Berlin, *Libertad y necesidad en la historia*, Alianza Editorial, 1980, pp. 39-40.

¹⁰⁴ Esperanza Guisán, *Introducción a “El utilitarismo un sistema de lógica”*, Alianza Editorial, 1984, pp. 22 y ss.

¹⁰⁵ Isaiah Berlin, *Libertad y necesidad en la historia*, op. cit., p.52.

resultar en teoría una inteligente distinción pero en la práctica puede fácilmente ser utilizada como una forma de evadir el compromiso del Estado con el respeto a la eficacia y la implementación de los derechos. En el mundo real en el que los hombres existen y en el que éstos debe ser considerados más importantes que la categoría de libertad en abstracto, porque es para beneficio del hombre que esta categoría es pensada. Lo importante, además de la implementación de los derechos y de los conceptos filosóficos que ayudan a pensarlos, es que estos estén siempre subordinados a la consideración según la cual el hombre debe ser considerado como un fin y nunca como medio, por lo tanto, una distinción entre la libertad y las condiciones de la libertad, por ejemplo, no puede prevalecer cuando se trata de respetar la dignidad humana porque lo importante es el hombre y no las distinciones analíticas que pretenden anteponerse por encima del hombre, quien debe ser a todas luces considerado como lo más importante, y si tal distinción vulnera su dignidad no debe considerarse operativa, sin que esto signifique que hacer distinciones analíticas implica olvidar al hombre.

Así como no es posible, según Isaiah Berlin, que todos los valores puedan coexistir en una totalidad armónica: justicia, igualdad, fraternidad, podría replicarle que tampoco es posible hacer una separación total de ellos como sí se puede hacer mediante abstracciones analíticas, sería algo así como separar las arterias del cuerpo que las contienen. Ellas pueden ser separadas del cuerpo pero a condición de que el hombre deje de existir; no es posible encontrar en el mundo de los hombres un valor en toda su pureza: la libertad no puede separarse totalmente del concepto de igualdad y éste tampoco puede desligarse del concepto de justicia y ésta separarse totalmente del concepto de dignidad. Existe una estrecha interconexión entre valores, de tal suerte que si bien es cierto todos no puedan coexistir en una única totalidad que los albergue, algunos no pueden existir sin la existencia de los otros. Esto se debe a que en el contexto en que ellos funcionan, piénsese por ejemplo un Estado social y democrático de derecho, siempre subyace una idea de hombre que es la que articula en su defensa una serie de valores sin cuya presencia éste no podría existir pues ¿qué cosa sería para un hombre, (pensado en la realidad y no haciendo abstracción de ella), una libertad que no esté a la

vez comprometida con la justicia o un concepto de libertad que no esté emparentado de alguna forma con el concepto de igualdad? Es el hombre quien reclama un clima diverso de condiciones para hacer posible su existencia y es el tipo de sociedad en el que éste existe el que permite o excluye la relación o la exclusión entre valores.

Berlin intenta pensar la libertad no en función, ni para el beneficio, de una concepción de hombre antecedido por una visión particular de vida buena, la libertad negativa en él es ausencia de obstáculos, su descripción es estrictamente empírica, describe lo que ve, su trabajo está más cercano al científico que desarma las cosas del mundo real para comprenderla (Hobbes), que al moralista que establece prescripciones en función de las cuales cree que debe vivir el hombre (Mill). Para Berlin, tomando como referencia su famoso ensayo sobre “los dos conceptos de libertad” el epicentro en torno al cual piensa la libertad negativa no es el hombre, como si ocurre en Mill. A Berlin le preocupa el funcionamiento de esta categoría que debe ser pensada de espaldas al mundo real porque en él se contamina de otros valores que la despojan de su sentido original, así de esta manera y en una especie de asepsia intelectual establece que:

También hay otra cosa que puede que merezca la pena repetir. Es importante distinguir la libertad de las condiciones de su ejercicio. Si un hombre es demasiado pobre, o ignorante, o débil, para hacer uso de sus derechos, la libertad que éstos le confieren no significa nada para él, pero por eso no queda aniquilada dicha libertad. La obligación de promover la educación, la salud, la justicia, de elevar el nivel de vida, de dar las oportunidades necesarias para el desarrollo de las artes y de las ciencias y de impedir desigualdades arbitrarias y tácticas políticas sociales o legales reaccionarias, no se hace menos estricta porque no vaya dirigida necesariamente a la promoción de la libertad misma, sino al establecimiento de las condiciones que son las únicas que hacen posible que sea valioso tenerla, o al establecimiento de valores que puede que sean independientes de ella. Y sin embargo, la libertad sigue siendo una cosa, y las condiciones de ella otra.¹⁰⁶

Lo importante para Isaiah Berlin no es la finalidad de la libertad sino que sea fenomenológicamente la libertad, lo que queda claro no es el para qué de la libertad sino la preservación de ese espacio para el individuo. Pero detrás de la defensa de este espacio lo que existe es una defensa velada de un concepto de hombre que, como

¹⁰⁶ Ibid., p. 50.

hombre, no puede ser pensado como un ente solitario y entonces las distinciones analíticas, que con tanta objetividad intenta Berlin hacer aparecer, terminan cediendo el puesto principal al hombre por cuya defensa es que tiene sentido hablar de libertad negativa. No se puede pues, en ese afán purista, pensar analíticamente una categoría que regula la vida del hombre sin tener en cuenta las características fundamentales que, como ser, lo determinan. Con relación al concepto de libertad positiva, en función de la cual se ha llegado, como una distorsión de ese concepto, a obligar al hombre en nombre de sí mismo a ser racional (concepto que como lo mostraré más adelante no coincide en Mill) así su yo empírico no lo quiera, porque ser racional es lo propio del hombre, es hacer de una necesidad un deber. Si el hombre está determinado teleológicamente a ser racional, esto no quiere decir que el hombre puede ser coaccionado a obrar conforme a su naturaleza racional; eso sería como decir que dado que el organismo tiende a vivir, yo puedo ser forzado a vivir, y por lo tanto, no puedo, por ejemplo, optar por la eutanasia; una cosa es lo que es y otra cosa es lo que debe (moralmente) ser. No creo que el hombre pueda ser obligado a vivir por encima de su voluntad conforme a la teleología presente en su naturaleza, eso sería confundir lo descriptivo con lo prescriptivo.

La libertad positiva que preconiza Berlin es una libertad racional pero en abstracto, que incluso confunde los fines con los medios; es posible que si yo fuera, por ejemplo, totalmente racional coincidiría con el que me coacciona en que no es bueno robar, pero eso no quiere decir que yo esté de acuerdo con los medios, por ejemplo: la tortura, para que yo acceda a ser un hombre honesto.

El hecho de que mi yo superior apruebe con mi verdugo que es bueno dejar de robar, no creo que mi yo superior apruebe racionalmente que para tal efecto se me torture (se me lastime, se me ultraje). La racionalidad de la que se habla en la libertad positiva (en nombre de un pretendido yo superior que en mí habita y conforme al cual debo obrar) es una libertad racional que se encuentra de espaldas a la historia y al contexto del sujeto. La libertad positiva, en su pretensión de que el hombre debe ser racional, intenta separar cosas inseparables; yo no puedo separar, por ejemplo, lo que yo quiero de lo que yo soy

porque yo soy lo que quiero y lo que quiero lo quiero por lo que soy. Yo no puedo dejar de ser lo que soy porque si dejo de ser lo que soy, entonces ¿qué quedaría? ¿Mi yo? ¿Sin yo?

Me parece sospechosa, por no decir falaz, la afirmación liberal según la cual el yo antecede a los fines, eso suena a que la cosa en sí “antecede a los accidentes”; ¿qué es la cosa si no la podemos determinar desde sus categorías, desde su sabor, su color, su forma, su relación, su pasión, etc.? ¿Qué me queda, por ejemplo, del lápiz del que no puedo decir que escribe, que es cilíndrico, que es largo, que es duro, que tiene sabor, que tiene olor, que tiene color, etc.? ¿Qué me queda? ¿El lápiz sin el lápiz? ¿Y eso qué es? Me inclino a pensar como piensan los comunitaristas quienes dicen que nuestra identidad se encuentra profundamente marcada por nuestra pertenencia a ciertos grupos, nacemos insertos en ciertas comunidades y prácticas sin las cuales dejaríamos de ser quienes somos. No entiendo como puedo yo optar por algo distinto a aquello que constituye mi identidad. De allí que me parezca válido lo que los comunitaristas sostienen, que lo vital para cada persona no sea lo relativo a quién quiero ser sino qué quiero hacer de mi vida.

La libertad positiva de la que habla Berlin pretende separar el yo empírico y el yo racional como si fueran dos cosas distintas. El yo racional también es empírico, yo no puedo ser sino el que soy, frente a esto no puedo optar si quiero ser el que soy. El individuo no escoge sus fines, sus objetivos racionales; los reconoce mirando hacia atrás, hacia las prácticas propias de los grupos a los que pertenece.

En síntesis, lo criticable frente a los voceros de la libertad positiva es que ellos no creen que todos los planes de vida resulten igualmente valiosos, sólo privilegian uno: la racionalidad en nombre de la cual se puede coaccionar al hombre. Lo criticable es predicar que esta racionalidad está inscrita en la naturaleza humana y que el hombre debe, por tanto, recorrerla. Pero este debe, no es un deber moral sino un deber entendido como necesidad, como la piedra que debe caer si se arroja al piso y desde esta perspectiva no puede convertirse en una obligación moral en cuyo nombre se pueda

obligar al hombre a conducirse de una forma prescrita si no tiene a bien hacerlo. De otro lado el hombre está obligado a ser racional si quiere ser hombre, es uno de los postulados de la libertad positiva, pero ¿qué es ser racional? Esa exigencia se puede llenar de muchas maneras. Se debe tener en cuenta que la racionalidad sólo puede crecer dentro de cierto contexto particular. Separar la racionalidad de la historia del hombre es pensar al hombre como un átomo, como un ente que saca su esencia del vacío. Me parece que atribuirle al hombre un yo racional al margen de la historia es un absurdo, pues los hombres no son racionales aisladamente. No existe una racionalidad de espaldas a la sociedad, es desde y por la sociedad que el hombre edifica su racionalidad. Creer, pues, en una esencia racional del hombre ahistórica e inmutable, presente en todos y cada uno de los hombres en nombre de los cuales pueden ser gobernados es faltar peligrosamente a la verdad de lo que son los hombres, cuya racionalidad no es estática sino dialéctica y en la que las esencias inmutables no tienen cabida. Lo racional no puede ser separado de los contextos en los que los seres humanos viven. Escindir al hombre del medio en el cual vive es desnaturalizarlo y exponerlo a fines políticos siniestros de los cuales la libertad positiva ha sido, a lo largo de la historia, un vivo ejemplo.

Mill no aceptaría que al hombre se le coaccionara en nombre de un yo superior porque toda verdad debe ser sometida a discusión, y es en el calor del combate de las ideas donde algunas verdades pueden prevalecer por el carácter indubitable de sus afirmaciones. No existe en Mill como en Berlin, con relación a la pregunta ¿quién me gobierna? que Berlin responde con la libertad positiva y Mill con el concepto de autonomía, dos yos: uno superior y otro inferior. Todo hombre tiene en él, por el carácter racional de su naturaleza, la capacidad de evaluar la pertinencia de ciertas opciones de vida y de adherirse o no ellas con base en que satisfagan o no el cúmulo de sus preferencias.

Lo que sí se puede afirmar, sin lugar a dudas, con respecto al concepto de libertad positiva en Berlin y a diferencia de éste, es que el hombre que concibe Mill no puede ser forzado a ser racional, pese a que es obrando en conformidad con las potencialidades más altas del

hombre, entre ellas la razón, como el hombre logra alcanzar el tope más alto en el desarrollo de su personalidad. En nombre del pretendido carácter racional del hombre que, según Berlin, ha generado dolorosas consecuencias en la historia humana, no se puede obligar al hombre a que éste, en el desarrollo de su personalidad, haga y sea lo que no quiere hacer ni ser. El concepto de racionalidad de donde Mill parte, halla su razón y su fundamento en una concepción particular del hombre y de la vida que es de carácter teleológico y que Mill toma de Aristóteles.¹⁰⁷ Mill se adhiere a estos postulados que, discutibles o no, constituyen el soporte desde el cual él concibe su concepto de naturaleza humana.

Berlin, en su papel de investigador de los conceptos de libertad manejados en la historia, investiga el carácter de la libertad negativa sin develar el trasfondo antropológico o el ideal de individuo que en el fondo cada concepto de libertad suscribe.

El concepto de libertad negativa en Berlin guarda profundas similitudes con el concepto de libertad negativa desarrollado por Hobbes en su obra “El leviatán”, y es una lectura de corte hobbesiano del concepto de libertad negativa lo que le permite decir a Berlin, en sus dos ensayos sobre la libertad, que Mill se equivoca cuando cree que las condiciones de plena libertad son suficientes para el florecimiento de la personalidad porque la historia ha demostrado, con elocuentes ejemplos, que en regímenes donde la libertad individual ha sido pisoteada hasta el extremo, han florecido personalidades que han iluminado con su luz las páginas más importantes de la historia. Lo que quiere decir que el florecimiento de la personalidad es una situación contingente y no se puede establecer que siempre que haya condiciones óptimas de libertad vayan a surgir personalidades excepcionales que honren con su luz el universo del pensamiento.

Berlin tiene razón en su crítica con relación a que de las condiciones óptimas para la libertad –ausencia de obstáculos- no tiene por qué derivarse necesariamente un desarrollo de la personalidad excepcional. La libertad negativa, entendida como no

¹⁰⁷ Esperanza Guisan en su capítulo 5 titulado “Las éticas Teleológicas” habla de que Mill es deudor del pensamiento Aristotélico, p. 122y ss, igualmente se puede confrontar los primeros capítulos de la ética Nicomaquea de Aristóteles.

interferencia, es la aceptación de un ámbito en el que el hombre puede hacer un uso indiferente de la libertad. Es un respeto a la individualidad sin más, sin pretender con ello más que reconocer al individuo un campo en el que éste queda librado a su escogencia. En este sentido, podría denominarse privada por ser la que marca el límite de separación reconocido entre lo que es el individuo y la sociedad. Del uso que de ella se haga no se pretende más que el derecho a ejercitarla, sin que para ello deban venir en su auxilio otros propósitos o justificaciones que la legitimen. Tanto el concederla como el ejercitarla no se dirigen a un para, no pretende ser más que un derecho, no una realización. No es una libertad que se dirija hacia algo, un valor que adquiriera un sentido prescriptivo. Lo que se valora con dicha libertad es el ámbito mismo, cualquiera que sea el actuar a que de lugar, mientras este actuar no rebase los límites que precisamente son marcados por el principio de protección a toda individualidad. En la aspiración a una libertad que de lugar a una personalidad fuerte como lo concibe Mill, excepcional, original, creadora, etc., no se trataría de una libertad para llegar a ser cualquier cosa, sino para obtener un objetivo determinado. No se concibe como suficiente la afirmación de lo individual frente a lo social, ser un individuo entre otros; se aspira a una libertad que permita, fomente un proceso de individualización. Se aspira a que la libertad no sea simple respeto que se desentienda de lo que somos sino que corresponda con una forma de vida donde se exalta una forma particular de ser. La exigencia fundamental no es el derecho al anonimato, a ser uno más entre los tantos. Se aspira, por el contrario, no a la individualidad a secas, sino al autorreconocimiento de la individualidad como afirmación en la diferencia. De la libertad negativa que concibe Berlin, entendida como ausencia de obstáculos para ser y hacer, no se deriva ciertamente esa forma de la afirmación de la individualidad, y en la que Mill cifra la posibilidad de todo progreso.

Isaiah Berlin acusa a Mill de saltar de libertad negativa a libre desarrollo de la personalidad, pero se equivoca. Berlin cree que Mill parte de un concepto de libertad negativa hobbesiano en el que el individuo es una partícula aislada sin presente y sin futuro, es decir, sin un itinerario especial que seguir y que sólo se mueve por el impulso de sus apetitos. Sostengo que Mill no salta de libertad negativa a libre desarrollo de la

personalidad porque del concepto de libertad negativa que tiene (y que no es un espacio vacío) se desprende el desarrollo de sus capacidades intelectuales; el hombre en Mill no es una partícula como lo concibe Hobbes sino un hombre que reclama un espacio para expresar su movimiento vital, que lo manifiesta a través de sus de sus capacidades, no de sus apetencias. Recordemos que Mill dice que el hombre no es libre de ser libre, o sea que la libertad para él tiene una dirección, no es el movimiento de la partícula a la que se refiere Hobbes guiada por apetitos y aversiones, libertad para Mill no es libertad de movimiento sino libertad de expresión, de lo más genuino y excepcional de lo que sea capaz el hombre, libertad para demostrar que él es la fuente causal de sus propias determinaciones, que no es por el impulso del mundo exterior la razón por la que se mueve el hombre sino por su propia autonomía, y autonomía se refiere no al capricho de la voluntad porque la voluntad es un instrumento al servicio de la construcción ética del hombre a la que está llamado como humano por estar inscrita en lo más profundo de su naturaleza interna. La chispa de la excepcionalidad humana, Mill la deriva de su concepción de la naturaleza humana, que como Aristóteles, tiende al desarrollo de sus potencialidades para lograr, en asocio con la virtud, su más alta realización.¹⁰⁸

¹⁰⁸ “Nada más opuesto a la felicidad concebida como placer subjetivo que la idea antigua de *eudaimonia*. Los hombres persiguen un fin último que se representan al mismo tiempo que lo desean y cuya posesión permite la realización objetivamente perfecta de la naturaleza humana. Así pues, todas las éticas antiguas han definido la búsqueda del bien supremo, a la vez el bien humano, la felicidad y el bien moral. Muchos elementos caracterizan esa búsqueda. En primer lugar, este bien supremo debe referirse al conjunto de la vida humana. No consiste en acontecimientos, episodios o sensaciones, sino que debe poder pensarse como un aspecto de la actividad que es la vida misma. Por otra parte, la búsqueda del bien supremo se relaciona con una disposición natural en el hombre. Es la tendencia natural e inscrita en el hombre la que “recomienda”, para retomar la bella expresión estoica, al hombre a la moralidad (quizá Platón es el único de los filósofos griegos que subraya en ciertos textos la condición específica de las razones morales en relación con las razones naturales). A la postre, esta disposición natural se asimila a la racionalidad, de la que el mejor ejercicio es la deliberación a propósito del fin que es la felicidad y de los medios para llegar a ella. El bien supremo es el vínculo de la realización de lo que hay de más digno en la naturaleza del hombre, que no puede dejar de desear realizarla porque dispone de los recursos del intelecto y de la motivación que se requiere. El eudemonismo antiguo que identifica la vida feliz y la vida moral, es entonces caracterizado por dos tesis: la virtud realiza la capacidad más propiamente humana, a saber, la racionalidad; la felicidad consiste principalmente en el logro de esta función. En el comienzo de la *Ética Nicomaquea*, Aristóteles refuta innumerables definiciones comunes de la felicidad (la felicidad concebida como placer, riqueza, honor), pero critica igualmente la tesis filosófica que hace de la virtud la condición de la felicidad. La mejor prueba de que la presencia de la virtud no basta, según él, para ser feliz, es que se puede fácilmente concebir que un hombre virtuoso pase su vida durmiendo o sometido a peores infortunios. Es menester, pues, definir felicidad corporal como actividad, el fin más digno de ser buscado, en vista del cual todos nuestros actos se logran; jamás será deseable en vista de otra cosa (1097 a 22). Además, el bien supremo es una realidad completa, pues el añadido de ningún otro bien la haría más deseable, a menos que el conjunto formado por felicidad y

La libertad negativa en Mill parte de una visión teleológica del hombre que, como hemos dicho, tiene sus orígenes en Aristóteles¹⁰⁹ y es desde allí donde se puede entender en él el concepto de libre desarrollo de la personalidad. Ser libre y realizar al más alto nivel la autonomía individual tienen la misma significación en Mill, lo importante, a más de la libertad de interferencia, es que el hombre pueda exteriorizar lo que constituye su naturaleza y que sea él y no otra persona la que accione el mecanismo de la elección.

La libertad, en consecuencia, es entendida como no interferencia y como contenido de la decisión concebida como desarrollo. En otros términos, significa que en Mill interviene,

este otro bien no parezca aún más deseable (1097 b 21-22; argumento que se encuentra ya en Platón, Filebo 60 c). Sobre todo, la *eudaimonia* es la felicidad propia del hombre; y es, pues, una actividad llevada de conformidad con la razón y de acuerdo con la virtud (I 6, 1908 a 4-17). Las virtudes de la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia son disposiciones estables para obrar, en circunstancias apropiadas, al término de una buena liberación y con los sentimientos que convienen, pero están bajo la independencia de la sabiduría práctica o la prudencia (II, 1103 a). La vida humana no es una vida feliz sino cuando se halla sometida a ese dominio racional, sin el cual no constituiría la vida buena para un ser humano. Por otra parte, la vida mejor es aquella del hombre prudente, ejemplo vivo de la sabiduría práctica, que realiza lo mejor posible el bien propio, accesible al hombre. En la medida en que la felicidad es una actividad, tiene necesidad de un tiempo mínimo, el tiempo de una vida humana completa, para manifestarse. Por ello Aristóteles habla de la felicidad “en una vida realizada según su término, porque una golondrina no hace verano” (1098 a 18).” Monique Canto Sperber. *Diccionario de Ética y de filosofía moral*, México, Fondo de Cultura Económico 201 p. 599.

¹⁰⁹ Aristóteles plantea que debe existir un fin supremo, que es deseado por sí mismo, y no solamente como condición o medio para un fin ulterior. Si los otros fines son bienes, éste es el bien supremo, del cual dependen todos los otros. Y Aristóteles no duda de que este fin sea la felicidad. La búsqueda y la determinación de este fin es el objeto primero y fundamental de la ciencia política, porque solamente por referencia a él se puede determinar lo que deben aprender o hacer los hombres en su vida social y personal. Mas, ¿En qué consiste la felicidad para el hombre? Se puede responder a esta pregunta solamente si se determina cuál es la misión propia del hombre. Cada cual es feliz cumpliendo bien su misión: el músico cuando toca bien, el constructor cuando construye objetos perfectos. Mas la misión propia del hombre no es la vida vegetativa, que le es común con las plantas, ni la vida de los sentidos, que le es común con los animales, sino solamente la vida de la razón. Así el hombre sólo será feliz si vive según la razón; y esta vida es la virtud. El estudio sobre la felicidad se transforma en un estudio sobre la virtud. Esta es la verdadera actividad del hombre, y toda actividad es acompañada y coronada por el placer. Los bienes exteriores, como las riquezas, el poder o la belleza, pueden con su presencia, facilitar la vida virtuosa o volverla más difícil con su ausencia; mas no pueden determinarla. La virtud y la maldad dependen solamente de los hombres. El hombre, desde luego, no escoge el fin, que está en él por naturaleza como una luz que lo lleva a juzgar rectamente y escoger el bien verdadero. Mas la virtud depende precisamente de la elección de los medios que se hace en vista del bien supremo. Es, pues, libre para el hombre. En efecto, Aristóteles llama libre al que tiene en sí el principio de sus actos o es “principio de sí mismo”. El hombre es libre precisamente en este sentido: en cuanto es “el principio y padre de sus actos como de sus hijos”; y tanto la virtud como el vicio son manifestaciones de esta libertad.

Puesto que en el hombre, además de la parte racional del alma, existe la parte apetitiva, que aun careciendo de razón puede ser dominada y dirigida por ella, así hay dos virtudes fundamentales: la primera consiste en el mismo ejercicio de la razón, por lo cual es llamada *intelectiva o racional*; la otra consiste en el dominio de la razón sobre los impulsos y es la que frente a toda circunstancia debe prevalecer en el hombre considerado como un hombre libre. Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, Editorial Porrúa libros 1 y 2.

en su consolidación del desarrollo individual, el concepto de libertad negativa tanto como el concepto de libertad positiva¹¹⁰, pero el concepto de libertad positiva entendido como autodeterminación racional tomada con base en una visión particular del mundo que hereda de Aristóteles y debe ser complementada con las condiciones que la hacen posible y que se derivan de la libertad negativa. No basta, por lo tanto, con entender en Mill la libertad como ausencia de obstáculos para que el hombre pueda ser libre, la libertad en Mill es una libertad para, no tanto una libertad de.

La libertad negativa de Mill incorpora una idea de autorrealización como lo sostiene Charles Taylor:

¹¹⁰ Desde otra perspectiva, se podría decir con relación al carácter complementario de la libertad negativa con la libertad positiva que libertad negativa tiene su origen, no en lo que yo como individuo creo que es mi derecho sino en lo que los otros, incluido yo, hemos aceptado como “mis derechos”; lo que quiere decir que la libertad negativa o las libertades negativas no se pueden pensar al margen de una “entidad” que establece qué es lo correcto, qué es lo inalienable, qué es lo que se debe hacer. El espacio por el que yo pretendo moverme y para el cual reclamo no interferencia es ya un acuerdo previo; lo que yo quiero no puede existir al margen de lo que otros están dispuestos a aceptar que yo quiera; no soy yo, pues, quien coloca las alternativas para mi acción, es más, mi acción no puede obrar al margen de las alternativas que otros ponen. No puedo, en mi afán de movimiento intentar moverme por un lugar en el que no existen previamente acuerdos. Entre lo que yo quiero y lo que se me permite hacer hay una íntima relación, por no decir una estrecha fundamentación. La libertad negativa, entendida como el espacio “sagrado” en el que el hombre puede moverse libremente, no es tanto una ausencia física de obstáculos para hacer lo que yo quiera hacer sino, por el contrario, una disposición racional externa que reconoce, favorece y sobretodo garantiza que yo me pueda mover libremente. Libremente significa que otro ser humano siente la obligación de no interponerse en mi camino porque la libertad que yo tengo no es sólo un espacio físico sino un espacio en la conciencia del otro, porque este espacio aparece ante sus ojos como mi derecho. Existen libertades en las que yo soy el amo porque se consideran naturales, inalienables, legales, etc.; existe detrás de estas libertades una concepción de lo propio del hombre, ya sea porque es Dios, la historia, la naturaleza o el legislador quien lo establece, puede ser reconocido y sobre todo reivindicado como aquella libertad que puedo oponer Erga-Omnes, es decir, frente a todos, como mi derecho y frente al cual nadie está racionalmente autorizado para traspasar. Una de las características fundamentales de la libertad liberal es la igualdad de derechos por un lado y por el otro la limitación del poder estatal. De aquí se derivan dos características fundamentales, por un lado entre los individuos existe una recíproca limitación y una potencial conflictividad. De otro lado, la libertad negativa gira en torno a unos derechos considerados como indiscutibles que tienen que ver con la naturaleza propia del hombre y que se puede ejercer libremente en todos los casos y circunstancias en la que no se ocasione perjuicio a otros. La doctrina liberal establece que algunos derechos son esenciales para la libertad, me refiero al derecho a la propiedad, al libre desarrollo de la personalidad, etc. Pero estos derechos no pueden existir al margen del consenso. La libertad positiva es la obediencia a la ley por nosotros mismos establecida, o sea que si la libertad negativa exige iguales derechos la libertad positiva requiere iguales poderes para participar en la soberanía. Pero para que la libertad positiva pueda existir se requiere que estén garantizadas ciertas libertades negativas (de pensamiento, de palabra, de religión, etc.). La libertad positiva recupera pues, para su constitución la libertad negativa, o sea que unas determinadas libertades son el requisito para que se pueda generar una libertad positiva. ¿O será al contrario? ¿Será que es el consenso el que es fundamental para establecer cuáles son las libertades negativas? Pienso que son las libertades inalienables las que definen las condiciones indispensables para que pueda existir una decisión democrática o para que los individuos puedan formarse una idea del propio bien y puedan confrontarlo en el espacio público de la discusión.

(...) este tipo de concepción no puede apoyarse simplemente en un concepto de oportunidad. De acuerdo con una concepción en términos de autorrealización, no podemos decir que alguien es libre si no se ha realizado en absoluto; si por ejemplo es totalmente ignorante de su potencial, el cumplimiento de éste nunca se le ha planteado como una cuestión o está paralizado por el temor a romper alguna norma que ha internalizado, pero no es un reflejo auténtico de sí mismo¹¹¹.

Continúa Taylor diciendo:

“Dentro de este esquema conceptual es necesario cierto grado de ejercicio para considerar libre a un hombre. Si queremos poner las trabas internas a la libertad en un mismo nivel que los obstáculos externos, el hecho de estar en condiciones de ejercer la libertad, tener la oportunidad de hacerlo, implica eliminar las barreras internas, y esto es imposible sin haberse autorrealizado hasta cierto punto. De modo que en el caso de la libertad de autorrealización para tener la oportunidad de ser libre debo ejercer ya la libertad. Es imposible valerse aquí de un concepto puro de oportunidad.¹¹²”

El ejercicio de la libertad negativa que está implicado en la promulgación de soberanía predicada por Mill determina que no toda opción de vida buena es válida;¹¹³ es más,

¹¹¹ Charles Taylor. *La Libertad de los Modernos*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2005, p. 260.

¹¹² Taylor introduce una distinción entre libertad de oportunidad versus libertad de ejercicio. La primera, consiste, según Taylor en aquello que el individuo puede hacer, o en las ventanas que se le abren para hacer tal o cual cosa, independientemente de si lleva a cabo las acciones correspondientes. La libertad de ejercicio consiste, por el contrario, en dar forma a la propia vida y autodeterminarse. La posición de Taylor apunta a defender una concepción de libertad como ejercicio, es decir, como búsqueda de la autorrealización individual. Por esta razón sostiene que la noción de autorrealización no es compatible con un concepto de libertad-oportunidad, puesto que no se puede decir que alguien es libre, desde la perspectiva de la realización de sí, si está totalmente irrealizado o paralizado por el miedo aun cuando no esté coaccionado de manera explícita por un tercero. Este doble esquema de los modos de libertad, lleva a Taylor a afirmar la necesidad de defender la noción del ejercicio de la libertad como dimensión fundamental para que el individuo se sienta libre. Enfatiza en que definir la libertad como ausencia de obstáculos implica, por lo menos, hacer un cálculo de aquellos obstáculos que representan una verdadera limitación a la libertad, porque en el horizonte de deseos y fines humanos hay rangos y jerarquías de relevancia; jerarquías que deben ser tenidas en cuenta en una discusión sobre la libertad. La crítica a la libertad negativa, es que en el esquema simple de ausencia de obstáculos no parece haber este tipo de cálculo y de jerarquización. Y entonces al no definir esta jerarquía el individuo, en lugar de ser libre haciendo lo que quiere, puede caer presa de deseos y pasiones irracionales que en última instancia lo subyugan y en vez de corporizar representan un verdadero obstáculo para la libertad. Ibid. p. 261.

¹¹³ En mi criterio la libertad negativa no puede ser considerada un modelo de libertad satisfactorio, porque la libertad no debe significar únicamente el desenvolvimiento armonioso y multilateral del individuo en su esfera privada sino, y fundamentalmente, un control de las condiciones de existencia en general a través de un orden racional que se establezca con los otros, sobre la base de que yo sea parte de aquel que me gobierna. En otros términos, lo que quiero decir es que una libertad en la que cada individuo es, en el despliegue de su ser y de su actividad, una amenaza para otro no es una libertad que en mi criterio favorezca al hombre como ser “genérico”. Una libertad en la que yo como individuo soy el único que se favorece, es una libertad que no tiene en cuenta a la humanidad como fin en sí misma. La libertad no debe ser un proyecto individual sino un proyecto colectivo, porque lo importante no es considerar al otro como el límite de mi libertad, tal como lo

cualquier deseo que yo asuma en el ejercicio de mi libertad no se puede equiparar a un plan de vida. Cuando Mill habla de soberanía, habla de soberanía¹¹⁴ frente a un espacio que es de considerable importancia; no se puede decir que se pierde soberanía cuando nos vemos restringidos en cosas minúsculas precisamente para garantizar el ejercicio de nuestra libertad, no podemos decir que una restricción sobre mi libertad, por ejemplo la establecida por un semáforo, atenta contra mi libertad y mucho menos contra mi soberanía, “no podemos defender una visión de la libertad que no implique al menos alguna distinción cualitativa en materia de motivos”¹¹⁵.

“Ahora bien, el esquema hobbessiano no da cabida a la noción de significación, sólo admite juicios puramente cuantitativos. En su versión extrema, en la cual Hobbes parece estar a punto de definir la libertad en términos de ausencia de obstáculos materiales, se nos presenta la vertiginosa perspectiva de medir la libertad humana a la manera como medimos los grados de libertad de que goza un objeto material, por ejemplo una palanca.”¹¹⁶

Detrás de esta argumentación lo que sostengo es que hay restricciones que en comparación son más importantes para la libertad que otras, todos los obstáculos a nuestra libertad no están ni en la misma jerarquía ni en el mismo nivel, “la libertad es importante para nosotros porque somos seres con objetivos. En consecuencia, deben establecerse distinciones en la significación de diferentes tipos de libertad basadas en la

pretende la libertad negativa sino, que el otro, constituya la condición de mi libertad. Estoy pensando en un sistema político en el que el libre desarrollo del individuo no se convierta en una limitación o en un obstáculo para el desarrollo de los otros individuos, porque sólo así el desenvolvimiento y la libertad de cada uno podrán convertirse no en un límite, sino en un factor multiplicador de la libertad de los otros. Lo que critico a la libertad negativa es que para realizar libremente el desarrollo de todos los individuos, no basta garantizar absolutamente a cada individuo un espacio “sagrado” en el que el hombre pueda moverse libremente, por el contrario, opino con algunos marxistas que cada dominio de la relación debe constituir un compromiso, y debe estar sometido al control de todos los individuos, según principios de racionalidad y solidaridad colectiva. (Sólo en la comunidad llega a ser posible la libertad personal, escribe Marx en *La Ideología Alemana*).

¹¹⁴ Mill se refiere al concepto de “soberano” en la introducción de su texto “Sobre la libertad” y al respecto dice: “La única parte de la conducta de cada uno por la que él es responsable ante la sociedad es la que se refiere a los demás. En la parte que le concierne meramente a él, su independencia es, de derecho, absoluta. Sobre su propio cuerpo y espíritu, el individuo es soberano.” John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., p.66. Pero esto no quiere decir que Mill esté dispuesto a aceptar que el hombre subordine su existencia a las formas más animalescas del placer. El concepto de soberanía no significa en Mill que todo lo que el hombre haga en el ejercicio de la misma esté bien ello, sólo aquellas en las que el hombre desarrolla sus facultades superiores.

¹¹⁵ Charles Taylor, *La libertad de los modernos*, op. cit., p. 267.

¹¹⁶ Loc. Cit., p. 267.

distinción de la significación de diferentes objetivos”.¹¹⁷

La consideración hobbesiana (libertad negativa) que plantea que el hecho de que nada se interponga en nuestro camino basta para que seamos libres no sirve para explicar el concepto de desarrollo individual en Mill, por lo tanto, hay que entender el concepto de “soberano” en Mill de otra manera. La soberanía implica que el individuo aludido tiene control sobre su propia vida y son sus leyes las que deben prevalecer en su jurisdicción interna porque él desde sí mismo ha dado forma a su vida. La libertad no puede consistir en hacer lo que queramos porque muchos de esos deseos no corresponden con nuestro proyecto de vida.

“En contraste, un concepto de libertad como ejercicio exige discriminar entre motivaciones si somos libres en el ejercicio de ciertas capacidades, no lo somos o lo somos menos cuando éstas quedan, de algún modo, incumplidas o bloqueadas. Pero, los obstáculos, además de externos, también pueden ser internos. Y es preciso que sea así porque las capacidades relevantes para la libertad deben implicar cierto grado de conciencia de sí, auto comprensión, discernimiento, moral y autocontrol; de lo contrario, su ejercicio no podría equivaler a la libertad en el sentido de dirección de sí mismo. Y si las cosas son de ese modo, existe la posibilidad de no ser libres debido a la falta de cumplimiento de las condiciones internas. Cuando esto sucede, por ejemplo cuando nos engañamos a nosotros mismos, somos totalmente incapaces de discernir como corresponde los fines que buscamos o perdemos el autocontrol, es muy probable que hagamos lo que queremos -en el sentido de lo que podemos identificar como nuestros deseos- sin ser libres en rigor, bien puede ser que afiancemos aún más nuestra falta de libertad”¹¹⁸.

El concepto de libertad negativa no permite pensar por sí sólo el libre desarrollo de la personalidad, pero tampoco el concepto de libertad positiva de la forma como Isaiah Berlin la concibe en el sentido de degenerar en totalitarismo. Pienso que habría que retomar el concepto de libertad positiva, pero entendida como la participación directa que tiene el hombre de manejar las riendas de su propio destino al margen del concepto opresivo de las mayorías¹¹⁹, se tendría que actuar solamente determinado por la voluntad

¹¹⁷ Ibid, p. 268.

¹¹⁸ Charles Taylor op, cit., p. 263.

¹¹⁹ “La libertad positiva es la libertad de hacer algo: su objetivo es la realización de un proyecto vital, individual o colectivo, el logro del autoperfeccionamiento y el desarrollo de la autonomía plena en el terreno ético y político. Se concentra sobre las capacidades del agente, a diferencia de la negativa, que dirige su atención a las condiciones externas que pueden interferir con esta capacidad de actuar.” Angello Papacchini. op. cit., p. 58.

individual y para tal efecto lo importante en Mill no es tanto que exista una ausencia de obstáculos como que sea el mismo individuo el autor de su propio proyecto de libertad; para Mill es más importante que sea yo quien decida que es lo que voy a hacer con mi vida y seguidamente que no se me pongan obstáculos para ese proyecto. La libertad negativa constituye la condición de posibilidad para el ejercicio de mi autonomía “poco importa que el poder frente al que se exige la no interferencia sea legítimo o no, democrático o autócrata; lo único que importa es la garantía de la no interferencia”¹²⁰.

Acorde con este planteamiento no existe una oposición entre libertad positiva y libertad negativa en el pensamiento de Mill. No necesariamente del ejercicio de la labor desplegada por el Estado para el desarrollo humano se deriva una actitud totalitaria, no necesariamente el Estado, para promover la autonomía, tendría que adueñarse de las razones morales¹²¹ que el individuo esgrime como fundamento racional de su desarrollo personal como lo vaticina Berlin en el ejercicio de la libertad positiva¹²². Mill privilegia la autonomía moral y ésta no tiene por qué ser invadida por alguien que, en nombre de la autonomía política, intente imponerle al individuo, en nombre de su verdadero yo, cosas que éste no está en capacidad de conocer. Mill da elementos en su obra para decir que el hombre debe poner a discusión aquello que pretende ocupar el puesto de la verdad y que es él mismo y nadie por él quien debe escoger su ideal de vida buena¹²³.

Puedo finalmente afirmar, consistente con mi argumentación, que así como la libertad negativa y la libertad positiva no se encuentran en oposición en lo que respecta al desarrollo personal en Mill, su concepto de autonomía tampoco se opone al concepto de autonomía de Kant quien, a pesar de que la concibe como sometida a una ley moral universal, guarda, sin embargo, con Mill algunas similitudes en su pretensión de que es el hombre quien debe guiar las riendas de su propio destino. Si bien Kant desestima la

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 57

¹²¹ Por “adueñarse de las razones morales” quiero significar, en el sentido perverso de la libertad positiva denunciado por Isaiah Berlin, que sólo el Estado pretende saber qué es lo que le conviene al individuo, quitándole a éste la posibilidad de decidir el rumbo de su propia vida, al punto que podría obligarlo a ser o desarrollar la personalidad de la forma superior que el Estado concibe y que es del todo ajena al individuo porque según el Estado éste no está en capacidad de comprenderla.

¹²² Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, op.cit., p. 35

experiencia como fundamento moral de la libertad y hace descansar su ideal de realización humana en una voluntad pura, Mill pretende que el hombre pueda desde sí mismo obrar al margen de todo agente externo, elegir su plan de vida en desarrollo de sus más elevadas facultades intelectuales; ambos obran en pro de la dignificación moral del hombre y consideran que la humanidad constituye el más alto ideal en pro del cual debe encaminarse la realización del ser humano. Para Kant la libertad auténtica se resuelve, en últimas, en autonomía, puesto que el único ejemplo concreto de causalidad espontánea, no causada y por consiguiente libre, es el de la capacidad de la razón de determinar por sí sola a la voluntad e impulsarla a la acción, sin la necesidad de móviles adicionales.

Libertad y autonomía son dos conceptos que, tanto en Mill como en Kant, tienden a identificarse. En el caso del primero, la libertad que subyace al concepto de libertad negativa es el concepto de autonomía y no la libertad hobbesiana, que sólo reclama que no haya interferencia para la acción sin importar de que acción se trate (la libertad que reclama Mill es para una actividad determinada, para el más alto desarrollo de las capacidades y, en este sentido, “libre desarrollo” no hace referencia a la libertad que se tiene de escoger cualquier camino, la palabra libre hace referencia a liberar lo que está dentro de mi naturaleza); en el segundo caso, Kant está determinado a obrar en conformidad con la libertad moral que no puede no ser racional y que se yergue frente a todo ser de razón como una pretensión universal desechando, como en Mill, la elección arbitraria, el albedrío ciego y el capricho, caminos solamente abiertos para aquellos que no están comprometidos con un ideal de bien determinado. Ambos apuntan a dos ideales de realización distintos a través de la autonomía, con la diferencia que en Mill puede coexistir realización y felicidad, pero en Kant la felicidad no hace parte del deber moral del hombre.

Mill no previó las condiciones sociales que se hacen necesarias para el desarrollo de la personalidad, sin embargo, de su teoría se infiere que se deben proveer los materiales

¹²³ Cfr. John Stuart Mill Sobre la libertad, 2do capítulo op. cit., pp. 75 yss

necesarios para que su proyecto ético político a este respecto se lleve a cabo. Mill tampoco previó los problemas de la identidad y otros que se pueden desprender del desarrollo de la personalidad en una sociedad democrática, etc.; su postura puede ser tildada de formal pero no se le puede pedir a un filósofo que sea un legislador. La idea de desarrollo personal, presente en la concepción que Mill tiene de la libertad, permite inferir que el Estado tiene que proveer lo necesario para el desarrollo social de los hombres y de la misma sociedad; situación que no ocurriría si cada cual pudiera encaminar su vida por el camino que quisiera desconociendo que el progreso individual y social constituye la razón por la cual la vida de los hombres y de la sociedad tiene sentido; el hombre en Mill es un ser de fines, no de preferencias, situación ésta que ha permitido que se hable de civilización y de cultura.

Hospers proclama que “cada ser humano posee el derecho a vivir su vida de acuerdo con su elección, de manera que esta elección resulte compatible con el igual derecho de todos los seres humanos a vivir sus vidas de acuerdo con sus elecciones”¹²⁴. Si no fuese así no se podría hablar de solidaridad que es el otro lado en el que, bajo la perspectiva del individuo en Mill, el hombre desarrolla su personalidad trabajando en pos de sí mismo y en pos de la humanidad, entendida como mayoría. Si pensamos este fenómeno parodiando a Hobbes diríamos que el movimiento propio del hombre en Mill es desarrollar su personalidad y que la razón de ser de las instituciones estatales está no tanto en no obstaculizar ese movimiento como en fomentarlo. Si en Hobbes el movimiento propio del hombre es la defensa de la vida, el movimiento propio del hombre de Mill es construir una vida cuyo sentido gire en torno al desarrollo más alto de sus capacidades tal como lo explica en “Sobre la libertad”, “El utilitarismo” y su “Autobiografía”. Es por esta circunstancia que esta propuesta sobre el “desarrollo de la personalidad” puede ser implementada en un “Estado social de derecho” fundado en la dignidad del ser humano, porque el fundamento del desarrollo personal no se debe centrar en un concepto hobbesiano de libertad negativa porque no permite la realización de nuestros objetivos más vitales, y porque la idea de individuo aislado de la sociedad

¹²⁴ John Hospers. “The Libertarian Manifesto”, en J.P. Sterba, ed. *Justicie-Alternative Political*

está ausente de la visión desde la cual Mill concibe al individuo.

5. CONSIDERACIONES DE LA CORTE SOBRE EL LIBRE DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD EN LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE 1991

La Constitución política del 91 consagró en su artículo 16 el derecho fundamental al libre desarrollo de la personalidad que reza así: Todas las personas tienen derecho al libre desarrollo de la personalidad sin más limitaciones que las que imponen los derechos de los demás y el orden jurídico.

Es en la sentencia T-542/92 donde la Corte hace un primer estudio detallado sobre el libre desarrollo de la personalidad; en ella, establece que éste no es simplemente un derecho fundamental sino un principio que irradia, orienta e integra normas constitucionales. Precisa, además, que dicho principio encierra la facultad que tiene la persona para dirigir su vida como a bien lo decida siempre y cuando respete los derechos de los demás y el orden jurídico.

El derecho al libre desarrollo de la personalidad tiene origen en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (adaptada y proclamada por la Asamblea General en su resolución 217 A (III), del 10 de diciembre de 1948), que en su artículo 22 consagra:

“Toda persona como miembro de la sociedad, tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, mediante el esfuerzo nacional y la cooperación internacional, habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de la personalidad”.

El derecho al libre desarrollo de la personalidad también es conocido como derecho a la autonomía personal. Es un derecho de carácter “genérico y omnicompreensivo”¹²⁵ cuya finalidad es comprender aquellos aspectos de la autodeterminación del individuo, no garantizados en forma especial por otros derechos, de tal manera que la persona goce de una protección constitucional para tomar, sin intromisiones ni presiones, las decisiones

¹²⁵ Cepeda Manuel José, *Los derechos fundamentales en la Constitución*, tomado de la sent. T-542/92.

que estime importantes en su propia vida. Es aquí donde se manifiesta el derecho de opción, y es deber de las personas respetar los derechos ajenos y no abusar de los propios.¹²⁶

Debe señalarse que el término personalidad en el artículo 16 de la Constitución Política adquiere una connotación particular, ya que hace referencia a aquellas cualidades que caracterizan al ser humano y que hacen parte de su individualidad, razón por la cual se convierten en un bien jurídico que protege la ley.

En varios apartes de los fallos objeto de estudio, la Corte ha hecho alusión al significado del término personalidad y del derecho a su libre desarrollo, acudiendo algunas veces a su sentido natural y en otros al criterio de algunos de los más importantes pensadores clásicos.

Así mismo, algunos salvamentos de voto incluyen precisiones sobre el tema que aunque pertenecen a la posición minoritaria de la Corte se exponen como parte de lo que se debe entender como libre desarrollo de la personalidad y sirven para clarificar la interpretación que de este principio constitucional tiene la Corte y en función del cual se ha realizado esta investigación.

La Corte Constitucional, al definir el derecho consagrado en el Artículo 16 de la Constitución Política, cita la primera acepción de la Real Academia de la Lengua, según la cual “personalidad es la singularización, el distintivo de la persona”. Con base en lo anterior define el desarrollo de la personalidad como “la realización del proyecto vital, que para sí tiene el hombre como ser autónomo”.¹²⁷

¹²⁶ C. P. Art. 95.1.

¹²⁷ Corte Constitucional, sent. T-594/93. Magistrado ponente Vladimiro Naranjo Mesa, p. 8.

Así mismo, ha manifestado que “la personalidad determina la trascendencia de la persona, por medio de ella exterioriza un modo de ser que es único e irrepetible”.

Para explicar su carácter de libertad, la Corte expresa que el fundamento de la personalidad es la autonomía y que la esencia del derecho al libre desarrollo de la personalidad es “El reconocimiento que el Estado hace de la facultad natural de toda persona a ser individualmente como quiere ser sin coacción ni controles injustificados o impedimentos por parte de los demás”.¹²⁸

Un sector de la Corte, a través de su salvamento de voto, también ha definido la personalidad, a partir de su concepto común que dice que ella está constituida por “las cualidades distintivas del carácter y la protección social de la identidad individual”.¹²⁹

Con fundamento en esta definición los anteriores magistrados han dicho que el libre desarrollo de la personalidad comprende “la determinación autónoma y consciente de las características personales mediante la toma de decisiones y la realización de actos en general”.¹³⁰

A la vez hace énfasis en que la personalidad es lo “particular e íntegro de cada persona, lo que la hace ser ella misma y que se desarrolla a lo largo de la vida en función de la interacción con el medio”.

Con el apoyo de la psicología, la Corte Constitucional define el libre desarrollo de la personalidad como “la titularidad de cada persona al derecho de tener las oportunidades que le permitan expresar su temperamento propio, aquello que va dando su identidad, su sello personal”. De acuerdo con lo anterior, todas las personas deben tener las posibilidades que les permitan ampliar esas expresiones de su individualidad.

¹²⁸ Ibid., p. 9.

¹²⁹ Corte Constitucional, salvamento de voto de la sent. SU-277/93.

¹³⁰ Ibid., p. 18

El libre desarrollo de la personalidad es una de las bases del “Estado social de derecho proclamado por la Constitución del 91 en el cual el sujeto adquiere un nuevo sentido que determina un tipo de relación diferente con el Estado. Su actitud pasiva cambia y da lugar a una nueva ética civil fundada en la solidaridad y el respeto de los derechos fundamentales”.¹³¹

Reiterando lo anterior, la Corte ha considerado que el libre desarrollo de la personalidad no es un simple derecho, sino un principio que irradia a todos los derechos contenidos en la Constitución, pues otorga mayor fuerza a su contenido. Debe ser por lo tanto considerado como “principio orientador, integrador y crítico de las normas constitucionales”.¹³²

También ha afirmado que la “facultad de una persona de tomar sus decisiones de manera libre y según su propia conciencia, es junto con la dignidad humana (C. P. art.1) uno de los principios más importantes del constitucionalismo moderno humanista. Sólo un ordenamiento jurídico que garantice a la persona la facultad de desarrollarse libre y autónomamente puede ser tenido como un régimen verdaderamente democrático”.¹³³

El artículo 16 de la Constitución Política establece: “todas las personas tienen derecho al libre desarrollo de la personalidad sin más limitaciones que las que imponen los derechos de los demás y el ordenamiento jurídico”. El libre desarrollo de la personalidad tiene una connotación positiva y otra negativa. El aspecto positivo de este derecho consiste en que el hombre puede en principio hacer todo lo que desee en su vida y con su vida. Y el aspecto negativo consiste en que la sociedad civil y el Estado no pueden realizar intromisiones indebidas en la vida del titular más allá de un límite razonable que en todo caso preserve el núcleo esencial de este derecho. El aspecto negativo de este principio constitucional se inscribe dentro del concepto de libertad negativa proclamado por Mill, a

¹³¹ Corte Constitucional. Sent. T-524/92. p. 319.

¹³² Corte Constitucional, sent. T-542/92, Magistrado ponente Alejandro Martínez Caballero. p. 5 y ss.

¹³³ Ibid., p. 6.

través de su famoso principio supremo¹³⁴ en el que establece que sólo las conductas desplegadas por el individuo, en el ejercicio de su libertad, que afecten a los demás pueden ser motivo de interferencia por parte del Estado, pero no las conductas referidas al perjuicio que un hombre, en el ejercicio de su libertad, se pudiera producir a sí mismo, porque frente a ellas es plenamente soberano. Este concepto de libre desarrollo de la personalidad formulado en el artículo 16 de nuestra Carta política es interpretado en términos generales en la mayoría de las jurisprudencias proferidas hasta la fecha desde la promulgación de la Constitución de 1991, como la libertad concedida por todo ser humano de orientar su vida en la forma como lo estime conveniente sin que nadie pueda interferir legítimamente en ese espacio particular de existencia porque el hombre sin detrimento del derecho de los demás puede darle a su vida la dirección que se le antoje, sin que juicio de moralidad alguno pueda interferir con la naturaleza de las acciones que el hombre en su esfera interna pretenda realizar. Como lo he manifestado desde el comienzo de esta investigación mi tarea no es evaluar la presencia de John Stuart Mill en la Jurisprudencia Constitucional Colombiana, sino en algunas jurisprudencias porque el trabajo no es sobre la Jurisprudencia Constitucional sino sobre John Stuart Mill. Me interesa particularmente confrontar los hallazgos obtenidos en mi investigación sobre el libre desarrollo de la personalidad en John Stuart Mill a través de la filiación de un ideal de vida buena de corte teleológico que he puesto de relieve, con las interpretaciones que con relación al libre desarrollo de la personalidad se hacen en las sentencias C-221/94, C-040/06 y C-013/97 y en donde la Corte privilegiando un concepto de libertad negativa de ascendencia stuartmilliana confunde libertad con autonomía, y libre desarrollo de la personalidad con libertad negativa en un intento por establecer, que en ese espacio particular de la libertad reservado para el hombre exclusivamente para el desarrollo de su personalidad el individuo es plenamente soberano y frente al cual haré algunas precisiones que me permitirán mostrar que el concepto de libertad negativa en el que la corte funda su concepto de libre desarrollo de la personalidad no se inscribe en el escenario intelectual en el que Mill piensa su ideal de vida buena y por consiguiente su concepto de libertad negativa y su concepto de libre desarrollo de la personalidad.

¹³⁴ John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., p. 65.

6. JOHN STUART MILL A LA LUZ DE LA JURISPRUDENCIA CONSTITUCIONAL COLOMBIANA

El principio constitucional del “libre desarrollo de la personalidad” proclamado por la Constitución Política de 1991 que en su artículo 16 dice: “todas las personas tienen derecho al libre desarrollo de la personalidad sin más limitaciones que las que imponen los derechos de los demás y el orden jurídico”, ha sido construido con base en la interpretación que la Corte ha hecho del principio promulgado por el pensador inglés John Stuart Mill en su obra “Sobre la libertad” donde dice:

Este principio consiste en afirmar que el único fin por el cual es justificable que la humanidad, individual o colectivamente, se entremeta en la libertad de acción de uno cualquiera de sus miembros es la propia protección. (...) la única finalidad por la cual el poder puede, con pleno derecho, ser ejercido sobre un miembro de una comunidad civilizada contra su voluntad, es evitar que perjudique a los demás. Su propio bien, físico o moral, no es justificación suficiente. Nadie puede ser obligado justificadamente a realizar o no realizar determinados actos, porque eso fuera mejor para él, porque le haría feliz, porque en opinión de los demás, hacerlo sería más acertado o más justo (...). La única parte de la conducta de cada uno por la que él es responsable ante la sociedad es la que se refiere a los demás. En la parte que le concierne meramente a él, su independencia es, de derecho, absoluta. Sobre sí mismo, sobre su propio cuerpo y espíritu, el individuo es soberano.¹³⁵ (El subrayado es mío).

Sin embargo, en su interpretación del principio del “libre desarrollo de la personalidad” con base en este pasaje de John Stuart Mill, la Corte fragmenta su pensamiento al no tener en cuenta si bien no la totalidad de la obra del autor si al menos sus principales obras éticas. En términos hermenéuticos, podríamos decir que para entender el sentido de lo que el autor relata en ese particular apartado habría que tener en cuenta otros elementos igualmente importantes de esa y de otras obras, “El utilitarismo”, su “Autobiografía”, etc. para configurar lo que en derecho se llama la “proposición jurídica completa”¹³⁶ y hacerle decir al autor lo que realmente dice y no lo que aparentemente

¹³⁵ John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., p. 65.

¹³⁶ Por proposición jurídica completa se entiende en hermenéutica jurídica aquel conjunto de elementos diseminados en distintas partes del ordenamiento jurídico sin cuya articulación no sería posible conocer el espíritu de la norma y, que se hace necesario recoger en una síntesis interpretativa para develar lo que el legislador ha querido dar a conocer en un instituto jurídico determinado. Indica Karl Lorenz que la

intenta decir interpretado al margen de otros elementos importantes de sus escritos. Mill no intenta fundar el desarrollo de la personalidad en un concepto de libertad negativa tal como ésta se ha concebido por la mayoría de nuestros juristas colombianos, concepto cuyo máximo representante es Thomas Hobbes y cuya formulación más matizada se encuentra en Isaiah Berlin.

Mill no es un pensador atomista en el sentido que a esta palabra le adscribe Charles Taylor, en él existe una jerarquía de valores a cuya prosecución debe el hombre encaminarse. Su libertad no es la libertad de la partícula como la concibe Hobbes, como ya lo anunciamos en el segundo capítulo de este trabajo (que aparte de la inercia que regula su desplazamiento no existe un telos en pos del cual oriente su conducta). Mill parte de y se dirige hacia un lugar específico en el que cree es posible hallar el desarrollo humano, que a diferencia de lo que predica la Corte constitucional colombiana, el énfasis está en el concepto de desarrollo y no en el concepto de libertad como lo ha manifestado taxativamente la Corte en la sentencia C-309 de 1997:

“La Constitución opta por un orden jurídico que es profundamente respetuoso de la dignidad y la autonomía individuales (CP art. 1 y 16), por lo cual, en principio, no corresponde al Estado ni a la sociedad sino a las propias personas decidir la manera como desarrollan sus derechos y constituyen sus proyectos de vida y sus modelos de realización personal. En eso consiste el derecho al libre desarrollo de la personalidad, frente al cual, como se desprende de la amplia jurisprudencia de esta Corporación al respecto, debe hacerse énfasis en la palabra libre más que en la expresión “desarrollo de la personalidad”. (El subrayado es mío)

Para la Corte es indiferente lo que cada individuo entiende por desarrollo, ésta es una

interpretación “tiene siempre una referencia de sentido a la totalidad del orden jurídico respectivo y a las pautas de valoración que le sirven de base”, Karl Larenz. *Metodología de la ciencia del derecho*. Editorial Ariel, p.106. En este mismo sentido Valencia Restrepo, citando a Celso Ihering y Messineo, explica: “Es contra derecho juzgar o resolver una consulta tomando en cuenta sólo una parte del ordenamiento, sin haberlo considerando atentamente en su totalidad” (Celso). De ahí, toma pie Ihering para afirmar que existe semejanza entre el derecho y el alfabeto, pues los elementos de aquél son como los de éste que, combinándose entre sí, forman las más variadas palabras con las mismas letras. Como no podríamos leer conociendo sólo algunas letras, no entenderíamos el derecho sin conocer, aunque sea por intuición, los principios que lo rigen. Concluye Messineo: “no puede tomarse en consideración una norma sin comprometer con ello el organismo, todo entero, del cual -directa o indirectamente- forma parte; y tal organismo es el ordenamiento jurídico en la complejidad de sus elementos”, Valencia Restrepo Hernán, *Nomoárquica, principialística jurídica o los principios generales del derecho*, Editorial Temis S.A. Bogotá. 1993, p. 54.

palabra vacía que se puede llenar con cualquier contenido axiológico y, según ella, al Estado no le compete evaluar el valor o el disvalor de lo que cada ciudadano entiende como su realización personal¹³⁷ porque eso corresponde a la esfera de la dimensión subjetiva que hace parte de lo que se ha entendido por libertad negativa, que en mi criterio guarda más relación con el concepto de intimidad (sent. C-013797) y que no se puede confundir con “libre desarrollo de la personalidad”, porque esto contradice expresamente lo sostenido por John Stuart Mill, para quien la idea de progreso debe ser entendida como desarrollo, entendido como el tránsito de una fase inferior a otra superior¹³⁸. Lo que significa que en él la libertad de escoger un ideal de vida está enmarcada por unos patrones que tienen que ver con su particular concepción del hombre, significándose con ello que no es el ejercicio de la libertad por la libertad ni de cualquier libertad a lo que se refiere Mill¹³⁹. La libertad negativa promulgada por este

¹³⁷ Como variable en la selección de las jurisprudencias motivo de análisis, sólo se tuvo en cuenta aquellas sentencias en las que la Corte utiliza el concepto de libertad negativa como fundamento del libre desarrollo de la personalidad en diferentes direcciones, entre las que se escogieron tres sentencias en las que la Corte no diferencia la categoría “desarrollo de la personalidad” del concepto de “libertad negativa”; como también, aquellas donde no diferencia el concepto de “libertad” del concepto de “autonomía”. Con ellas confrontaré los hallazgos de la presente investigación con la interpretación, que con base en John Stuart Mill, hace la Corte constitucional colombiana del “libre desarrollo de la personalidad”; ellas son la sentencia C-013/97, la sentencia C-221/94 y la sentencia C-040/06. En Tales jurisprudencias la Corte equipara el concepto de libertad con el concepto de autonomía por el derecho que tiene todo hombre a decidir con respecto a su vida cuál es el ideal de vida que quiere suscribir, sin que tal situación permita equiparar “libertad” con “autonomía” necesariamente. Como lo veremos, y en esto consiste nuestra investigación con relación a la forma como se interpreta a Mill en la jurisprudencia de la Corte Constitucional Colombiana, la categoría “libre desarrollo de la personalidad” interpretada por la Corte no corresponde con el Corpus de la obra de este pensador inglés y constituye, en el trabajo de la Corte, especialmente en las sentencias aludidas, un trabajo ecléctico que deja por fuera la realidad del pensador liberal que ha sido interpretado en general solamente con base en el primer capítulo de su obra “Sobre la libertad”, publicado en 1859. Desconociéndose aquellas cosas que en torno al mismo tema han sido desarrolladas en otras obras de profundo contenido ético como el “Utilitarismo”, su “Autobiografía”, entre otras, y que, en semejanza a las interpretaciones jurídicas, constituiría la “proposición jurídica completa” necesaria para la interpretación de lo que respecto al “libre desarrollo de la personalidad” ha dado a conocer este ilustre pensador inglés. El trabajo no pretende reflejar la forma como mayoritariamente la Corte constitucional colombiana interpreta a John Stuart Mill en todas y cada una de sus sentencias, pues esta intención desborda los objetivos de esta investigación, la cual se centra, como lo manifesté desde un comienzo, en la obra del pensador inglés y sólo quise, a manera de comparación frente a casos específicos, detectar si los hallazgos obtenidos en mi trabajo, corresponden con la interpretación que de la categoría de libertad negativa tiene la Corte constitucional colombiana como fundamento de libre desarrollo de la personalidad con base en John Stuart Mill.

¹³⁸ La Corte no interpreta la palabra “desarrollo” en el sentido de hacer pasar una cosa del orden físico, intelectual o moral por una serie de estados sucesivos, cada uno de ellos más perfecto o más complejo que el anterior. La palabra “desarrollo” hace referencia a todo lo que el individuo, en el ejercicio de su libertad negativa, quiera realizar en tanto no afecte el orden jurídico y el interés de los demás. En este sentido es paradigmática la sentencia C-221 de 1994 (sentencia de la despenalización de la dosis personal).

¹³⁹ “Como bien lo anota Mill, un filósofo aparentemente lejano de este enfoque ético centrado en la dignidad, el sentido de nuestro valor interno y de nuestra dignidad intrínseca juega a menudo un papel

ilustre pensador inglés de la que parte la jurisprudencia constitucional colombiana, específicamente en las sentencias aludidas, da lugar al desarrollo no del concepto de “libre desarrollo de la personalidad” como lo concibe Mill sino a un concepto con el cual es usualmente confundido y es el concepto de “intimidad” frente al cual no se requiere necesariamente tener ni seguir un ideal de vida bueno. Igualmente el concepto de libertad al que se refiere el pensador inglés debe ser entendido más como autonomía y no como mera discrecionalidad o simple albedrío, entendiéndose por esto la posibilidad que tiene un hombre de optar por un ideal de vida sin que la elección esté determinada por juicio moral alguno.¹⁴⁰ El hombre de Mill fuera de que no es libre de ser libre como nos lo ha hecho saber,¹⁴¹ la libertad a la que se refiere no es una libertad irresponsable¹⁴².

significativo para frenar y orientar la búsqueda del placer y limitar el ejercicio de la libertad: no es infrecuente que determinadas conductas sean desechadas, no por el hecho de que violen normas morales o legales que rigen el comportamiento con los demás, sino simplemente porque nos resultan incompatibles con el sentido de nuestra dignidad, con nuestro auto-respeto. Lo que implica que la obligación de no instrumentalización del ser humano empieza por la autoestima y por la valoración de nuestra propia persona que no podemos rebajar a la condición de simple medio o instrumento al servicio de fines ajenos, no importa cuán importantes o sublimes puedan aparecer. Esta obligación negativa con el valor intrínseco de nuestra propia persona se complementa con el precepto positivo ligado con el desarrollo personal, la realización de las potencialidades intelectuales y morales, el cultivo del sentido de la responsabilidad y de la autonomía, etc.” Angelo Papacchini, *Derecho a la vida*, op. cit., p. 82.

¹⁴⁰ G. Dworkin establece una diferencia entre la libertad como la posibilidad simple de elegir sin que para tal efecto esté determinada por un proyecto o un fin determinado y, la autonomía cuyo ejercicio estaría ligado con una exigencia particular en la que la libertad prestaría su concurso en procura de la realización a un fin que en últimas, corresponde con un sentido más elevado de la misma. Cfr. G.Dworkin, “The concept of autonomy” en *The inner Citadel, Essays on individual autonomy*, ed. by J- Christman, New York-Oxford University Press, 1989, p 60.

¹⁴¹ “Esta regla general, sin embargo, tiene en las leyes, probablemente, de todos los países, algunas excepciones. No sólo no se obliga al cumplimiento al cumplimiento de compromisos que violan derechos de terceros, sino que, a veces, se considera razón suficiente para liberar a una persona del cumplimiento de un compromiso, la de que éste sea perjudicial para ella misma. En éste, como en los más de los países civilizados, un compromiso por el cual una persona se vendiera, o consintiera en ser vendido, como esclavo, sería nulo y sin valor; ni la ley ni la opinión lo impondrían. (...) vendiéndose como esclavo abdica de su libertad; abandona todo el uso futuro de ella para después de este único acto. Destruye, por consiguiente, en su propio caso, la razón que justifica que se le permita disponer de sí mismo. Deja de ser libre; y, en adelante, su posición es tal que no admite en su favor la presunción de que permanece voluntariamente en ella. El principio de libertad no puede exigir que una persona sea libre de no ser libre.” John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op.cit., p. 190.

¹⁴² “La opción de elegir se enfrenta en este caso con una imposibilidad material u ontológica. En otros, el sujeto puede elegir en sentido material, pero no puede hacerlo por razones de coherencia racional o por motivos morales. Un individuo puede decidir vivir como esclavo de otro. Sin embargo, una opción de esta naturaleza, en principio posible, se enfrenta con una obligación prioritaria hacia la libertad y la autonomía estrechamente vinculada con la posibilidad de realización como ser humano. Aquí hablamos de una imposibilidad moral, igualmente fuerte y poderosa, ligada con el sentido de la propia dignidad y la obligación de autonomía. En muchos casos, el sujeto se siente obligado a abstenerse de una opción determinada-lo que implica, de hecho, un recorte de su libertad de elección -por la necesidad de conservar cierta coherencia en su vida y cierta fidelidad a las elecciones previas, un requisito indispensable para la

La Corte, cuando interpreta el concepto de libertad en Mill con base en el principio referido, confunde este concepto con un concepto de autonomía despojado de todo valor moral. La sentencia C-221 de 1994 confunde autonomía con la posibilidad que tiene el ciudadano de hacer con su vida lo que pulsionalmente se le antoje. En este sentido, la autonomía es pensada como simple liberalidad sin que en su ejercicio tenga que tenerse en cuenta un valor moral en pos del cual el individuo deba desarrollar su existencia a la manera, como lo hemos demostrado, lo concibe Mill.

En la referida sentencia se dice:

Cuando el Estado resuelve reconocer la autonomía de la persona, lo que ha decidido, ni más ni menos, es constatar el ámbito que le corresponde como sujeto ético: dejarla que decida sobre lo más radicalmente humano, sobre lo bueno y lo malo, sobre el sentido de la existencia. Si la persona resuelve, por ejemplo, dedicar su vida a la gratificación hedonista, no injerir en esa decisión mientras esa forma de vida en concreto, no en abstracto, no se traduzca en daño para otro. Podemos no compartir ese ideal de vida, puede no compartirlo el gobernante, pero eso no lo hace ilegítimo.

Y más adelante dice: “Si en una hipótesis meramente teórica -que la Corte no propicia ni juzga deseable- una sociedad de hombres educados y libres resuelve vivir narcotizada, nada ético hay que oponer a esa decisión”. Como se puede apreciar y con base en lo que he sostenido en la presente investigación, la Corte, en particular en esta sentencia pero

constitución de la auténtica personalidad moral. (Lo opuesto de la imposibilidad moral es la condición en que el sujeto es incapaz de seguir lo que su razón le indica, por debilidad de la voluntad o simplemente por ser esclavo de conductas compulsivas. El caso de la tóxica dependencia resulta paradigmático al respecto). Naturalmente, el sujeto podría hacer caso omiso de sus elecciones anteriores, y de compromisos adquiridos a consecuencia de ellas. Pero el precio a pagar sería demasiado elevado: desarraigo, incapacidad de tomar en serio algo o alguien, permanencia constante en una condición de indeterminación, puesto que cualquier opción, determinación o compromiso son percibidos como una amenaza para la libertad. La decisión, por parte del sujeto, de tomar en sus manos las riendas de su vida, la opción por la autodeterminación, la coherencia estratégica en el logro de los fines, la fidelidad a las elecciones previas y la asunción de una perspectiva moral son posibilidades que el individuo podría eventualmente rechazar. Sin embargo, el sometimiento, la inconsistencia e irracionalidad en el empleo de los medios y el descuido de la perspectiva moral resultan incompatibles con el ejercicio pleno y responsable de la autonomía: si quiere ser autónomo, el individuo está obligado a elegir en el sentido arriba indicado. Lo que me induce a creer que estos límites de la libertad de elección o albedrío no implican un recorte de la libertad como autonomía; por el contrario, contribuyen a que este ideal pueda materializarse y concretarse. Lo que significa también que es perfectamente legítimo concebir a un sujeto libre y autónomo en cuya existencia la libertad de elección cumple un papel relativamente marginal, debido a la seguridad lograda acerca de determinados fines vitales considerados como prioritarios, la fidelidad a un estilo de vida y el compromiso con opciones u obligaciones libremente asumidas: el ejercicio responsable de la libertad acaba por delimitar el espacio de las opciones, pero permite la realización de una existencia con sentido.” Angello Papacchini, *Derecho a la vida*, op. cit., p. 90.

también en otras que darían lugar a otro trabajo, interpreta como “libertad negativa” el concepto de “libre desarrollo de la personalidad” teniendo en cuenta solamente el principio proclamado por Mill en el capítulo primero de su texto “sobre la libertad” al que ya en páginas anteriores nos hemos referido. Una cosa es libertad negativa y otra cosa es la autonomía; recordemos que:

“El acceso a la autonomía supone (...) la capacidad de sortear con éxito dos peligros que amenazan por igual el ejercicio de la autodeterminación: el poder externo de fuerzas extrañas, empeñadas en limitar, coartar o aniquilar la voluntad de independencia y decisión autónoma, y el poder interno de pulsiones y pasiones, cuya fuerza desbordante amenaza con transformar la voluntad del individuo en un juguete fácilmente manipulable. Concebida de esta forma, una existencia conducida bajo el signo de la autonomía se opone a una vida vivida de manera pasiva y sumisa a los dictados de otros, o reducida a la condición precaria e impredecible de un barco sin timonel, empujado en direcciones contrarias, de acuerdo con el poder variable y voluble de las diferentes pulsiones.”¹⁴³

Es importante recalcar que la autonomía en Mill no es vacía ni es solamente la capacidad de decidir sino la responsabilidad de decidir; en este sentido, la autonomía a la que se refiere Mill es a la autonomía de un sujeto que sabe para donde va, de un sujeto que es mayor de edad; en relación con esto, el autor al que más se aproxima es Kant. Si el individuo en Kant está determinado por el imperativo categórico, el individuo en Mill está determinado por su ideal de vida bueno, pero recordemos que esta determinación compite con el diverso cúmulo de pasiones por las que en general se ve arrastrado el hombre, como ya tuvimos en apartados anteriores la ocasión de manifestar.

La consideración stuartmilliana del libre desarrollo de la personalidad no se inscribe dentro del atomismo liberal en el que, por lo general, son pensadas las categorías que a lo largo de la tradición jurídica han sido inscritos los derechos liberales. La Corte, a pesar de plantear neutralidad valorativa y pensar la autonomía desde una perspectiva atomista en la que el hombre, desde la soledad de su dimensión subjetiva, es quien puede decidir con relación a lo que debe ser su vida, acepta que ese hombre que, en ciertos momentos de su vida puede ser autónomo, necesita cierta ayuda para lograr el desarrollo pleno de su personalidad. El Estado, en consecuencia, debe intervenir protegiendo al individuo de

¹⁴³ Angello Papacchini, *Derecho a la vida y eutanasia*. op. cit., p. 83

las contingencias que lo ponen en desventaja en relación con los demás; una de ellas es la extrema pobreza, las condiciones de invalidez, la discriminación y otros factores en los que no se puede respetar la libertad negativa porque en lugar de constituir un derecho o un privilegio constituye una carencia. Lo que significa que la presencia del espacio no revela la presencia del contenido¹⁴⁴ como ya lo he demostrado precedentemente. Le toca, por lo tanto, al Estado intervenir para proveer lo necesario para que tanto el concepto de dignidad como el concepto de libre desarrollo de la personalidad se hagan efectivos. Así en la sentencia SU-225 / 98 se dice:

“Se sabe que en los derechos de libertad negativa en los cuales la obligación del Estado por lo general se define en términos de abstención o no injerencia en la esfera del individuo protegida por la Constitución, las restricciones permitidas son únicamente aquellas que establece la ley y que, al mismo tiempo, resulten proporcionadas y razonables y no afecten su núcleo esencial. En el caso de la promoción de la igualdad sustancial -en la que se integran las medidas a favor de los discriminados y marginados-, lo que se espera del Estado no es precisamente una abstención, sino una acción positiva. En este sentido, desde el punto de vista constitucional, la antijuridicidad la constituye la abstención misma del Estado dado que en esta materia cabe concluir que la abstención culpable del Estado, en otras palabras, su pasividad ante la marginación y la discriminación que sufren algunos miembros de la sociedad, no se compagina con el orden justo efectivo que procura legitimidad al Estado social de derecho y, menos todavía, con el cumplimiento de la cláusula que proscribe la marginación y la discriminación. La función del juez será, no la de reemplazar a los órganos del poder público incursos en la abstención, sino la de ordenar el cumplimiento de los deberes del Estado, desde luego siempre que se verifique que la inhibición viola un derecho constitucional fundamental.”

Sin embargo, la Corte no tuvo en cuenta esta consideración en la sentencia C-040/96 referida a la mendicidad donde no diferencia la autonomía de las condiciones para la autonomía. Porque ha planteado en abstracto el valor de la autonomía como aquella facultad que le permite al hombre enrutar su existencia y en la que nadie puede intervenir por constituir un acto violatorio del “libre desarrollo de la personalidad”. La Corte cree que todo acto de libertad es una manifestación de autonomía y que todo hombre por el sólo hecho de poder decidir ya es un hombre autónomo, olvida que muchas decisiones son tomadas de espaldas a la autonomía y no corresponden a los

¹⁴⁴ No basta por ejemplo que a los ciudadanos se les conceda por ejemplo el derecho a la vivienda porque el simple otorgamiento de este derecho no significa que ese derecho le será garantizado. De igual manera en Colombia se le concede a la gente que el derecho a la educación pero eso no quiere decir que ella es gratuita.

verdaderos ideales de vida buena que tiene el hombre, y que la autonomía es una construcción social frente a la cual el hombre no puede quedar abandonado a su destino, pues, en el caso de la mendicidad como lo manifiesta la Corte en la mencionada sentencia es una ironía decir que un indigente tiene derecho a mendigar porque en el ejercicio libre de su autonomía ha decidido con esa actividad desarrollar su personalidad y, por lo tanto, no se le puede restringir ese derecho.¹⁴⁵ La Corte no entiende que si bien es cierto que todo hombre puede escoger libremente su ideal de vida buena, aquella condición que lo hace posible, o sea la autonomía, debe ser favorecida por el Estado, porque ponerse al margen de la formación de esa facultad, o permanecer neutral frente a ella es olvidar el carácter social con el que debe ser pensado el hombre. En este sentido, la interpretación, según la referida sentencia y que sin citarlo se refiere a Mill, se equivoca cuando cree que el Estado no debe intervenir en esa dimensión de la persona humana¹⁴⁶ que corresponde a su fuero interno y desde la que puede decidir cual

¹⁴⁵ Incluso, si un hombre decidiera mendigar como opción de vida y abandonarse irracionalmente a su destino, tal elección no correspondería a lo que Mill ha concebido como desarrollo individual, en este sentido son claros los primeros capítulos de su texto “El utilitarismo”.

¹⁴⁶ La Corte en la sentencia C-040/96 con base en el concepto de “libre desarrollo de la personalidad” y fundamentalmente con base en el concepto de autonomía, establece que es perfectamente posible que un hombre en el ejercicio de su libertad, pero sobretudo de su autonomía, pueda desarrollar su personalidad a través de la mendicidad. Al parecer la ausencia de un ideal de vida buena es también un ideal de vida buena respetable, de tal suerte que frente a esa decisión que según la Corte es autónoma, no es posible interferir con la imposición de otro ideal de vida. Al respecto ha dicho: “En Colombia, las políticas perfeccionistas no son de recibo, por cuanto no es admisible que un Estado que reconoce la autonomía de la persona y el pluralismo en todos los campos, las autoridades impongan a través de sanciones un determinado modelo de virtud o de excelencia humana. Este tipo de políticas hacen que el Estado admita exclusivamente una determinada concepción de realización personal, lo cual es incompatible con el pluralismo. Además, en virtud de tales medidas, las autoridades sancionan a un individuo que no ha afectado derechos de terceros, únicamente porque no acepta los ideales coactivamente establecidos por el Estado, con lo cual se vulnera la autonomía, que es la facultad de cada persona de darse sus normas. Las medidas de protección no son incompatibles con la Carta. Sin embargo, ello no significa que cualquier medida de esta naturaleza sea admisible, puesto que, en ocasiones, el Estado o la sociedad, con el argumento de proteger a la persona de sí misma terminan por desconocer su autonomía. Así las cosas, las medidas de protección pierden toda legitimidad constitucional cuando se convierten en políticas “perfeccionistas”, esto es, “en la imposición coactiva a los individuos de modelos de vida y de virtud contrarios a los que ellos profesan, lo cual obviamente contradice la autonomía, la dignidad y el libre desarrollo de la persona, fundamentos jurídicos de nuestro ordenamiento jurídico (...) Una legítima medida de protección de los intereses de la propia persona se trueca en un ilegítimo perfeccionismo cuando las prohibiciones ya no se limitan a proteger al individuo frente a situaciones de incompetencia o de debilidad de la voluntad sino que se traducen en la prohibición de actividades que no afectan derechos de terceros y que constituyen para la persona elementos vitales de realización personal (...). En tales casos, no sólo se están prohibiendo modelos de vida, lo cual es incompatible con la garantía del pluralismo, sino que la propia dignidad humana se ve afectada, ya que la persona queda reducida a un instrumento para la defensa de los valores abstractos, pues, a pesar de no afectar derechos de terceros con su conducta, su autonomía individual es sacrificada en nombre de la protección de tales valores que son importantes para el orden constitucional pero que la persona considera de menor trascendencia frente a otros intereses que le parecen vitales. Por consiguiente,

puede ser su ideal de vida buena porque frente a esta decisión es plenamente soberano. Olvida o no tiene en cuenta la distinción que, a propósito de Charles Taylor, hemos incorporado en este trabajo entre libertad de oportunidad y libertad de ejercicio.

La Corte tiende a identificar libertad con autonomía como se evidencia en la sentencia C-221 /94 de la despenalización de la dosis personal, un concepto no se diferencia del otro en la jurisprudencia aludida; tanto la libertad como la autonomía están encaminadas, en el criterio de la Corte, a que el individuo haga lo que quiera sin que eso que haga tenga que adecuarse a unos parámetros morales específicos, como por ejemplo el parámetro de la responsabilidad. Es decir que el hombre puede perfectamente en el ejercicio del “libre desarrollo de la personalidad” obrar de una forma irracional e irresponsable y el Estado no tiene porque meterse ya que es un campo de libertad negativa reservado estrictamente al individuo.

En ocasiones el concepto de autonomía manejado por la Corte se inscribe en el escenario intelectual en que Kant ubica el concepto de autonomía, esto es, pensado como el atributo que todo hombre tiene cuando por el recto ejercicio de su razón ha llegado a la mayoría de edad y, por lo tanto, no puede obrar sino como un ser autónomo y para tal efecto la Corte se refiere a Kant para fundamentar lo que se debe entender por autonomía, sin embargo el concepto utilizado por Kant y el concepto de autonomía preconizado por la Corte, como en el caso de la despenalización, guardan considerables

en nuestro país cada persona es “libre” de desarrollar su personalidad acorde con un plan de vida. Es a cada persona a quien corresponde señalar los caminos por los cuales pretende llevar su vida. Es únicamente a través de esta manera donde efectivamente se es digno consigo mismo (...). Conforme a lo anterior la Corte y la doctrina han entendido que el único sentido genuino que se le puede conferir a este derecho es el de considerar que éste consagra una protección general a la capacidad que la Constitución reconoce a las personas a autodeterminarse, esto es, a darse sus propias normas y desarrollar planes propios de vida, siempre y cuando no afecten derechos de terceros. Existe entonces una vulneración a este derecho cuando a la persona se le impide alcanzar o perseguir aspiraciones legítimas de su vida o valorar y escoger libremente las aspiraciones y circunstancias que le dan sentido a su existencia y permiten su realización como ser humano (...). Por ende las restricciones de las autoridades para ser legítimas no sólo deben tener sustento constitucional sino que, además, no pueden llegar a anular la posibilidad que tienen las personas de construir autónomamente un modelo de realización personal.” En esta sentencia, como en la 221/ del 94 la Corte confunde la posibilidad de decidir, que puede estar afectada por muchas contingencias y dificultades, con lo que se conoce como un ideal de vida buena. El sentido común nos dice que uno no decide libremente pedir limosna, llorar o sufrir y que a esas cosas no se les puede llamar libre desarrollo de la personalidad.

diferencias ¹⁴⁷. Kant se refiere a una autonomía que tiene como corolario un individuo que ha entrado intelectualmente en la mayoría de edad, por lo tanto, ese hombre no puede no ser racional y la libertad a la que se alude, citando a Kant, no puede ser menos que una libertad responsable.

La Corte mezcla indebidamente conceptos filosóficos que entre sí guardan ostensibles diferencias sin tener en cuenta el autor de donde provienen. No se pueden mezclar los conceptos de libertad y autonomía como si ambas categorías apuntaran a decir lo mismo; la libertad es una categoría tomada de Stuart Mill (en la sentencia referida) y la autonomía es una categoría para cuya fundamentación la Corte cita a Kant.

“El considerar a la persona como autónoma tiene sus consecuencias inevitables, y la primera y más importante de todas consiste en que los asuntos que sólo a la persona atañen, sólo por ella deben ser decididos. Decidir por ella es arrebatarse brutalmente su condición ética, reducirla a la condición de objeto, cosificarla convertirla en medio para los fines que por fuera de ella se eligen. (...) si el derecho al libre desarrollo de la personalidad tiene algún sentido dentro de nuestro sistema, es preciso concluir que, por las razones anotadas, las normas que hacen del consumo de droga un delito, son claramente inconstitucionales.”¹⁴⁸

En este aparte, sin duda, la autonomía es entendida como mera capacidad de decidir y no como autonomía en el sentido kantiano. ¿Desde la perspectiva del concepto de autonomía en Kant sería aceptable que un hombre decidiera volverse drogadicto?, ¿Se inscribe ese proyecto de vida en lo que Kant ha pensado como imperativo categórico?¹⁴⁹ Otra cosa es lo planteado por los magistrados que salvaron el voto que sin recurrir estrictamente a Mill coinciden más con sus planteamientos desde la perspectiva del concepto de dignidad formulado por Immanuel Kant, con el que ya he demostrado en páginas anteriores que Mill guarda ciertos puntos de encuentro.¹⁵⁰

¹⁴⁷ Me refiero a la tesis que suscribió la mayoría de los magistrados, no a la que defienden el salvamento de voto, que paradójicamente a diferencia de la mayoría, sus planteamientos se acercan más a lo planteado por Stuart Mill, y digo paradójicamente porque se ha visto en ellos por la opinión pública un sector conservador de la sociedad colombiana.

¹⁴⁸ Sent. 221 de /94

¹⁴⁹ Utilizar lo que ciertos pensadores clásicos han dicho en torno a las categorías filosóficas que la Corte invoca como apoyo de sus sentencias, al menos en la referida, se presta para incurrir en una falacia de ambigüedad, pues una cosa es lo que el pensador dice y otra lo que la Corte intenta decir.

¹⁵⁰ Si bien, no es posible defender, en términos millianos, el concepto de dignidad humana en los mismos

A este respecto dicen:

“Nuestro ordenamiento Constitucional se funda en la dignidad de la persona. En efecto, el artículo 1º de la Carta establece que “Colombia es un Estado Social de Derecho, organizado en forma de república unitaria... fundada en el respeto de la dignidad humana.” Por esta razón no es admisible ningún atentado contra ese valor personal del hombre que es su dignidad. Todo el orden jurídico, político y económico debe permitir que cada ciudadano preserve su dignidad, y en orden a la coherencia, debe garantizar la prelación de dicha dignidad, que siempre es de interés general, la dignidad del hombre no permite que éste sea esclavizado, o que corra el peligro de caer bajo los efectos de la drogadicción, que es una forma de esclavitud. Por el contrario, el Estado y la sociedad tienen el deber de preservar al hombre en su dignidad, y de manera muy especial, de defender a la juventud de todo peligro moral y físico. La dirección del hombre hacia el bien, sólo se logra mediante la libertad entendida como la facultad de obrar con conciencia de las finalidades perfeccionantes a que está ordenada la naturaleza humana. Con frecuencia se confunde la libertad con el libertinaje que es la distorsión de aquella, su caricatura. La libertad fomentada en forma depravada conduce al libertinaje y no ennoblece al hombre, sino que le mengua su dignidad. La dignidad humana requiere, por lo tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, inducido por una convicción interna personal y no bajo la presión de una pasión o de un deseo

en los que los concibe Kant porque esta categoría cede con relación al concepto de utilidad de la mayoría, podríamos decir que Mill es un pensador que se aleja de la concepción clásica del utilitarismo para pregonar lo que se ha conocido como el “utilitarismo de la regla”, que consiste en incorporar una reflexión kantiana sobre el carácter de la utilidad, lo que permite salvar su utilitarismo de la objeción de ser una teoría instrumental como generalmente se ha conocido y salvar la dignidad del hombre a través del concepto de mayoría, entendida no como la mayoría en un contexto específico sino la mayoría como categoría universal (humanidad en el sentido kantiano). Sabemos que en la concepción utilitarista los derechos no son absolutos, pueden ceder al interés de la mayoría, pero el concepto de mayoría entendido desde una perspectiva Kantiana, esto es como una categoría universal, nos permite oponer a las pretensiones de un utilitarismo descarnado, un concepto con el que podemos salvar la dignidad individual al pensarla más allá de lo que es el caso específico para pensarla como un deber ser general; en este sentido, incorporando el utilitarismo de la regla a las ponderaciones en torno a lo que resulta útil hacer, no con base en lo que es aconsejable hacer con relación al caso particular sino con base en los casos generales, lo que significa que el utilitarismo deja de ser una teoría pragmática para convertirse en una teoría ideal, que exhorta no lo que hay que hacer (caso concreto) sino lo que se debe hacer (caso en general). El fundamento por el cual el libre desarrollo de la personalidad no resulta estar cobijado por el utilitarismo, en el sentido de preguntarnos qué es lo que resultaría más útil en el caso concreto, es que la pregunta por el libre desarrollo de la personalidad es una pregunta que debe ser respondida de cara al concepto de “humanidad en general”, así, si nos preguntamos ¿Qué resulta más útil en relación con el ideal, un hombre que dedica su vida a investigaciones filosóficas que en nada contribuyen al mundo real u otro que se dedica a obtener jugosas ganancias a través de los negocios?, diríamos que pese a que el investigador no arroje avances considerables, en términos del utilitarismo de la regla habría que inclinarse por el hombre que se dedica a las investigaciones filosóficas por que ellas están más cerca de lo que el hombre (humanidad) debe hacer; no sería aceptable, que si eleváramos a una categoría universal la pregunta sobre lo que cada hombre debería de hacer con su vida, respondiéramos que queremos que la humanidad se convierta en una refinada masa de comerciantes; es más cercano ser filósofo a lo que se ha pensado debe ser el hombre en la perspectiva de Mill que ser negociante; en una palabra, lo que le da el soporte o el carácter de fundamento al libre desarrollo de la personalidad es que esta categoría está pensada con relación al concepto que de desarrollo humano ha heredado Mill de pensadores como Kant y, en la que en Mill, la consideración de la libertad negativa no funciona como fin sino meramente como medio.

desordenado, que en el fondo es una coacción. Por ello, abandonar a su suerte al enfermo de drogadicción, equivale a someterlo a la esclavitud que le ha creado su dependencia de la droga; abandonarlo a su aparente uso de la libertad, no es otra cosa que colocarlo al arbitrio de quienes manipulan y controlan el mercado infame de la droga, que complacidos, verán cómo ya sus víctimas están autorizadas para seguir dependiendo de su mercado letal. No se compadece, pues, con el concepto de dignidad humana ese enfoque radicalmente individualista y ciego, en cuya virtud se debe permitir la libre determinación de la persona, en lo que concierne al consumo de estupefacientes, así sea en dosis limitadas. No necesitamos demostrar los perniciosos efectos que causa la droga en la mente, en el cuerpo y en el espíritu del adicto, quien se convierte en un ser carente de todo dominio sobre sí mismo, extraviado y ajeno a todo concepto de comportamiento digno, gobernado únicamente por los impulsos irracionales que en él provoca la ingestión de sustancias tóxicas. Quienes suscribimos este salvamento no entendemos como puede considerarse que la autodestrucción del individuo, sin posibilidad de reprimir su conducta y ni siquiera de rehabilitarlo, pueda tomarse como una forma de realizar el mandato constitucional de respeto a la dignidad humana, cuando es precisamente ésta la primera lesionada y, peor aún aniquilada por el estado irracional al que se ve conducido irremisiblemente el consumidor de droga.¹⁵¹ ”

Desde la perspectiva stuartmilliana no serían aceptables los planteamientos de la parte mayoritaria de la Corte que sostiene en la sentencia referida (C-221/94) “si, en una hipótesis meramente teórica -que la Corte no propicia ni juzga deseable- una sociedad de hombres educados y libres resuelve vivir narcotizada, nada ético hay que oponer a esa decisión”. Sostengo que semejante afirmación choca con el planteamiento stuartmilliano que funda el desarrollo personal en la idea de progreso. “Considero la utilidad como la suprema apelación en las cuestiones éticas; pero la utilidad, en su más amplio sentido, fundada en los intereses permanentes del hombre como ser progresivo” (El subrayado es mío)¹⁵². Definitivamente la Corte entiende por libre desarrollo de la personalidad no el concepto de autonomía sino el concepto de libertad, entendida como libre albedrío o como discrecionalidad, hacer lo que se me antoje. En este sentido es que el hombre se puede entender como libre, no atado a nada, a juicio moral alguno, o a una idea de bien que regule su conducta como en el caso de Mill; la libertad de la que habla la Corte es una libertad de, es decir de ausencia total de un ideal de vida bueno previamente determinado, que como se puede colegir es impensable en un Estado social de derecho fundado en la dignidad y en la prelación de una diversa gama de

¹⁵¹ Salvamento de voto de la sentencia C-221 de 1994 (despenalización de la dosis personal).

¹⁵² John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, op. cit., p. 67

valores constitucionales que acaban con la supuesta neutralidad l que la Corte pretende defender. Este sentido proclamado por la Corte, en el que el hombre es libre para configurar su vida personal como lo estime conveniente, resulta ser sólo una manifestación teórica o muy retórica porque en el plano de la sociedad esa esfera de la total privacidad no resulta posible, porque ella existe sólo en el fuero interno del individuo; porque cuando traspasa el orden jurídico y el interés de los demás, la pretendida libertad se estrella contra la finalidad de mil obstáculos determinados por el derecho de los demás y el interés general. Este concepto de libre desarrollo de la personalidad no se puede hacer prevalecer frente, a todo el mundo, (que sería lo deseable), se parece más al derecho a la intimidad la cual sólo es pensable en la esfera interna de cada individuo.

El libre desarrollo de la personalidad debería de entenderse como aquella manifestación de la subjetividad humana, en relación con el carácter, que pueda ser respetada y que deba prevalecer como derecho frente al orden jurídico y el derecho de los demás¹⁵³, en una palabra, que pueda coexistir con el mundo de los otros y frente a su exteriorización el orden jurídico no encuentre impedimentos. Esto significa, desde otra perspectiva, que el concepto de libre desarrollo de la personalidad en John Stuart Mill, es una exigencia no sólo individual sino social en la que mi mundo subjetivo no choca con el mundo subjetivo de los otros; es una especie de ciudadanía virtuosa, en la que lo que a mi se me exige como sujeto ético frente a la construcción de mi destino no es distinto de lo que se le exige a otro, ambos tenemos el deber moral de ser mejores como seres humanos, esto es: críticos, originales, meditados, de tal forma que nuestra condición de ser hombres se revele a cada instante. El libre desarrollo de la personalidad es una exigencia ética que Mill le hace al hombre como ser genérico, es una libertad de configuración interna, no es un espacio físico, es un deber que se le pide al hombre en su condición de ser racional y, por lo tanto, perfectible. Esta libertad de ser, que obviamente para su

¹⁵³ Me refiero a que la noción de libre desarrollo de la personalidad debe articular una serie de virtudes, disposiciones y características que sean propias del individuo en general, y frente a las cuales el derecho de los otros no sea un obstáculo para mi propia realización, sin caer, claro está, en la imposición coactiva de una sola idea de bien; me refiero a que el libre desarrollo de la personalidad debería ser entendido como las condiciones a partir de las cuales cada hombre debe forjar su personalidad pero como un ser progresivo, tal

exteriorización reclama un espacio físico y social (entiéndase en la conciencia de los demás) donde tal libertad resulta posible, tiene una profunda relación, no tanto con la libertad que yo tengo para realizar lo que por mi propia voluntad pretendo hacer, sino precisamente con la fuente causal que me gobierna, con ese yo que para ser tal necesita ser dueño total de sí mismo y que internamente se sienta obligado a optar por una vía que es aquella que reclama su conciencia, y no su apetencia como lo podríamos pensar en Hobbes. El libre desarrollo de la personalidad en Mill constituye la deliberación en torno a la destinación más alta de la que es capaz el hombre, es la pregunta por el sentido de la vida, por la búsqueda de un carácter excepcional; en este sentido se asemeja más a la libertad de conciencia, no tanto a que el hombre es libre de pensar lo que se le antoje sino libre de configurar su propia personalidad al margen de todas las fuerzas que en el mundo en el que se encuentra inmerso pretenden gobernarlo sino, a aquella libertad que tiene el hombre de obrar en conformidad con aquello que le revela su conciencia (y a lo que está por los fines de su razón determinado, esto es, como un ser progresivo, en términos millianos) ¹⁵⁴.

La libertad negativa a la que alude Mill es una libertad de configuración que le permite al hombre crearse a sí mismo, ser su propia obra de arte. No existe un determinismo con relación a aquello que el hombre debe hacer, en este sentido, son muchos los caminos que conducen a la realización humana. Existe en Mill libertad para crear, para ser, para expresar todo el maravilloso mundo que se esconde en el individuo como sujeto y en él poder expresar el ser constituye el sentido último de la vida. La pregunta por el libre desarrollo de la personalidad no es un problema de tener o no el pelo largo como

como lo concibe John Stuart Mill en su obra “Sobre la libertad”.

¹⁵⁴ La palabra conciencia “connota un conocimiento, una cierta ciencia (Laun, 1993). Se trata de un conocimiento que relaciona al hombre no ya con la verdad ni con el bien en cuanto conocidos sino en cuanto susceptibles de ser realizados; esto es, de un juicio del deber. Para decirlo con otras palabras, la conciencia implica un juicio, es algo propio de la razón y expresa a un conocimiento práctico: Un dictamen para obrar, en un caso concreto, aquello que es debido. No ha de confundirse, por tanto, con el mero querer, porque la conciencia es norma de conducta personal o, si se prefiere, juicio ético o norma del obrar. Ese juicio tiene carácter imperativo: la persona debe actuar de conformidad con su conciencia, porque la conciencia la llama a realizar el bien en una acción concreta y a abstenerse de contribuir a la realización del mal. (López T. 1995). La conciencia, por tanto, es el dictamen o juicio práctico que expresa el deber moral y que se constituye en la norma próxima del obrar (Cotta, 1992)”, Liba Myriam Hoyos “Problemática jurídica de la objeción de conciencia”, en *Persona y Bioética* Universidad de la Sabana, p. 77.

desafortunadamente en la sentencia 065 /93¹⁵⁵ la Corte se ha pronunciado, sino la pregunta por el sentido más profundo de la vida, aquél por cuya consecución es que vale la pena vivir. Las preferencias que desde el punto de vista existencial no alcanzan a configurar un ideal de vida bueno, no constituyen el objeto central de la reflexión en torno al libre desarrollo de la personalidad. Ponerse o no un alfiler entre las cejas o pintarse el pelo, tatuarse y otras cosas similares sólo constituyen libertades negativas, frente a ellas no se me revela ningún deber moral frente a lo que debo hacer con mi propia personalidad, ni se requiere que yo haga acopio de lo más refinado de mis convicciones para saber si puedo tener acceso a aquello que ante mis ojos pueda reputarse como el sentido más elevado de la existencia. El camino hacia el libre desarrollo de la personalidad es un camino hacia la cima del desarrollo humano, y no toda búsqueda personal constituye el ideal de excelencia humana en el que Mill enmarca su concepción de una personalidad creadora, excepcional e irrepetible, éste es un deber ser para la humanidad. Un paradigma de perfección que sirve como un ideal regulativo para la conciencia humana y que a pesar de que todos deliberen en torno a cuál es el ideal en el que cobra sentido la existencia, habrán ideales que se acercan más a lo que en el fondo de su pensamiento quiere Mill; en este sentido, no se puede confundir la tolerancia, de la que Mill es un acérrimo partidario, con el desarrollo personal genuino; no se puede, por lo tanto, confundir el camino con la cima; igualmente sucede con su pluralismo, el cual sólo constituye la materia prima para que todo hombre pueda darle forma a su personalidad creadora.

Mill es conciente de los problemas que entraña la mayoría y es frente al influjo perverso de la mayoría que Mill diseña la pregunta por el desarrollo personal, porque muchas de las búsquedas de los hombres no constituyen el eco de su voz sino el eco de una voz que

¹⁵⁵ En la sentencia de tutela 065/93 la Corte manifestó que la longitud de los cabellos hace parte del “libre desarrollo de la personalidad”. En mi criterio esa conducta sólo es una manifestación de libertad negativa. “El libre desarrollo de la personalidad”, concebido desde el pensamiento de Mill, de quien sostengo la Corte Constitucional es deudora, sólo se refiere a un ideal de vida buena entendiendo por esto la opción moral que con relación al desarrollo de la vida un hombre quiera realizar y que en el caso de Mill tiene que ver con el desarrollo de sus facultades mas altas, al punto que es a través de ellas que el hombre debe desarrollar su personalidad. Sería difícil decir que la decisión de llevar el pelo largo es una decisión plenamente autónoma. Mill sostiene que el hombre debe decidir por sí mismo y no dejar que el mundo decida por él. Los gustos generalmente son impuestos por la “tiranía de la mayoría” frente a la cual Mill opone la libertad del individuo

no es la propia, es la voz de la mayoría que reclama una obediencia irreflexiva frente a sus mandatos y que el hombre de la calle confunde con la voz de su propia autonomía. Mill, conciente de esta dificultad, exhorta al hombre a que sea él mismo, a que su pensamiento no se deje confundir por la fuerza de la muchedumbre, pero Mill no está privilegiando cualquier ideal de vida bueno que un hombre en el ejercicio de su libertad pueda escoger sino un ideal que es la máxima expresión de lo posible y lo pensable en términos humanos. Él le concede mucha importancia a la libertad de expresión por la calidad de lo que allí puede llegar a ser dicho, no nos está diciendo que todo lo que se dice y por lo que se lucha tiene igual valor sino que detrás de todo hombre por humilde que sea se puede esconder la voz de un hombre tan grande como Cristo o como Sócrates, a quienes la humanidad les debe tanto y que en su tiempo fueron hombres de quienes la sociedad no fue consiente de su influjo y, cuyas doctrinas encerraban las más profundas de las verdades por las que hoy es grande el espíritu humano y, cuya represión constituye una de las páginas más dolorosas de la historia en la que los hombres no pueden nuevamente incurrir por el peligro de cerrar la única puerta a través de la cual la humanidad puede tener acceso a la verdad.

La Corte Constitucional Colombiana manifiesta que el derecho a la vida, como condición biológica¹⁵⁶, no es lo más importante (Sentencia C-239/ 97, referente a la eutanasia) sino el sentido que le damos a la vida, de tal forma que lo crucial no es que el hombre viva sino que le de sentido a su existencia; un hombre descerebrado o

y la fuerza de la personalidad para contrarrestar su efecto masificador.

¹⁵⁶ La Corte ha señalado reiteradamente su posición frente a la vida; en tanto es un derecho subordinado a otro tipo de valores; como la autonomía, la dignidad de la persona expresados por la Constitución en el reconocimiento al libre desarrollo de la personalidad. Se entiende que lo importante no es tanto la defensa de la vida como condición de posibilidad de todos los derechos sino lo que el hombre haga con ella a través del ejercicio de la autonomía, que no se puede confundir con el ejercicio irresponsable de la libertad que sólo es esperable en la dimensión subjetiva del individuo conocida como libertad negativa y que no apunta a corporizar un valor moral socialmente exaltado como lo he planteado en el capítulo tercero de esta investigación. Detrás de la defensa del valor de la autonomía se encuentra la defensa por un ideal de vida bueno que, la Corte no puede decir cuál es, lo cubre con el manto sublime de la dignidad que sólo resulta pensable en Mill por los logros que con el desarrollo de su condición racional le es posible obtener al hombre, “ lo que cuenta de verdad no es la subsistencia biológica sino una existencia con sentido, que implica la posibilidad de organizar la propia vida de acuerdo con parámetros de autonomía, desde el momento en que el individuo puede asumir la defensa en primera persona de sus intereses vitales”, Angello Papacchini, *Derecho a la vida y Eutanasia*. Revista Pensamiento jurídico No. 9, p. 40. Esto significa que autonomía e ideal de vida bueno sólo pueden marchar por un camino: el de una elección responsable. Sólo desde allí resulta pensable, en John Stuart Mill, el libre desarrollo de la personalidad.

accidentado que pese a estas circunstancias pudiera sobrevivir y que no lograra proyectar su existencia no tendría razones para conservar su existencia, porque no habría calidad de vida, que no solamente es bienestar sino una vida viva con dignidad, como es esperable que un ser humano viva. El concepto de dignidad, al que tantas veces se ha referido nuestra Corte Constitucional para dirimir los conflictos entre derechos, hace relación a la importancia de que la vida tenga un sentido en el que el hombre proyecte no tanto su libertad negativa para hacer en él lo que se le antoje hacer. A este respecto la Corte en el salvamento de voto de la sentencia C-221/94 sostiene:

Locke refuta al filósofo subjetivista Robert Filmer, quien concebía la libertad como “la facultad que tienen todos de hacer lo que bien les parece, de vivir según les place, y de no encontrarse trabados por ninguna ley”. “La libertad del hombre sometido a un poder civil, sostiene Locke, consiste en disponer de una regla fija para acomodar a ella su vida, que esa regla sea común a cuantos forman parte de la sociedad, y que haya sido dictada por el poder legislativo que en ella rige. Es decir, la facultad de seguir mi propia voluntad en todo aquello que no está determinado por esa regla”.

La Corte en la misma sentencia argumenta, con base en lo expuesto por el filósofo Robert Filmer, que su tesis niega la esencia de la libertad, ya que ésta no consiste en hacer lo que nos plazca, porque tenemos el deber de encauzar nuestras facultades hacia el bien. La Corte en el salvamento de voto privilegia, al igual que Mill, una ideal de vida bueno por el que se encauce la existencia por los senderos que señala su autonomía, cuyo ejercicio la Corte lo concibe como aquél en el que los seres humanos se elevan por encima de la condición animal y ratifican su condición de seres cuyo destino está relacionado como ser perfectible a la realización de grandes designios.

La dignidad humana, que es un bien irrenunciable, está implícita en el fin que busca el hombre en su existencia. El ser humano es fin en sí mismo, ya que toda finalidad terrena, de una u otra manera, está referida a su ideal de perfeccionamiento. Cada hombre, en el uso de su libertad, debe ser consciente de esto, pues sólo el hombre tiene la superioridad sobre los demás seres del universo. He ahí el por qué es fin en sí mismo; pero dicha finalidad no es absoluta, sino limitada, ya que el ser personal está ordenado a unos fines que vienen determinados por la naturaleza humana. (...) ¿Qué comporta la dignidad del ser humano? Comporta que el hombre es un ser ordenado a la perfección como fin esencial. Acrecentar la dignidad humana es una exigencia de la propia esencia del hombre, que es perfectible. Apartarse de la dignidad lleva, ineludiblemente, a la degradación del hombre. De ahí la reiterada apelación de los tratadistas de derechos fundamentales a los fines racionales del

hombre; y de ahí también que tales fines constituyan para la civilización los principios básicos de moralidad de los actos humanos. La perfección del hombre, la obtención de los fines, que lleva consigo la plenitud essendi, constituye su deber ser fundamental, pues tener tal perfección es exigencia de su ser personal. En tal sentido, el deber, además de ser un imperativo, implica el ascenso del hombre hacia la realización de sus fines racionales¹⁵⁷.

La interpretación del concepto de dignidad, se inscribe a diferencia de la tesis mayoritaria que suscribió la despenalización de la dosis personal, en lo planteado por el filósofo John Stuart Mill, quien a pesar de ser partidario del concepto de libertad negativa, no está negando que el hombre debe privilegiar en sus búsquedas de realización personal un ideal de vida bueno en que el desarrollo pleno de su autonomía está orientado hacia la idea de progreso. Mill estaría de acuerdo con los magistrados que en la sentencia de la despenalización de la dosis personal salvaron el voto, además de lo dicho, cuando señalaron: “La libertad se tiene para aumentar el señorío de la persona sobre el entorno, y no para degradar la personalidad. La libertad supone un imperativo ético inescindible y por ello contribuye a los fines supremos del hombre”. Coincide esto con lo planteado a su vez por John Stuart Mill cuando en su libro “El Utilitarismo” dice que los seres humanos tienen facultades más elevadas que los apetitos animales y que una vez que se han hecho concientes de ellas, no consideran como felicidad nada que no incluya su satisfacción¹⁵⁸.

Pretender, por lo tanto, que el hombre es libre de darle el sentido que quiera a su vida, como lo plantea la parte mayoritaria de la Corte, no es lo que plantea el pensador inglés; esto sería privilegiar la absoluta libertad del hombre dentro de ese espacio mínimo de libertad, que en el occidente liberal, se ha entendido por libertad negativa, en la que el hombre no tiene, bajo ninguna circunstancia, deberes para consigo mismo¹⁵⁹ porque la

¹⁵⁷ Salvamento de voto, sent. 221/ 94

¹⁵⁸ John Stuart Mill, Editorial Orbis. op. cit., pp. 140-141.

¹⁵⁹ Acorde con el carácter racional (teleológico) con el que Mill concibe la naturaleza humana en la que el hombre como en Aristóteles el hombre tiene inmersa una serie de potencialidades que lo diferencia de los animales, le imponen un deber de desarrollar sus facultades más altas porque a diferencia de ellos se distingue por la búsqueda de sus placeres superiores. “La ética milliana representa sin dúbale grado más refinado de las éticas teléologicas del bienestar, tanto por la sutileza de sus reflexiones como por la extremada sensibilidad moral que muestra en ellas. (...) Si a esto añadimos la concepción ilustrada de la naturaleza humana que tenía Mill, como algo en continua transformación y mejora siempre que el proceso de educación y las instituciones

concepción atomística desde la cual se parte, permite llegar a semejante conclusión. Pero, a diferencia de otros pensadores, como por ejemplo Hobbes (quien plantea que el hombre es libre de hacer todo aquello que el contrato no prohíbe) en Mill sí existe un deber ser y, del hecho de que sea respetable el derecho que tiene un individuo a que no se interfiera con lo que un individuo haga con su vida, no se deriva que sea respetable en el sentido de exaltable, todo lo que el hombre quiera hacer con ella.¹⁶⁰

Mill no es un pensador autista en el sentido de que para él el hombre no está sólo en el mundo, el hombre existe con relación a la humanidad, de ahí su utilitarismo de la regla que con relación al concepto de universalidad lo acerca a Kant, por eso decir que el Estado debe no interferir con el ideal de vida bueno de los hombres no quiere decir que el Estado no esté obligado a velar por la educación y el carácter de los individuos. Mill da elementos para concebir que el Estado debe proveer lo necesario para que los hombres puedan decidir qué es aquello que mejor se acomoda a su destino.

El hecho de que se privilegie el espacio de libertad negativa en la dimensión humana, no significa que tal espacio en Mill sea una categoría rígida como lo manifiesta la sentencia 040/96 referida a la mendicidad en la que se plantea que si un hombre decide desarrollar su personalidad mendigando el estado no puede oponerse a ello porque sería imponerle un ideal de vida distinto al que el individuo en el ejercicio de su autonomía ha excogido., Por el contrario el Estado puede contribuir para que cada individuo un día opte por aquello que a la luz de la razón mejor se ajusta a su condición humana, por tal razón ayudar para que un hombre no se equivoque en su elección de vida no es imponer coactivamente un ideal (como la Corte lo quiere hacer aparecer en la sentencia 040 /96 referente a la mendicidad), sino darle las herramientas a ese individuo para que pueda optar por ideal de vida acorde con su condición de ser humano. Precisamente la autonomía es el criterio partir del cual el hombre, en el pensamiento de John Stuart Mill,

sociales lo permitan, nos encontramos, con una natural y justificada transición del es al debe, sin incurrir necesariamente en la falacia naturalista que Moore denunciará en 1903. Esperanza Guisan, *Introducción a la Ética*, Editorial Catedra, Madrid , 1995 pp. 153 y 154

¹⁶⁰ Mill dice que nadie tiene porque decidir por el hombre las cosas que sólo a él le corresponden, pero esto no quiere decir que Mill se desinterese y juzgue de igual manera al hombre que en el ejercicio de su libertad

puede acceder al ideal de vida bueno, al que por su condición de ser racional debe acceder; en este sentido, la autonomía, entendida como la norma que un hombre se da a sí mismo, no se ejerce en el vacío, ni tampoco bajo la guía de las pasiones, sobre todo en el hombre que ha logrado ser él mismo o ha llegado a la mayoría de edad por efectos de la educación; el hombre concebido por Mill, no se encuentra separado del mundo sino que vive por y para en mundo, de allí su concepto de utilidad como uno de sus más importantes componentes éticos.

Lo que Mill privilegia con la libertad negativa, entendida como la facultad que tiene un hombre de escoger lo que quiera, sin que de su ejercicio otro pueda salir perjudicado, no es tanto la libertad de escoger sino la posibilidad maravillosa que se abre ante sus ojos, de ser el ser excepcional y único, que con relación a la manifestación de su personalidad todo individuo puede y está llamado a ser; por eso no se podría llamar libertad a la perversión de la condición racional del hombre.¹⁶¹

“El libre desarrollo de la personalidad debe, pues, consistir en un acto de racionalidad y no de barbarie. La actividad de la razón humana determina la expresión de la personalidad: la vida moral exige la creatividad propia de la persona, origen y causa de sus actos deliberados. La razón encuentra su fundamento en el orden a la perfección, al crecimiento ontológico de la persona: ésta es llamada a ser cada vez más. El libre desarrollo se basa entonces en el principio de una justa autonomía del hombre, como sujeto personal de sus actos. En virtud de la razón natural que es expresión de sabiduría, la razón humana es la suprema ley del hombre. La razón no es otra cosa que la regla y medida de los actos humanos, de suerte que hace que el hombre sea libre, y en aras de la libertad, responsable. La autonomía de la razón práctica significa que el hombre en sí mismo posea la propia ley de prudencia para la praxis. La autonomía racional propia del hombre, por lo anterior, no implica el rechazo del orden moral, sino todo lo contrario: la compenetración de la propia racionalidad a los fines perfeccionantes a que está llamado el hombre, de ahí que, por medio de la libertad, el ser humano es un animal moral, como lo llama Santo Tomas de Aquino, aludiendo al zoon politicon aristotélico” salvamento de voto de la sentencia de la despenalización de la dosis personal. (Sent. C 221/ 94)

desperdicia sus talentos que aquel que robustece su carácter con el cultivo de sus facultades superiores.

¹⁶¹ Mill es claro en su oposición a que el hombre no es libre de obrar a su antojo con relación al destino de su libertad, a tal punto que no la puede pervertir en el sentido de llegar a proclamar que se puede llegar a ser libre de ser libre, lo que revela que no todo lo que en ocasión de la libertad quiera el hombre realizar es aceptable, sólo ciertos caminos son los que permiten expandir la personalidad y es en función de esta actividad que Mill establece la razón de ser de libertad. La libertad no puede llegar al extremo de que el

Mill es un pensador que se ajusta a los postulados constitucionales de la dignidad, la autonomía y la libertad que nuestra Constitución dice defender, aunque la Corte mayoritariamente no lo interprete como un pensador que suscribe un ideal de vida bueno. Es con base en este ideal que se puede fundamentar el desarrollo personal de los colombianos y no es interpretando a Mill como si el epicentro en torno al cual girase su doctrina fuese el concepto de libertad negativa. La Corte acude a Kant para complementar su interpretación de Mill como si Mill no involucrase dentro de su concepto de libertad un concepto de autonomía. La autonomía en Mill es la forma más refinada de la libertad porque, como lo he sostenido, la libertad en él está condicionada por los parámetros de perfección y de progreso en los que se encuentra inmerso su concepto de naturaleza humana. El concepto de autonomía hace referencia a todos los caminos en los que el desarrollo humano resulta posible, la libertad a la que se refiere Mill no es a la libertad del arbitrio, como ya lo he dicho, sino a la libertad de la voluntad, que son dos aspectos distintos y que la interpretación que hace la Corte no logra distinguir.¹⁶² Asumir como lo hace la Corte en la sentencia 221/94 fundada en un concepto de libertad milliano que el hombre en el ejercicio de su libertad no está

hombre llegue a venderse como esclavo, ha dicho Mill en su texto “Acerca de la libertad “ .p. 190 op cit

¹⁶² La interpretación realizada por la mayoría que suscribió la despenalización de la dosis personal establece que por el hecho de que la voluntad humana apetece en ciertas ocasiones la droga, hay que permitir que en esa dirección se ejerza el libre desarrollo de la personalidad, so pena de que el orden jurídico interfiera en la intimidad de cada cual, confunde autonomía con el ejercicio irrestricto de la libertad que en ocasiones no expresa la voluntad humana sino el desarreglo, que con relación a la misma, sufre un individuo que no puede obrar en conformidad con lo que le anuncia la razón y se ve impelido a obedecer una fuerza ciega que en nombre de sí mismo lo gobierna y lo lleva a hacer cosas que el sentido común reprobaría y que el individuo, sino fuera por el estado adverso en que se encuentra, también reprobaría. En este sentido, el salvamento de voto se adhiere más al ideal de vida buena proclamado por Mill cuando dice: “La dignidad del hombre, pues, conduce a que éste ejerza su libre albedrío y no se deje determinar por la mera fuerza sensitiva. De no ser así, inútiles serían los razonamientos legales, las exhortaciones, los preceptos, las prohibiciones, los premios y los castigos. Para demostrarlo hay que tener presente que hay seres que obran sin juicio previo alguno, como sucede con los seres carentes de razón. Otros obran con un juicio previo, pero no libre: los animales que obran con un juicio instintivo, natural, pero no deliberativo, en cambio, el hombre obra con juicio, puesto que por su facultad cognoscitiva, juzga sobre lo que debe evitar o buscar. Como quiera que este juicio no proviene del instinto natural ante un caso concreto, sino de un análisis racional, se concluye que obra por un juicio libre. Cuando se trata de algo contingente, la razón puede tomar direcciones contrarias. Ahora bien, las acciones particulares son contingentes, y, por lo tanto, el juicio de la razón sobre ellas puede seguir diversas direcciones sin estar determinada a una sola. Así pues, es necesario que el hombre tenga libre albedrío por lo mismo que es racional. Pero cuando cae bajo la dependencia absoluta de la droga, no puede decirse que el hombre está autodeterminándose, sino que ha perdido su libre albedrío y está sometido a la fuerza sensitiva que le determina la necesidad de la droga de la cual depende. ¿Cuál libertad hay, pues, en el drogadicto? ¿Puede haber libertad contra la dignidad? Salvamento de voto sentencia de la despenalización de la dosis personal, p. 41. Con Mill podríamos también preguntar: ¿El hombre es libre de ser libre? En su texto “Sobre utilitarismo” nos diría enfáticamente que no.

sometido a ningún ideal de vida buena , y que tanto el bien como el mal son dos caminos que indistintamente puede el hombre seguir y, frente a los cuales nadie puede emitir juicio moral alguno, es encerrar al hombre en una celda en la que no existen conexiones con el mundo porque al parecer este hombre es una tabla rasa en la que ni la civilización, ni los ancestros, ni los valores de una sociedad determinada le han marcado pautas en el horizonte de sus aspiraciones. Un ser en el que no existen rutas que seguir y, frente al cual, todo está permitido puede ser todo lo que se quiera, pero no es el hombre al que se refiere Mill ¹⁶³, porque el hombre, al menos el concebido por John Stuart Mill tiene unos deberes para consigo mismo y para con los demás y, para el que la libertad absoluta e irracional no tiene la más mínima importancia, pues con una libertad así no se podría pensar la sociedad, en función de la cual es que Mill intenta pensar al individuo .

“La dignidad humana exige pues el respeto y promoción incondicionales de la vida corporal; por tanto, la dignidad humana se opone a esa concepción que, en aras del placer inmediato, impide la realización personal, por anular de forma irreversible tanto el entendimiento como la voluntad, es decir, torna al hombre en esclavo del vicio, como ocurre en el caso patético de la droga. (...) la dirección del hombre hacia el bien sólo se logra mediante la libertad, entendida como la facultad de obrar con conciencia de las finalidades perfeccionantes a que está ordenada la naturaleza humana. Con frecuencia se confunde la libertad con el libertinaje, que es la distorsión de aquella su caricatura. La libertad fomentada en forma depravada, conduce al libertinaje y no ennoblece al hombre, sino que le mengua su dignidad. La dignidad humana requiere por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, inducido por una convicción interna personal y no bajo la presión de una pasión o de un deseo desordenado que en el fondo es una coacción (...). Quienes suscribimos este salvamento no entendemos cómo puede considerarse que la autodestrucción del individuo, sin posibilidad de reprimir su conducta y ni si quiera de rehabilitarlo, pueda tomarse como una forma de realizar el mandato constitucional de respeto a la dignidad humana, cuando es precisamente ésta la primera lesionada y, peor aún, aniquilada por el estado irracional al que se ve conducido irremisiblemente el consumidor de droga” (Salvamento de voto sentencia de la despenalización de la dosis personal 221/94)

La autonomía constituye, pues, el dispositivo a partir del cual el hombre ejerce su

¹⁶³ Este hombre que no está amarrado teleológica ni ontológicamente a ninguna meta y que sólo es una partícula que atiende a sus deseos y aversiones y frente al cual la voluntad no es una facultad que le permita alejarse del imperio de sus pasiones, es el hombre de Hobbes que, como ya lo hemos manifestado, no se comporta como un hombre libre sino como un autómatas y no corresponde, por lo tanto, al hombre que concibe Mill.

dignidad, que se postula como el valor supremo del hombre por el fin que ella entraña, en la medida en que se eleva por encima de la naturaleza al convertirse en fin de sí mismo y poder, en conformidad con su superioridad ontológica, realizar racionalmente su destino.

El ideal de dignidad humana en Mill está centrado en la posibilidad que tiene el hombre de proyectar su existencia a través del ejercicio de sus más elevadas facultades, por esta razón, y por todas las cosas excepcionalmente grandes que el hombre puede llegar a ser, es que se privilegia la autonomía como la puerta por la que la inmensidad de la condición humana se revela.¹⁶⁴

¹⁶⁴ La sentencia C-013 del 97 privilegia el concepto de libertad negativa en el sentido de que constituye un espacio en el que el individuo ejerce su autodeterminación, entendiéndose por tal la capacidad que tiene un hombre de escoger libremente su destino, se sobreentiende que no debe haber la más mínima interferencia porque esa realización particular que todo hombre quiere hacer con su vida encierra el más grande de todos los valores: su dignidad, por lo tanto, lo escogido no puede ir por debajo de su razón. No sería esperable por consiguiente, que una mujer quiera abortar porque en su fuero interno lo que quiere es dedicar su vida al consumo de las drogas. El bien jurídico protegido con la salvaguarda de la libertad negativa es la expectativa de que cada hombre ejerza el señorío que debe tener frente a su vida o, en palabras de Mill, que sea absolutamente soberano no quiere decir disoluto, irracional o irresponsable que a pesar de constituir caminos abiertos para el hombre no constituyen los caminos ideales por donde el hombre debe desarrollar su individualidad; por eso en la mencionada sentencia dice: “ En un Estado respetuoso de los derechos fundamentales, la función del derecho debe ser acorde con el principio de mínima injerencia en la vida de los asociados. A la luz de esta concepción, el derecho penal debe ser un código de requisitos mínimos y básicos, necesarios para la convivencia social y no debe pretender agotar los criterios de lo que es moral y lo que carece de esa connotación. Un criterio moral útil para determinar las acciones inmorales ilícitas es el daño a terceros, sugerido por el filósofo John Stuart Mill. Según esta teoría, no cabe imponer pautas morales externas a adultos que pueden autodeterminarse cuando su conducta no daña a terceras personas, como sería el caso del aborto dentro del primer trimestre en el que el naciente no es víctima de dolor o de daño. Bajo esta perspectiva, el aborto sería equiparable a otras prácticas relacionadas con el fuero interno de las personas”. Apartes del salvamento de voto a la sentencia C-013 del 97. Sin embargo si consultamos otras sentencias (como la C-239/97 referida a la eutanasia) pese a que el Estado pretenda conservar la mínima injerencia en la vida de los asociados, lo que se está protegiendo no es tanto la libertad absoluta del hombre de hacer con su vida lo que quiera, porque en un Estado Social de derecho como lo ha manifestado reiteradamente nuestra jurisprudencia, no existen derechos absolutos sino el ideal por el que cada hombre, en el ejercicio de su autonomía, pueda optar por un ideal de vida que puede ser cualquiera. Lo importante es que en él, el hombre puede reflejar su condición de hombre digno. (Entiéndase por esto un hombre que es capaz de darse a sí mismo sus propias reglas y en conformidad con su razón encausar su vida conforme a los valores que él considera supremos y que para ser tales no deben colisionar con el orden jurídico y el interés de los demás, lo que quiere decir que por lo general se espera que ese valor supremo, en pos del cual el hombre oriente su existencia, debe ser como mínimo un valor racional socialmente compartido, no se puede por ejemplo, optar como ideal supremo la intolerancia, el sadismo, etc.) La Corte con relación a los diferentes ideales de vida buena que en el ejercicio de su libertad un hombre puede escoger, intenta resguardarse en el concepto de libertad negativa propio de la tradición liberal, creyendo que con tal concepto no se instala en un espacio moral determinado, como si ese concepto de libertad negativa fuera una categoría totalmente neutral, sin embargo, dicha categoría se inscribe en un contexto en el que su máximo representante, al menos al que la Corte alude sin que para tal efecto lo cite expresamente: John Stuart Mill, no es, en mi criterio, un pensador totalmente neutral. Él es un pensador que, a pesar de ser liberal, se adhiere a un ideal de vida del que de alguna manera la Corte también es deudora pero que no hace explícita mención cuando de la libertad se trata, intentando con ello dar a conocer que lo que un hombre haga con el manejo de su libertad en asuntos donde un tercero no resulte perjudicado, es de su

La Corte, con la finalidad de no entrometerse en la elección de vida buena de los ciudadanos y para no instalarse en un espacio moral determinado donde pudiera verse acusada por suscribir un particular ideal de vida buena, ha utilizado al pensador inglés John Stuart Mill con la finalidad de establecer que frente a la conducta que un hombre quiera desplegar sobre sí mismo y en la que nadie, a diferencia de él, saliera perjudicado es totalmente soberano; sin embargo, como lo he demostrado, Mill no se desentiende de lo que un hombre en el fuero interno de su libertad quiera o pueda hacer, en él hay una diferencia entre el derecho a la intimidad y el derecho al libre desarrollo de la personalidad que está relacionado con el carácter perfectible en el que están asociados todos los hombres.

El derecho a la intimidad hace referencia a la existencia de todas aquellas cosas que tienen que ver más con el ejercicio de la libertad negativa que con el libre desarrollo de la personalidad, y en aquélla el individuo sí puede obrar de la mejor o peor forma que estime conveniente porque, en términos stuartmillianos, no todo lo que un hombre a bien tenga hacer, en el ejercicio de su libertad negativa, constituye libre desarrollo de la personalidad. Porque en todo lo que el hombre haga no se encuentra relacionada su idea de progreso, y menos, su concepto de autonomía. La libertad negativa es el espacio en el que el hombre puede darle rienda suelta a todo lo que caprichosamente quiera realizar y bajo ninguna circunstancia se le exige ser virtuoso. Aunque no es objetivo de la presente investigación ahondar en lo que Mill entiende por derecho a la intimidad, creo que esta categoría, a diferencia de “el libre desarrollo de la personalidad”, sí se funda en el concepto de libertad negativa.

Al igual que la vida constituye la condición de posibilidad de todos los derechos, la libertad negativa constituye el espacio en el que las cosas más cercanas a la

absoluta y total incumbencia y frente al cual el Estado debe guardar todas las reservas, sin embargo, esto no resulta cierto cuando se habla de libre desarrollo de la personalidad sino con relación al derecho a la intimidad, categoría que sí se encuentra estrechamente ligada con el concepto de libertad negativa como ya lo he manifestado. La omisión de la Corte, al menos en los casos que aquí se han citado, consiste en que fragmenta el pensamiento de John Stuart Mill cuando se refiere a que el individuo, frente a su propia vida, es totalmente soberano sin tener en cuenta que estas afirmaciones hay que sopesarlas con las principales obras éticas de este autor y fundamentalmente con su concepción antropológica en la que el pensador inglés

individualidad humana resultan posibles; sin embargo, no debemos confundir, como ya lo he manifestado, entre espacio y contenido. Tanto la vida como la libertad negativa constituyen el espacio donde la dignidad del hombre a través de la autonomía adquiere su más alta y mejor expresión y en la que él deja la huella imborrable de la personalidad. Es probable que no todos los hombres dejen una estela de luz en su existencia, sin embargo, constituye el desafío intelectual más alto al que está abocado el hombre en su camino.

El desarrollo de la individualidad es un deber ser en el pensamiento de John Stuart Mill, es un caminar hacia su fortalecimiento, y no todos los pasos que un hombre pueda dar se dirigen hacia él, en una palabra, las actividades que no permite la realización de las capacidades humanas en su máxima expresión son sólo manifestaciones de libertad negativa, pasos dados por el hombre, aunque no necesariamente en el vacío. Así, pues, la defensa de la libertad negativa, como el epicentro intelectual en torno al cual se debe desarrollar la individualidad en el sentido de que todo lo que el hombre realice sin poner en peligro la vida de los demás le está totalmente permitido, constituye un criterio equivocado en la interpretación que de John Stuart Mill hace la Corte Constitucional Colombiana, como equivocado es decir que todas las cosas que el hombre ingiere constituyen alimento, o todo lo que el hombre lea en su camino tiene la misma importancia y contribuye a su fortalecimiento intelectual.

Sabemos que no todo lo que el hombre come le alimenta y no todo lo que el hombre lee contribuye a su formación personal, en igual sentido, no todo lo que el hombre haga con su vida, en el ejercicio de su libertad negativa, se eleva a la categoría de ser un escalón hacia el desarrollo de su personalidad. Es claro que detrás del concepto de libertad negativa para Mill subsiste su ideal de vida buena, en torno al cual ubica el desarrollo del hombre y, sobre todo, su concepto de dignidad, que ciertamente no se ubica en el contexto en el que concibe Kant la dignidad humana en el sentido que bajo ninguna circunstancia el hombre puede ser reificado o instrumentalizado absolutamente, pero el

concepto de utilidad en Mill permite pensar la dignidad del hombre como la más alta expresión de la individualidad humana que en asocio con la mayoría permitirá el despliegue de todo lo excepcional que pueda ser el hombre, articulado con la felicidad general, a la que coloca como un telos en el que el hombre puede y debe desplegar todo lo bueno que humanamente puede ser, derrotando de esta manera el carácter instrumental con el que generalmente se ha interpretado su concepto de utilitarismo.

7. CONCLUSIONES

- En Mill no existe una separación tajante entre ética y derecho. Él es un pensador heredero de Kant y de Aristóteles. En la interpretación de la Corte constitucional a Mill se le ignoró como filósofo y se hizo una interpretación más jurídica que filosófica sobre la base de decir que sobre sí mismo el individuo es soberano, pero soberanía no se puede entender en Mill como lo que en el ejercicio de su libertad caprichosamente el hombre quiere hacer. Se ha reducido la visión de la libertad en Mill a un conjunto de apetencias y se ha tomado al individuo como una partícula a la que no se le puede señalar un rumbo fijo. Pero el hombre de Mill no es una partícula en movimiento como lo es en Hobbes.
- El “principio supremo” habría que interpretarlo en consonancia con su texto del utilitarismo y el resto de su obra, sobre todo cuando Mill habla de la naturaleza humana, de su concepto de voluntad y del papel de las virtudes, lo que significa que para una mejor comprensión del principio éste debe ser interpretado a la luz no sólo de “Sobre la libertad” sino, de “El utilitarismo” y de su “Autobiografía”, pero no se puede olvidar el libro VI de “Un sistema de lógica” como tampoco el texto “Bentham” en donde de manera más clara se percibe su idea de hombre y su ideal de vida buena. Cuando se lee a Mill desde su principio supremo habría que interpretarlo desde un concepto de autonomía precedido desde una forma particular de vida buena, en este caso el ideal de vida buena es aristotélico, epicúreo y kantiano, lo que significa que lo prioritario del principio supremo no es la libertad de interferencia como se ha leído sino libertad de realización conforme a lo que es propio de los seres humanos: las facultades superiores
- La Naturaleza del hombre en Mill no se comporta como una máquina y en ella no prevalecen los imperativos de la sensibilidad sobre los de la razón, eso sería privilegiar un ideal irreflexivo de placer que sólo sería esperable de los seres inferiores próximos al cerdo como en algunas ocasiones, en el transcurso de su obra, nos lo ha recordado.

Esta visión reduccionista del individuo, despojada de la visión con que Mill concibe al hombre, le ha hecho decir a los juristas cosas en torno a la libertad que su obra no ha dado lugar (defensor a ultranza de la libertad negativa). Mill no sólo privilegia un espacio de libertad sino que privilegia una forma particular del ser del hombre para la que ha pensado un espacio donde éste se pueda mover con absoluta libertad para expresar todo lo grande que el hombre pueda ser.

- La virtud juega un papel preponderante tanto en el concepto de naturaleza humana en Mill, en su concepto de realización, como en su concepto de felicidad; la felicidad para el hombre que Mill concibe particularmente dotado de unas facultades superiores constituye en obtener su máximo desarrollo posible, pero acorde con su concepción de la naturaleza humana sólo a través de la virtud el hombre puede llegar a ser feliz, en el sentido de que es allí donde se puede realizar plenamente como humano, lo que significa que existen otros caminos para la felicidad pero la que le corresponde al hombre, dado el carácter progresivo de su naturaleza, debe ser necesariamente una felicidad virtuosa, en donde converjan virtud, felicidad, realización y libertad.
- El individuo en Mill no puede olvidar su condición de ciudadano, de persona, de que es una parte de; es cierto que frente a su vida el individuo es soberano, pero aun así tiene unos deberes para con los demás que generan unas obligaciones para consigo mismo. Es aquí (en el interés de la mayoría) donde se encuentra el fundamento de las obligaciones para consigo mismo. Mill privilegia la felicidad de la mayoría frente a la felicidad del individuo y sacrifica a éste en beneficio de la mayoría, pero no lo olvida. Tanto el individuo como la mayoría cuentan a la hora de proveer un fundamento para la felicidad. Mill parte de su concepto de utilidad como el máximo principio ético y, establece que la única posibilidad de que mayoría e individuo cuenten depende de su concepción de utilidad que a la vez está relacionada con un concepto del hombre, cuya

esfera interna a la vez de posibilitar que el hombre se desarrolle también desarrolle a la sociedad, lo que solamente resulta posible articulando los deberes para consigo mismo con los deberes para con los demás.

- El interés colectivo, factor fundamental en torno al cual Stuart Mill pretende articular la realización humana, encarna un telos en cuya articulación deben funcionar los hombres en sus intereses particulares, me refiero a que en su concepción del hombre y de la sociedad una visión atomista del libre desarrollo de la personalidad no resultaría concebible porque su realización plena sólo resulta posible en tanto se consolide el interés de la mayoría con la actuación particular.
- El libre desarrollo de la personalidad se piensa en Mill fundamentalmente y en consonancia con un ideal del hombre en general que marca la pauta para pensar lo que sería un desarrollo individual genuino. El concepto mismo de utilidad social, desde la perspectiva ética en el que lo concibe Mill, excluye algunos desarrollos de la personalidad que en su criterio no resultarían socialmente útiles. El individuo reflexivo, creativo es el hombre promedio en pro del cual todas las instituciones y todos los hombres deben colaborar; el concepto de utilidad es el elemento regulador que permite priorizar y, sobre todo, seleccionar cuáles de los desarrollos personales resultan particularmente exaltables.
- Mill proclama un desarrollo útil, palabra que no se debe entender de la manera instrumental con que generalmente se la concibe, el horizonte que perfila el desarrollo personal no establece qué es lo que el hombre sustantivamente tiene que hacer, establece, por el contrario, las condiciones formales para que tal empresa resulte posible, coincide con Kant en su visión formal de la dignidad. Mill proclama un concepto de utilidad que en vez de ser pragmático o instrumental, es ético y estético. En su ética existe un sentido de la vida, una estética de la existencia que no se inscribe en la libertad negativa como posibilidad de su despliegue. La libertad negativa no es un concepto vacío entendido como aquél en el que no se le da prioridad a un valor

particular y en el que todos los sentidos buenos o malos tienen la misma jerarquía y frente a los cuales nadie puede emitir juicio de valor alguno porque tal espacio es inexpugnable (incommensurable, en palabras de Alasdair MacIntyre). Sin embargo y pese a que se interpreta a Mill como un defensor a ultranza de la libertad negativa, su concepto de libertad no es discrecionalidad ni libre albedrío. Frente a él, el concepto de utilidad sirve como parámetro para excluir algunos desarrollos personales que no resultan pertinentes para la idea de progreso y que no constituyen el telos o la finalidad ética en pos de la cual debe transitar el hombre. No se habla en Mill de la idea más verdadera sino de aquella que resulte útil. ¿Útil a qué? Útil al hombre que todos debemos ser.

- En la antropología milliana la incommensurabilidad de los ideales éticos, cuya ponderación no resulta posible porque no existe una verdad absoluta que pueda prevalecer sobre otra verdad, termina cediendo el paso en la sociedad a lo que para la mayoría de los hombres resulta útil. Pero la utilidad de la que habla Mill tiene una fundamentación racional cuyos orígenes se remontan a la tradición aristotélica y a la escuela estoica que exaltaban la razón como facultad fundamental del hombre por lo cual el hombre es el único que, en el horizonte de la historia, es capaz de llegar hasta las cimas más altas del progreso. El hombre al que se refiere Mill no es el hombre masa que conforma las sociedades contemporáneas sino un hombre cuyas condiciones excepcionales hacen parte de su visión aristocrática del mundo, (de un mundo poblado por los mejores); este individuo es un hombre cuyo refinamiento espiritual (entiéndase caracterial) constituye la garantía de que la sociedad que él piensa pueda funcionar; la dimensión ética de ese hombre es el material a partir del cual es posible pensar la sociedad como un todo armónico ético.
- Mill no está describiendo cómo son los hombres sino cómo deben ser para que pueda funcionar su proyecto ético político. Mill parte de una esencia humana que le permite llegar a predicar que la utilidad es la expresión más acabada de la conducta humana porque en él, a diferencia de Hobbes, el hombre tiende a la perfección. Mill cree que

la razón de ser del hombre es la expresión multidimensional de sus potencias, su visión del hombre es un hombre que tiene un deseo sublime de crear, de ser, de experimentar pero desde sus facultades más altas. Las condiciones excepcionales para el desarrollo de la personalidad en Mill son aquellas que se encaminan a permitir que el hombre sea un ser de pensamiento y de creación, su intención es que ese hombre pueda plasmar la excepcionalidad de su carácter. Y para ello el Estado debe contribuir en su esfera interna, en su libertad negativa para ayudarlo a cumplir con su destino, para permitir que ese hombre pueda ser totalmente soberano y de esta manera contrarrestar la intoxicación social que el hombre sufre por efecto de las masas que apagan la chispa de la excepcionalidad humana.

- El concepto de libre desarrollo de la personalidad es un conjunto de requerimientos básicos en la dimensión subjetiva de cada hombre que facilitan su inserción en el conjunto general de la sociedad al punto que si el hombre individualmente considerado y la mayoría de la que hace parte como partes no funcionan, el ideal de hombre que se quiere diseminar en el conglomerado social se vendría a tierra; el ideal de hombre y de vida buena al que apunta Mill se proyecta en el horizonte social como el pegamento que permitirá que todos concurren a construir el hombre superior que Mill concibe y que en un Estado social de derecho sería una ficha clave para el desarrollo cabal de la sociedad.
- Ese hombre al que se refiere Mill es el que todos debemos empezar a conformar en un telos social del que el hombre como individuo forma parte y que en Mill funciona a la manera del concepto de humanidad kantiana, al que todo los individuos deben pertenecer por el ideal racional que los cobija y en el que tanto el individuo como la mayoría serían fines igualmente importantes y por lo tanto reconocidos por igual. Sólo desde esta perspectiva la sociedad se agiganta porque los hombres que la conforman la proveen del material caracterial necesario para que este ideal de hombre se cristalice como una realidad social.

- La realización en Mill es una empresa social, individuo y sociedad no están separados. El hombre es grande porque la sociedad es grande. Es en la sociedad donde el hombre crece porque ella lo provee de las condiciones mínimas para su desarrollo, (pero el hombre debe saltar por encima de esas condiciones mínimas para ser todo lo grande que puede ser) pero a la vez la sociedad no existiría si no se alimentara de la contribución particular de cada hombre, es como si muchos empujaran un barco anclado en una playa; individualmente nadie podría hacerlo funcionar, pero entre todos lo pueden arrastrar hasta la playa y meterlo al mar, los individuos podrán salvarse del naufragio si todos concurren a la misma empresa: poner a funcionar el barco de la vida, solos estarían expuestos a la muerte .
- El concepto de humanidad y de hombre constituyen apéndices de la sociedad entendida como un todo. Mill no proclama una libertad al margen del destino social del hombre, su texto “Acerca de la libertad ”, su concepto de utilidad, su concepto de naturaleza humana me permiten concluir que el hombre se desarrolla con los otros y que el concepto de libre desarrollo de la personalidad pensado como el desarrollo de mi libertad negativa, constituye un imposible. Mill nos prescribe el hombre que la sociedad necesita, pero para que ese hombre exista debe saltar por encima del concepto de libertad negativa y aceptar que el hombre al que se refiere no es el individuo atomizado del liberalismo, ese individuo no encaja en el engranaje en el que concibe su universo político y moral.
- EL concepto de libre desarrollo de la personalidad tiene unos senderos trazados, donde el desarrollo individual sería útil al hombre y a la sociedad, esos senderos constituyen unas exigencias mínimas éticas predicables de todo hombre que quiera vivir en sociedad; en una palabra, la sociedad es como el aire que el individuo necesita respirar para poder vivir. El individuo que concibe Mill necesita unos puntos de encuentro con el otro para poder ser el hombre que Mill quiere que el individuo sea: crítico, reflexivo, original. Estos puntos de encuentro deben ser partes constitutivas de su personalidad, verbigracia la imparcialidad, la tolerancia que constituyen los canales por donde

libremente se desplaza en cada hombre el concepto de humanidad.

- El mismo concepto de utilidad preconizado por Mill riñe con un desarrollo individual al margen de la sociedad en consonancia con su libertad negativa. Lo que un hombre realice en su esfera interna no es motivo de interferencia por parte del Estado, pero se espera que ese hombre obre en consonancia con los presupuestos éticos que le permiten ser el ser útil que la mayoría espera. Mill ha contribuido al Estado social de derecho con su concepto de utilidad y, su concepto de realización personal o libre desarrollo de la personalidad debe acoplarse con su concepción ética de la sociedad. Sólo una personalidad que resulte útil a la sociedad y al hombre como ser humano debe ser promovida. Mill no está diciendo que es moral todo lo que el hombre haga con su vida personal, él tiene una visión ética del hombre y de la sociedad y espera del hombre una conducta particular que debe ser sustentada por los espíritus más reflexivos de la mayoría. Él cree en el valor de los mejores argumentos, las conductas en él no tienen por qué ser irracionales. En este sentido, ser soberano es ser mayor de edad, ser reflexivo inteligente y crítico y no obrar al vaivén de los impulsos irracionales, sino con base en el fundamento ético y no cuantitativo de la mayoría.
- La realización personal o el libre desarrollo de la personalidad en Mill no puede pensarse como la realización de nuestras preferencias o de nuestros deseos, la teleología milliana apunta a algo más que la mera preferencia. El concepto de bien humano en Mill tiene una mayor jerarquía que en ocasiones sacrifica el cúmulo general de nuestras preferencias para dar lugar a la formación del carácter que es su más alto objetivo moral. Pero el hombre tiene siempre otra puerta abierta por la que puede escapar a la realización ideal de su destino. La realización milliana no constituye un imperativo categórico en nombre del cual podamos coaccionarlo para que pueda obraren conformidad con la realización ideal de su destino, como la “pervertida libertad positiva denunciada por Isaiah Berlin”. Mill aspira a que todo hombre haga de su vida una obra de arte pero si no lo hace no existe razón en el mundo para obligarlo a ser el hombre que nosotros creemos que debe ser. Mill quiere que ese hombre haga de sí mismo lo mejor

(se refiere al hombre superior), sus búsquedas no son pasiones, son ideales, no es pues cualquier destino el que Mill ha pensado para el hombre, es un ideal donde el hombre pueda desarrollar plenamente su personalidad con todas las herramientas características y virtudes que se encuentran a su alcance.

- Mill, pese a ser considerado un pensador liberal negativo, cuando se lo interpreta desde su principio supremo es un pensador que se podría interpretar como “perfeccionista”, (perfeccionismo blando) no un pensador monista que ancla sustantivamente en una idea comprensiva el desarrollo humano, él cree en la multiplicidad de los valores y en la posibilidad que a través de ello el hombre obtenga su más alto desarrollo, a través del ejercicio de la autonomía (no de su concepto de libertad negativa) su postura se ubica del lado de Rawls quien a partir del concepto de la autonomía, la razonabilidad y la tolerancia cree que es posible que el individuo pueda escoger cualquier ideal de vida buena, pero anclado en unos principios o valores que permiten que el individuo sea considerado el epicentro del desarrollo y a través de él “la humanidad”.
- Un ideal de vida que atente contra la tolerancia, la racionalidad, la autonomía no gozará del estatus de superioridad ontológica que para ciertos ideales Mill ha pensado para el hombre; nadie querrá ser “un estúpido o un loco”. La realización humana debe estar situada más allá de las simples preferencias y el individuo no sólo debe desarrollar su autonomía para realizar lo que él considera es su proyecto de vida, sino que ese hombre debe ser mejor de lo que es. Proscribir algunas conductas por irracionales no es interferir con una concepción particular de bien, un ideal de bien debe tener coherencia racional con lo que pretende alcanzar, de tal suerte que la sin razón no puede constituir un ideal, sería como afirmar que resulta inteligible la razón de la sinrazón. Mill cree en los valores en sí mismos, no tanto por el beneficio de las consecuencias para la vida social o para hacer más llevadera la vida, él cree que estos valores contribuyen a lo más exaltable de la condición humana, contribuyen a hacer bueno al hombre, entendiéndose por esto la amalgama de virtud y razón que heredó de Aristóteles y de Epicuro, respectivamente, junto con sus apelaciones a la dignidad y a su concepto de humanidad conceptos

kantianos con quien Mill también tiene algunos puntos de encuentro.

- Hablar del pensamiento de Mill con relación a su ideal de vida buena es revitalizar el aporte de pensadores como Aristóteles, Epicuro y Kant con relación al desarrollo humano. Todos estos aportes, tanto los de Aristóteles, Epicuro y Kant, contribuyen, a más de posibilitar la idea de felicidad en Mill, a la solidificación del sentido de la vida. Detrás de la pregunta qué es aquello que me hace feliz se esconde en Mill la pregunta qué es aquello que por darle sentido a mi vida me hace igualmente feliz, no la pregunta qué es aquello que por hacerme feliz le da sentido a mi vida. Fiel al pensamiento de Aristóteles, Mill se pregunta por la virtud, la felicidad, la razón de ser de la existencia y el sentido último de vida, (necesariamente cuando Mill habla de desarrollo de las facultades está hablando del sentido de la vida, sólo en él tiene sentido su concepto de “libre desarrollo de la personalidad”).
- La Corte Constitucional Colombiana en las sentencias estudiadas ha confundido libertad negativa con libre desarrollo de la personalidad al señalar que cualquier dirección en la que se encause la existencia constituye un plan de vida, como si éste no requiriera para su consolidación una serie de elementos que, como la autonomía, la idea de progreso y una meta con sentido, no fueran necesarias para el despliegue de la personalidad. Se ha leído a Mill como si su visión del hombre fuera hobbessiana y no aristotélica, lo que en otros términos significa que la libertad positiva entendida como autonomía moral constituye la categoría principal desde la cual es posible pensar el libre desarrollo de la personalidad en Mill, la cual debe, no solamente contar con las condiciones mínimas externas para su despliegue, (libertad negativa) como con la existencia de una serie de elementos internos que aseguren que el proyecto de vida personal se lleve a cabo. La pretendida neutralidad valorativa del liberalismo, de la cual se dice que es Mill deudor, se desdibuja porque su consideración de la naturaleza humana no es neutral. Afirmar lo contrario sería desconocer la filiación perfeccionista que se encuentra presente en algunas de sus principales obras, lo que, visto desde la perspectiva de una visión liberal, no constituye una contradicción sino, por el contrario, un elemento que permite que el

Estado se comprometa más con el desarrollo interno del individuo que con una visión permisiva de todo lo que el individuo en su esfera interna se le antoje realizar. Lo que significa que si el Estado se compromete con el hombre desde adentro, lo estaría tratando como fin acorde con la postulación kantiana de la que creemos Mill también es deudor. El utilitarismo de Mill constituye el dispositivo intelectual que mejor se ajusta a la consideración que sobre el libre desarrollo de la personalidad se puede implementar en el Estado social y democrático de derecho, porque permite, por ejemplo, que Kant y Aristóteles hagan oír sus voces después de haberlos despojado de gran parte del andamiaje teórico con el que fueron originalmente concebidas sus teorías. Mill permite implementar la virtud como una búsqueda del carácter de los individuos y el concepto de autonomía kantiana permite que se consolide una vida con sentido tal, como Mill lo ha propuesto en su trabajo, en el sentido de que el hombre al realizar sus capacidades intelectuales pueda remontarse por encima de los animales y ser lo que él con el desarrollo de su carácter puede llegar a ser, esto es, un ser auténticamente humano.

- La felicidad individual que el hombre puede obtener al margen de la sociedad, en el ejercicio de la libertad negativa, no es la felicidad que permite que hombre y sociedad se funden como una totalidad, la felicidad de un hombre considerado en esa soledad es un camino que muchos hombres pueden asumir, pero no se inscribe en el desideratum de la felicidad que Mill ha pensado para el hombre, esto es una felicidad entendida como realización ética.

8. BIBLIOGRAFÍA

APPIAH KWAME, Anthony.

La ética de la identidad, Buenos Aires: Katz, 2007.

ARENDT, Hannah: “¿Qué es la libertad?” en *Entre el pasado y el futuro*. Ocho ejercicios de reflexión política, ed. Península, Barcelona, 2003.

ARISTÓTELES: *Ética Nicomáquea*, ed. Gredos, Madrid, 2000.

BERLIN, Isaiah: *Dos conceptos de libertad* en *La filosofía política* (A.Quinton ed.), F. C. E., México-Madrid, 1980.

— *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza editorial, Madrid 1988.

BLANCO, Domingo: “Libertad” en Adela Cortina (dir) *Diez palabras claves en ética*, ed. Verbo Divino, Navarra, 2ª. Edición, 1997.

BOBBIO, Norberto: *Presente y porvenir de los derechos humanos*, en *Anuario de Derechos Humanos*, núm. 1, Inst. de Derechos Humanos de la Universidad Complutense, Madrid, 1982.

CANTO SPERBER, Monique: *Diccionario de Ética y de filosofía moral*, México, Fondo de Cultura Económico 201.

CASTAÑO BERMÚDEZ, Enith: *La autonomía como eje de la propuesta pedagógica de Immanuel Kant*, Tesis de Maestría en filosofía. Universidad del Valle 2005.

CONSTANT, Benjamin: *Principios de Política*, Aguilar, Madrid, 1970. “Discorso Sulla Libertà Delhi antichi paragonada A quella dei moderni”, tr. It.P.Fea, en *Il pensiero Político*, Antología de textos a cargo de U. Cerroni, Editori Riuniti, Roma, 1975

HABIDI, D.: *J.S. Mill’s revisionist utilitarianism*. *British Journal ForThe History of Philosophy* (BJHP), 6 (1) 1998.

DE JOUVENEL, Bertand. *La Soberanía*, Madrid, Ediciones Rialp., 1957.

DWORKIN, G.: “The Concept of Autonomy” en *The inner Citadel*, *Essays on individual Autonomy*, ed. by J- Christman, New York- Oxford University Press, 1989.

DWORKIN, Ronald: *Liberalism en Hampshire, Stuart (ed.): Public and private morality*, ed. Cambridge Oxford University Press, Nueva York, 1978.

GARMENDIA DEL CAMUSSO, Gillermina y SCHNAITH, Nelly: *Thomas Hobbes y los orígenes del estado burgués*, Argentina, Edit. Siglo XXI, 1973.

GRUESO, Delfín Ignacio: “*Liberalismo, comunitarismo y los problemas de la justicia social*” en Praxis Filosófica n. 5, Cali, octubre de 1995, Universidad del Valle.

GUARIGLIA, O.: *Moralidad. Ética Universalista y sujeto moral*. Buenos Aires F.C.E.

GUISÁN, E.: *El utilitarismo*. En “Historia de la Ética”, vol.2. Camps V. Ed. Barcelona, Crítica, 1992.

HOBBS, Thomas: *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Mexico, Fondo de cultura económico, 1982.

HOSPERS, John: “*The libertarian Manifesto*”, en J.P.Sterba, ed. Justice-Alternative Political Perspectives, Wadsworth Publishing Company, Belmont, 1992.

HOYOS, Liba Myriam: *Problemática jurídica de la objeción de conciencia*, Persona y Bioética Universidad de la sabana. 1999.

KANT, Immanuel: *Introducción a la teoría del derecho*, ed. Marcial Pons, Madrid, 1977.
 — *La metafísica de las Costumbres*. Edit. Altaya.

LARENZ, Karl: *Metodología de la ciencia del derecho*. Editorial Ariel. Barcelona (1980)

LARRABEE STREET, Charle: *Individualism and individuality, in the philosophy of John Stuart Mill*. Milwaukee, Morehouse Publishing, 1926.

MACPHERSON, C.B.: “Berlin’s Division of liberty” in *Democratic Theory. Essays in Retrieval*, Oxford University Press, 1977.

MILL, John Stuart: *Contenido y alcance de la educación Liberal*, en Revista de economía Institucional, vol. 6. No. 11, segundo semestre del 2004, Universidad Externado de Colombia.

— *Principios de Economía Política.*, F. C. M, 2001.

— *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 1998

— *Utilitarismo un sistema de la lógica*, Alianza editorial. S.A., Madrid, 1984.

NINO, Carlos .S.: *Ética y derechos humanos*, Paidós, Buenos aires, 1984

— *Los límites de la responsabilidad penal* (Una teoría liberal del delito, ed. Astrea, Buenos Aires, 1980.

NOVOA MONTREAL, Eduardo: *Derecho a la vida privada y libertad de información, un conflicto de derechos*, México, Edit, Siglo XXI editores, 1981.

OVEJERO, Félix, MARTI José Luís y GARGARELLA Roberto (compiladores), *Nuevas ideas Republicanas. Autogobierno y libertad*, Paidós, Barcelona, 2004.

PALAS, Carolina: *La relación entre felicidad y virtud en John Stuart Mill*. Revista Actio Instituto de profesores Artigas. Nov. 2009.

— Revista actio No. 9 noviembre del 2007.

PAPACCHINI, Angello: *Derecho a la vida*, Universidad del Valle, 2001.

____ *Derecho a la vida y Eutanasia*. Revista Pensamiento jurídico No. 9.

____ *Filosofía y derechos humanos*. Ed. Facultad de Humanidades Universidad del Valle.

____ *Los derechos humanos, un desafío a la violencia*. Ed. Altamir 1997.

ROMERO, Rodrigo: *Dos teorías contractuales, Hobbes y Rousseau*, Cali, Edit, Fundación para la promoción de la filosofía en Colombia, 1982.

Sentencia C221 / 94, Sentencia C-013 /97, Sentencia C-.040 / 06, Sentencia CU 225 /98.

SKINNER, Quentin: “La idea de libertad negativa: Perspectivas filosóficas e históricas” en R. Rorty, J.B. Schneewind y Q. Skinner (comps), *La filosofía en la Historia*, Paidós, Barcelona, 1990.

TAYLOR, Charles. *Las fuentes del yo*. Paidós , Barcelona, 1996

____ *La libertad de los modernos*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2005.

VALENCIA RESTREPO, Hernán: *Nomoárquica, principialística jurídica o los principios generales del derecho*. Editorial Temis S.A. Bogotá. 1993.

WATKINS, J.W.N.: *¿Qué ha dicho verdaderamente Hobbes?* , Madrid, Edit. Doncel. 1972.

YOUNG, Robert: “Autonomy and ‘the inner self’ ”, *American Philosophical Quarterly* 17, No 1 enero de 1986.

WELLMER Albert: Modelos de libertad en el mundo moderno en *Finales de partida: la modernidad irreconciliable*, ed. Cátedra, 1993.